

ATENEA

1930

66-68

PH







Año VII

Tomo XIV

Núm. 66

# Atenea

Revista Mensual de  
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

## SUMARIO

008 (83) (05)

Marta Brunet.	Plaza de Mercado.
E. Solar Correa.	<i>Un gran poeta en prosa.</i> Alonso de Ovalle. II.
Magdalena Petit.	Reflexiones.
Pablo Neruda.	Colección nocturna.
Enrique Molina.	<i>El problema de la Educación secundaria.</i>
Jaime Torres Bodet.	Lecciones de cosas.
Ricardo A. Latcham.	<i>Interpretación de Maquiavelo.</i> II.
Domingo Melfi.	Panorama universal.

## HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Manuel Rojas.	<i>Divagaciones alrededor de la poesía.</i> III.
Francisco García Calderón.	<i>El espíritu de la nueva Suiza.</i>
Raúl Silva Castro.	<i>La madurez en la literatura.</i>
Ricardo A. Latcham.	<i>Las novelas de Juan Espinosa.</i>
Frazier Hunt.	<i>En el paraíso soviético.</i>
Alone.	<i>Una lectura incitante.</i>
Luis Enrique Délano.	<i>Una carta sobre d'Halmar.</i>
René Ballivián Calderón.	<i>Al margen de la revolución boliviana.</i>
Roberto Meza F.	<i>Nuevos retratos.</i>
Alfa.	<i>Crónica de espectáculos.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS — LOS LIBROS

LAS REVISTAS — DISPARATORIO

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA  
ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA.

Precio: \$ 2.00 -- Agosto de 1930

**1930**  
**REVISTA DE AVANCE**

**EDITORES:**

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

**LA HABANA — CUBA**

**Apartado, 2228. Compostela, 78.**

**REVISTA DE  
LAS ESPAÑAS**

Publicada por la Unión Ibero  
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año.....pesetas 15.00

**MADRID — ESPAÑA**

**Calle de los Madrazo, 9.**

**NOSOTROS**

Revista mensual de letras, artes,  
historia, filosofía y ciencias  
sociales

**DIRECTORES:**

Alfredo A. Bianchi  
Roberto F. Giusti

**SECRETARIO:**

Emilio Suárez Calimano

**BUENOS AIRES (R. A.)**

**Lavalle, 1430**

**REPERTORIO  
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

**DIRECTOR:**

J. García Monge

**Apartado, 533**

**SAN JOSE — COSTA RICA**

**Centro América**

**A M A U T A**

Revista mensual de Doctrina,  
Literatura, Arte y Polémica

**DIRECTOR:**

José Carlos Mariátegui

**GERENTE:**

Ricardo Martínez de la  
Torre

**LIMA — PERU**

**Casilla 2107. Washington,  
Izq. 544 - 970**

**I N D I C E**

Organo del grupo "INDICE"

Mensuario de cultura actual,  
información, crítica y  
bibliografía

**Dirección postal:**

**Clasificador 24-A Santiago**

# ATENEA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

ADMINISTRACION

— BANDERA 131 - OF. 22

CASILLA 4138-TELEF. 65547

Santiago, Agosto de 1930

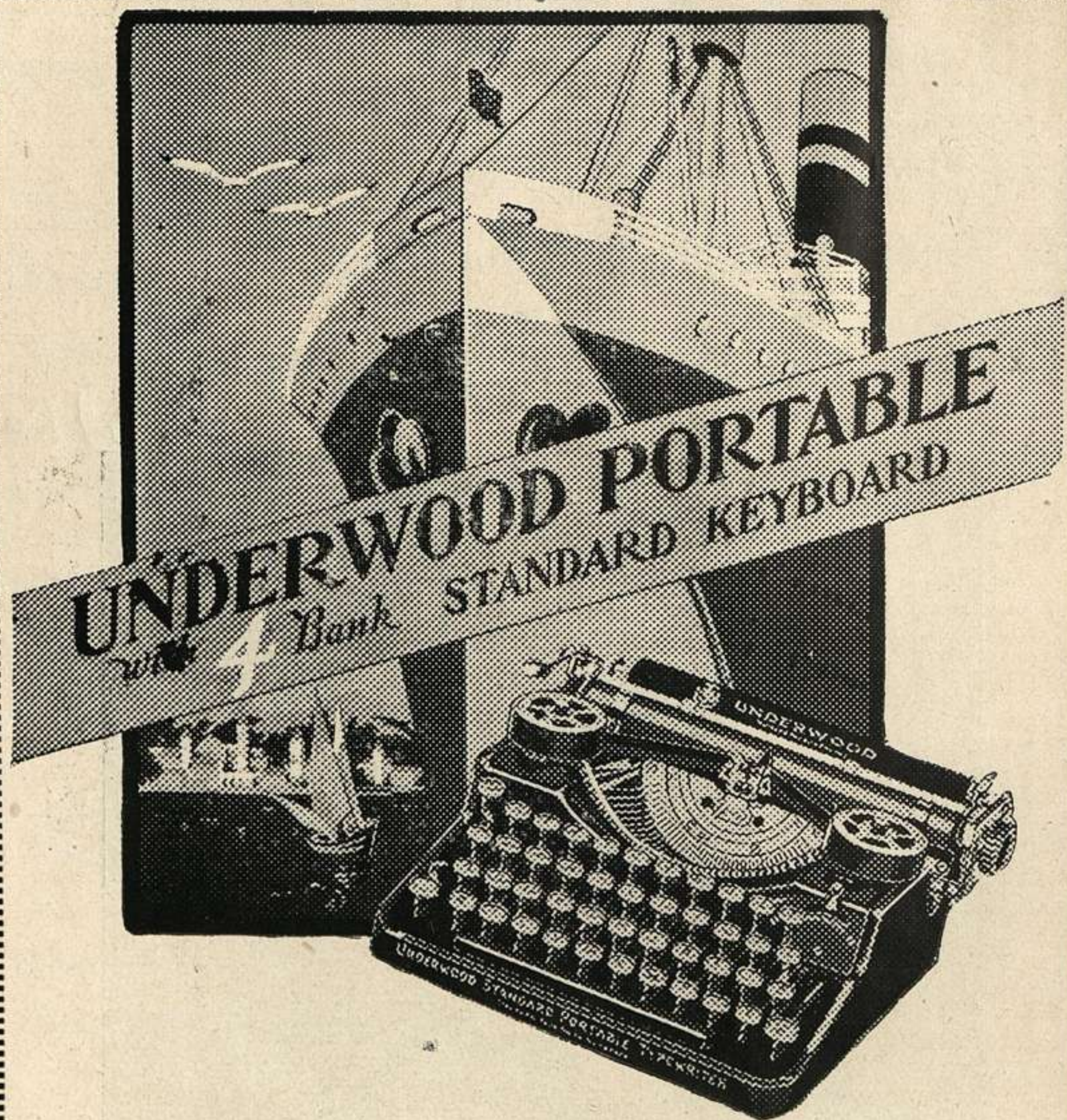
## UN PINTOR MODERNO

008(83)(05)



Boutet de Monvel, el eximio pintor de la joven generación francesa, representa en el arte actual al artista razonable que si bien busca la modernidad no se sumerge en las nebulosidades de la imitación enfermiza de los vanguardistas. He aquí un retrato de Alfred Cortot, maestramente pintado.





ES MAS QUE UNA PORTATIL ES UNA

**“UNDERWOOD”**

**DAVIS & CIA.**

Bandera N.º 169,  
SANTIAGO

Prat N.º 45  
VALPARAISO

# LEY 4055

El Seguro más barato contra  
Accidentes del Trabajo se contrata  
en el  
DEPARTAMENTO DE SEGUROS,  
Sección Accidentes del Trabajo

de la

## Caja Nacional de Ahorros

DEVUELVE PARTE DE LA PRIMA A LOS ASEGURADOS CUYAS  
POLIZAS NO HUBIEREN SIGNIFICADO PERDIDAS :::::

Solicítenos sin compromiso informaciones  
y cotización de prima por un seguro  
sobre el personal de obreros y empleados

OFICINA:

Calle MONEDA N.º 1390, Casilla 247, Teléfono 86638

SANTIAGO



Agencias en la

CAJA NACIONAL DE AHORROS DE CADA LOCALIDAD

# OFICINA DE SEGUROS

**CONTRA INCENDIO,  
LUCRO CESANTE,  
Accidentes del Trabajo, etc.**

LA ESTRELLA,  
LA REPUBLICA,  
LA CORDILLERA,  
LA INDUSTRIAL,  
LA MINERVA.

**CAPITAL Y FONDO \$ 12.974,806.05**

**AGENCIAS EN TODO EL PAIS**

Of. en Santiago:  
**AGUSTINAS 1137**

Teléfono 33920  
Casilla 493

**LUIS KAPPES G.**

GERENTE.

# INOFOS

INOSITOFOSFATO DE CALCIO Y MAGNESIO.

TERAPEUTICA FOSFORO-ORGANICA NATURAL.

PODEROSO ESTIMULANTE DE LA ASIMILACION.

## TONICO NERVIOSO

Dosis: 2 a 6 comprimidos al día.

**INSTITUTO M. T. SANITAS**

AGUSTINAS 1955, CASILLA 3457

**SANTIAGO**

### CIGARRILLOS

Virginia ..... \$ 0.60

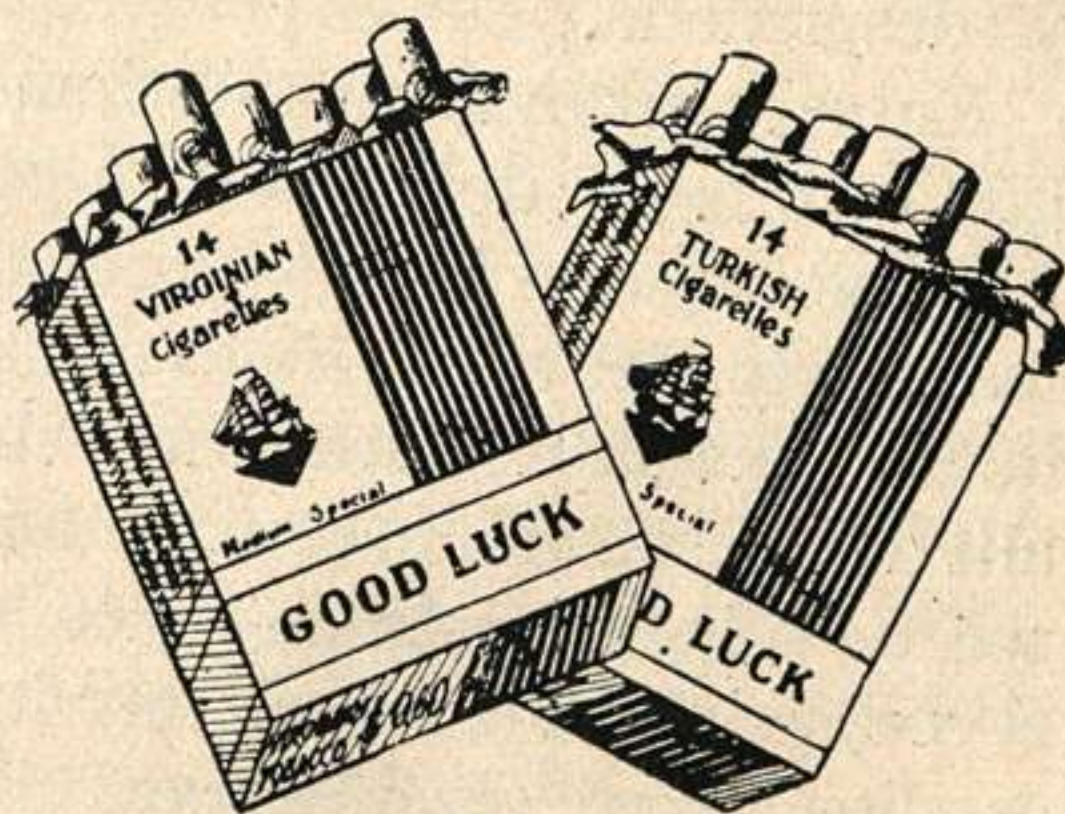
Turcos (Ovalados) ,, 1.00

American Blend ,, 1.20

Manufacturados por

**PICCARDO & CIA.**

S. A. (Chile)



# La evolución del Comercio de Seguros

El hombre en su perpetua lucha contra los elementos naturales, ha requerido millares de años para lograr defenderse en forma aun incompleta.

En la vida actual, dinámica y atormentada por el ansia de un bienestar material que en siglos más crédulos transfiguróse en resignación espiritual o en expectativas cifradas en otra existencia ulterior, el hombre ha debido inventar mil modos diversos para cautelar sus intereses acosados por la naturaleza ciega y despiadada.

Entre los grandes descubrimientos debe figurar antes que ningún otro aquel del seguro en general.

Cabe la paternidad legítima en este importantísimo ramo de las actividades comerciales a Inglaterra que bien puede llamarse la gran madre de tales admirables contratos de protección. Es allí donde se halla el centro mundial de esta clase de negocios y son de origen británico todos los reglamentos que rigen tanto el comercio de los seguros marítimos, como aquellos de vida, incendios, lucro cesante, etc.

En nuestro país las primeras instituciones aseguradoras nacieron a mediados del siglo pasado y aun cuando llevaron en sus primeros años una vida lánguida, ya que el público en su mayoría se sentía más garantido entregando la protección de sus intereses a poderosas compañías inglesas, lograron formar capitales más o menos importantes, desenvolviendo sus negocios apoyadas en sus congéneres europeas.

Un año antes del terremoto de 1906 una ráfaga de renovación sopló en el vasto campo del comercio de seguros y fué entonces

cuando nació una de las compañías chilenas más importantes. Queremos referirnos a «La República». Es digno de notar que esta institución se incorporaba a la lucha en abierta concurrencia con las compañías extranjeras y este hecho puede considerarse como básico de un verdadero resurgimiento nacionalista del ramo en general. Fundada en 1905 como decimos, con un capital inicial de \$ 1.000.000 y a pesar de haber sido duramente afectada por la catástrofe que azotó al puerto de Valparaíso un año más tarde, esta compañía integró a fines de 1929 la respetable suma de \$ 3.416.455.76. A su vez, maestramente administrada en el transcurso de 25 años ha formado en torno suyo uno de los blocks de mayor solvencia existentes en la América del Sur.

Bajo esta misma administración se fundaron más tarde: «La Estrella», y «La Minerva» y se han agregado con posterioridad «La Industria» y «La Cordillera» que forman en la actualidad un conglomerado cuya responsabilidad asciende a \$ 12.974.806.05.

Entre las actividades más dignas de anotar debemos hacer especial hincapié en el ramo de *Accidentes del Trabajo* que representa en esta asociación de compañías «La Industria».

Bajo la dirección general de un hombre de acción y de cualidades excepcionadísimas como es el señor Luis Kappes, el ramo a que hacemos referencia ha llegado a un verdadero apogeo.

Sus numerosos clientes industriales, fabricantes, agricultores etc., jamás han tenido que llevar reclamos acerca del cumplimiento de sus compromisos ante los tribunales respectivos. Multitud de agencias distribuidas en todas las ciudades del país atienden solícitamente a los obreros accidentados.

Así el interesante conglomerado se vincula poco a poco con nuevos ramos de acuerdo con las necesidades del comercio y expande su acción benéfica no sólo dentro del territorio de Chile sino que también en países extranjeros tales como Inglaterra, en que cuenta con solidísimas conexiones.

Una entidad de esta especie no sólo es un timbre de orgullo para quienes la fundaron y para aquellos hombres que la administran sabiamente en la hora actual, sino que también para nuestro país, que entrega confiado a su cautela los intereses de bienes materiales, como la vida de muchos de sus habitantes.

# NO OLVIDE UD.

QUE EL MAYOR EXITO  
LITERARIO DE LA TEM-  
PORADA HA SIDO EL  
MARAVILLOSO LIBRO  
DE CUENTOS ———

H I R U N D O

de Alberto Ried

PRECIO \$ 7.50

PIDALO DIRECTAMENTE A LA

EDITORIAL CONDOR

*BANDERA 131,  
Oficina 22.*

*Casilla 4138,  
Teléf. 65547.*

SANTIAGO

O A LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DEL PAIS

**ATENEA**





**AÑO VII**

**TOMO XIV**

# **Atenea**

**Revista Mensual de  
Ciencias, Letras y Artes**

**PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD  
DE CONCEPCION**

**IMPRENTA CERVANTES**

**SANTIAGO DE CHILE**

**AGUSTINAS 1354**

**1930**



# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año VII — Santiago, Agosto de 1930 — Núm. 66

---

---

Marta Brunet.

## PLAZA DE MERCADO

**L**A plaza es grande y cuadrada, con piso de finas piedrezuelas de río. Dos avenidas escriben una X bordeada de árboles en esta pizarra áspera. Las avenidas están soladas de adoquines. En el centro de la plaza hay una pileta de alto chorro, agua que cae diciendo una canción de gotas reidoras. Cuatro faroles montan guardia en torno a la pileta. En cada esquina de la plaza se yergue otro farol. Aun están encendidas las luces y como ya el amanecer se ha deslizado hasta la cumbre de la cordillera, estas luces tienen un triste color amarillento. Una ringla de casas anodinas corre a un costado de la plaza, más allá de la calzada y de la acera. Paralela hay otra ringla idéntica. Perpendicular una semejante. Al frente de ésta, entre las fachadas que se imitan servilmente, se alza el templo de la Merced, todo blanco, arquitectura noble, con las torres inconclu-

sas y la imagen de la Virgen sobre el tímpano del peristilo, con su aureola de luces diminutas, aro de oro en torno a la cabeza divina.

Dos carabineros a caballo recorren la plaza dando órdenes estentóreas. Un empleado municipal lleva una prolija apuntación en unos papeles que el viento pone ariscos. Por las ocho boca-calles que desembocan en la plaza van llegando incesantemente las carretas que portan los productos que han de venderse en el mercado. Hay toda clase de vehículos, desde la carreta chancha que chirrea su primitividad hasta el camión automóvil de *claxon* estridente, desde el carrito de mano con toldo colorín hasta la carretela tirada por mulas, desde el antiguo coche de familia empingorotado sobre altas ruedas hasta la carreta emparvadora ancha de pasto recién talado. Todos los productos de la región riquísima van entrando lentamente por las ocho boca-calles en fila interminable. Y van tomando colocación en el cuadrado que se llena de manchas obscuras, bullentes de actividad.

Desde el otro lado de la cordillera un niño travieso echa por el cielo el gran balón del sol, todo rojo, recién pintado por las manos del alba. Una luz creciente va barriendo las sombras hacia la costa para arrojarlas al mar. Los faroles cierran su pupila cansada y cada gota de agua en la pileta es un brillante iridiscente.

Con la luz del día hay un paro en la llegada de los vehículos. Pero ahora es un enjambre de gentes peatonas el que concurre el recinto de la plaza llevando canastos, cajones, burros y caballos de tiro, sobre los cuales se equilibran las árguenas desbordantes de verduras y frutas. Bajo los árboles que bordean la X hay pequeñas mesas entoldadas en cuya cubierta empiezan a colocarse las ventas de flores, de frutas, de cacharros, de quesos, de legumbres. Más allá están las picanterías, las fritangas, los pequenes, las empa-

nadas, el chocolate y los picarones. Luego los ponchos rabiosos de colorines hechos en Maule y los otros de dibujo indígena con no sé qué tristeza en su blanco y negro, las acioneras y las cinchas, los capachos de cuero y los estribos de madera lindamente trabajados; en seguida campean las gredas de Quinchamáli, deliciosas de primitivismo, negras, con grecas pintadas de rojo y amarillo: platos y cazuelas, fuentecillas y olletas, formas prácticas unidas a las otras fantásticas del animal del agua y la bestia dañina, especie de fauna antediluviana, cuerpos enormes sobre tres patas muy cortas, cuellos inconmensurables terminados en una cabeza chiquita, toda una serie destinada a alcancías, a juguetes de niños, a garrafas para agua y vino. Más allá aún están la hojalatería, los muebles y los canastos; otro lado lo ocupan la ropa hecha, los colchones, las frazadas de fino hilado, las lamas y los choapinos en que se muestra la tradición del telar araucano. En una esquina quedan las carretas con los productos de la montaña: carbón, leña, trigo, porotos, maíz, lentejas, papas, cebollas. Se oyen risas, gritos, órdenes, parlas torpes de montañeses, decires donairosos de gentes costinas, gracias picantes de los pueblerinos, cazurrerías de cerrucos matreros. Ya han llegado los compradores y la venta es un pequeño juego de pedir y regatear.

—Tres pesos la docena....

—Paños de Tomé a precios de fábrica....

—Rica l'aloja y barata....

—El específico para hacer salir pelo, el específico maravilloso. ¿Quién compra el específico maravilloso para hacer salir pelo?

—Recién tomados de la mata los tomates.... Los tomates fresquitos....

—Al queso de cabra....

—Todo a cuarenta.... Todo a cuarenta.... Caserita cómprame algo.... Todo a cuarenta....

—La rica sustancia de Chillán. . . . La sustancia que hace resucitar los muertos. . . .

—*La Discusión. . . cusión. . . cusión. . . El Día. . . . Día. . . . Día. . . .*

—¡Aquí está Moyita haciendo picarones!

Cada frase es como una saeta ardiente que se clavara en la atmósfera aun pura de amanecer.

—Ya está, Periquito, sáquele la suerte a la señorita.

La caja del organillo tiene encima una pequeña jaula y desde ella miran con sus ojillos de brilloso azabache la dos caturritas verdes de cuello ceniciento y curvo pico sonrosado. Una de ellas toma un andar balanceado, lleno de comicidad, y avanza hasta salir de la jaula y coger en el plano delantero una hojita enrollada que con otras iguales están repartidas en cuatro grupos idénticos. Y con un chillido que parece una risa contenida, la caturrita entrega al hombre del organillo el papel que tiene en el pico. A su vez el hombre se lo entrega a la campesina ilusionada que allí espera encontrar en malos versos la suerte que el Destino le reserva en amores y en fortuna.

—¿A quién se le ve la suerte? ¿A quién le sacan la suerte los periquitos sabios? ¿A quién? ¿A usted señorita? Páguese la chaucha. . . . ¿Casada o soltera? ¡Ya está, Periquito, sáquele la suerte a la señorita!

Cuando el público escasea, el hombre empieza a moler melodías en su organillo, viejas melodías que llegan al corazón removiendo polvo de añoranzas.

Más allá están los ciegos, con sus violines, tocando a trío un vals romántico, alta la cabeza, con las pupilas muertas orientadas al sol, mirando aquella claridad presentida que les pone en el alma un calor de reconfortamiento. Ahora uno de ellos canta con voz de plañideras notas:

—Corazones partidos. . . .

Alta en su carreta colonial, que tal vez fuera entonces orgullo de un bisabuelo de rancia prosapia, la

meica yerbatera reparte su mercancías con un aire de bruja hacedora de ensalmos. Junto a ella hay todo un hacinamiento de figuras espectrales, caras tajadas de arrugas que buscan ansiosamente el medicamento prolongador de vida; cutis de cera, lívidos; manos de retorcidos dedos con uñas demoníacas; ojos lagrimeantes; piernas torpes que arrastran los pies reumáticos. Y junto a este agua fuerte de aquelarre por la deformidad monstruosa con que se anuncia la muerte, está la acuarela más patética aún de la juventud marcada de palidez y flacura, hoja en que sólo hay escrito un pase de la enfermedad para el gran viaje.

—Flores para la señorita. . . . A peso la docena de claveles. . . . Las rosas valen dos pesos. . . .

Arden los claveles en apretados mazos y las hortensias rosadas, las azules y las blancas parecen globos, grandes esferas destinadas a las manecitas de un niño melancólico. Los lirios tardíos traídos de la montaña tienen un altivo erguirse de princesas medioevales. Las rosas aroman un perfume espeso que llega a ser una obsesión para el olfato. Rojo, azul, blanco, violeta. Y entre todos, la mancha áurea de los dedales de oro. Y detrás de las flores la otra gama violenta de colorido de las frutas, regalo para los sentidos que nos da nuestra tierra tendida perezosamente a lo largo de todos los climas.

—Y en dey. . . . ¿Qué más quería por un peso? ¿Un pajarito pa la mano tamién?

Es Moyita que se enfada. Hace años de años que está allí en su puesto, con el delantal blanco atado a la cintura, detrás del fogón en que hay una olleta de negro barro en que con un rápido movimiento de la cuchara va friendo los picarones. Al lado está su mujer, doña Chumi, con los brazos desnudos hasta el codo, muy blanco el delantalón, con un pañuelo atado a la cabeza y la sonrisa bailándole en los ojazos de chaquiras negra a la par que le taja la cara con la blancura



de los dientes espléndidos. Moyita trabaja. Con la cuchara toma la masa de la batea y trazando un semicírculo cae esta en la grasa chirriante. ¿Cuántos minutos son necesarios para que el picarón esté en su punto? Es el secreto de Moyita que los cuenta a su modo, tiempo en que la masa se esponja, se dora. Otro movimiento de la cuchara hace que la fritura se dé vuelta. Y cuando este lado se esponja y dora a su vez, Moyita toma un largo palo puntudo y ensartando la golosina por el hoyo que tiene al centro, la coloca rápido y triunfal en el platillo en que ha de servirse. Entonces es el momento en que Mechunga—la hija—entre en acción. Mechunga tiene carita redonda color de greda, ojos verdes largos y sesgados, tupición de pestañas, barra firme en las cejas, nariz que husmea los vientos, boca gruesa, pulposa de sensualidad y—sobre todo—la sal y el ají de la malicia que le retoza en el cuerpo y que para cada cual tiene la respuesta polola y la sonrisa taimada. Es ella quien termina la pequeña obra maestra de Moyita: ella quien vierte sobre el picarón puesto en el platillo el almíbar de chancaca que ha de endulzarlo.

Pero hay ahora delante de Mechunga una vieja que no entiende de seducciones y que regatea el precio de la golosina. Y Moyita dice desde lo alto de su maestría:

—Los picarones de Moyita tienen su precio y su fama....

Y Mechunga agrega:

—Es que la... veterana cree entoavía que estamos en la época del cinco....

Pasan dos monjas vestidas de negro con las cornetas albas haciendo marco a las caritas de cándida expresión. Una de ellas lleva un gran cesto: la otra un Niño Dios en el pesebre, metidito en una urna de cristales con una alcancía abajo. Quién da una chaucha, quién un atado de perejil, quién dice una cuchufleta, quién averigua noticias modosamente de una amiga que está

en la casa correccional que las monjas mantienen. Todo para ellas es bienvenido y lo mismo dicen: «Dios lo bendiga, hermano» al que dijo la maldición que al que preguntó afablemente; al que dió su limosna que al que se negó con una grosería.

—Se lo llevo, patroncita.... Le llevamos los paquetes, patroncita....

Las árguenas desbordan verduras y el carbón deja manchones negruzcos al vaciarse los sacos. Una era de maíz volcada en el suelo deslumbra los ojos como en la trilla clásica. El espejo de un lavatorio lanza un reflejo de sol enceguecedor. Por el aire vuela una bandada de palomas y otra bandada de horas vuela desde el campanario dando las siete. Luego hay un grave repique de campanas que llaman a misa.

¿Dónde estamos? ¿Es el mercado de una vieja ciudad española? Un zoco? ¿Un rastro? ¿Una lonja? ¿La plaza de la Fuentina? No, es un típico rincón chileno, la plaza de la Merced en esta ciudad mía de Chillán, muestra eso sí de nuestro entronque en Iberia.

Continúa en ella la tradición y los años no le han restado ni colorido ni pintoresco ni originalidad.

Castiza levadura en la harina de nuestro pan criollo. Sabor único que bien aprecian los buscadores de belleza en este Chile inexplorado que somos.

E. Solar Correa.

## UN GRAN POETA EN PROSA

ALONSO DE OVALLE (1601-1651)

**E**N las páginas anteriores (1) hemos procurado enfrentar al P. Alonso de Ovalle con las cosas de Chile—con los moradores, con el paisaje—; en las que siguen vamos, por el contrario, a intentar aislarlo. Querríamos extraerlo de la obra y exhibir el interesantísimo tipo humano que tras ella se adivina. ¿Quién era, cómo era el hombre que tres siglos ha plantó el primer árbol de nuestra frondosa selva histórica? Los estudios biográficos nos lo muestran en la periferia, y acaso lo más atrayente está en su personalidad íntima.

Un examen atento de la amable *Relación* induce a pensar que sus atributos literarios derivan esencialmente de la viveza con que se representaba, con que revivía las percepciones y reacciones sensoriales, y particularmente las de la vista. Ovalle fué—ya se habrá advertido por los trozos que quedan citados—un

---

(1) Véase el número anterior de *Atenea*.

prodigioso visual; para él recordar es volver a ver. Tan viva es esta ilusión óptica que, cuando describe, usa con frecuencia el presente:

Vamos por aquellos montes pisando nubes.... Aquí se ven partir juntos estos arroyos.... A cada paso brotan y saltan fuentes de aguas frescas y cristalinas....

Alguien podría pensar que se trata de un mero artificio retórico; pero no: todo en él es espontaneidad. Escribe *calamo corriente*. Mana su prosa como un agua limpia y clara que avanzase entre yerbas, sin obstáculos. El alíño, el retoque están ausentes. No son raras las repeticiones de palabras, los pleonasmos, y hasta en ocasiones la idea del autor, dentro de una misma frase, parece cambiar de rumbo, con lo que la cláusula queda sin un orden lógico estricto. Nada indica el menor artificio, y no habría por qué suponerlo en el uso de tales o cuales formas del verbo.

Decíamos que la vista era en nuestro escritor el sentido preponderante: de ahí su amor de la naturaleza como espectáculo, su gusto por la descripción, su estilo plástico y coloreado. Y ese poder visual, que al ejercitarse se transforma en goce, lo lleva a trepar lugares empinados desde donde se pueda atalayar el paisaje. Unas veces lo encontramos sobre las crestas andinas persiguiendo con los ojos el espumante raudal que corre en lo hondo de algún barranco, «aunque con pavor, porque pone grima tan inmensa altura»; otras en lo más alto de algún campanario, en el de San Francisco por ejemplo, desde donde *se goza* por todos lados de bellísimas vistas, que son de *grandísimo recreo y alegría*; ya es el Huelén que le «sirve como de atalaya» para espaciar la mirada por todo el llano, «hermoseando con alegres vegas y vistosos prados en unas partes, y en otras de espesos montes de espinales», ya las faldas boscosas de los contrafuertes más próxi-

mos: «no es la menor parte del gusto y recreo, las alegres vistas que *se gozan* de lo alto a la salida de este bosque», dice al describir una de las quebradas de los alrededores de Santiago

Descúbrense por unas partes—agrega—grandes manchas de flores amarillas que cubren la tierra...; en otras, de blancas, azules y moradas; allí se ven los prados verdes, y cruzar por entre ellos, los arroyos y acequias del río Mapocho, el cual todo se da a una vista... Vense, finalmente, muchos lugares edificádos (que allá llamamos chacras, con sus iglesias y son como aldeas o caseríos) y en medio de todos, la ciudad de Santiago, que es la cabeza del reino, y con estar distante de allí dos leguas, sin embargo, por ser el aire tan puro, en los días claros se ven muy distintamente sus torres, y tal vez se oyen también las campanas.

Su ojo avizor podría compararse a una cámara fotográfica de extraordinaria profundidad focal. Los objetos, vistos a gran distancia, no aparecen a su pupila imprecisos, esfumados, sino empequeñecidos, pero conservando sus líneas netas, firmes. A los hombres los percibe como pigmeos; los grupos de palmas que crecen en los montes, «mirándolos de lejos, [le] parecen almácigo puesto a mano»; y los grandes ríos, diminutos arroyuelos.

Yo he llegado al borde de esta puente—la Puente del Inca—, y mirando para abajo, no sólo no oí rumor ninguno, pero pareció de allí todo el río un pequeño arroyo....

Acaso por esa misma clarividencia y como temeroso de que ella le engañe, recurre a veces al oído para proporcionar la sensación de la distancia:

es fuerza que pasando por ella (por una estrecha abertura de la montaña) todo junto un río tan caudaloso, y de tanto ímpetu y corriente, haga muy grande ruido al pasar por esta estrechura; de donde se sigue que el no salir arriba el ruido de tanta agua, es por estar sumamente distante....

(Perdónesenos el número excesivo de citas, pero Ovalle es un autor casi desconocido y nuestras afirmaciones, sin el apoyo constante del texto, podrían creerse antojadizas.)

La deleitosa contemplación de la naturaleza no está en el jesuíta reservada únicamente a los amplios panoramas. También ama el pequeño detalle, se detiene ante él, y lo examina con pueril asombro.

Una vez en particular—escribe en una de sus páginas— me acuerdo que yendo camino vi tanta diversidad de estas flores [silvestres], unas encarnadas, otras azules, amarillas, coloradas, pajizas, moradas columbinas y de otros varios colores, que poniéndome a contarlas, movido de la admiración de tanta variedad como la que se veía, conté hasta cuarenta y dos especies....

Nada, sin embargo, le procura mayor delectación que el espectáculo de las aguas. Ya hemos podido percatarnos de la amorosa complacencia con que las describe al hablar de la Cordillera. Léase una segunda vez ese párrafo admirable. En las letras españolas, y acaso en las europeas, nadie expresó antes y mejor su belleza cambiante y multiforme.

Definir a Alonso de Ovalle simplemente como un visual sería dar sólo un aspecto de su privilegiada organización sensorial. La constante eufonía del estilo, desde luego, hace sospechar una desarrollada sensibilidad auditiva, que en Chile, durante el siglo XVII, tuvo sin duda muy pocas ocasiones de ejercitarse si no fué escuchando el cantar de las aves, cuya «dulce música y armonía hacen mayor y más apacible el entretenimiento» de sus campestres solaces. Alude algunas veces a los coros de iglesia y a las charangas de los negros, pero aquello debía ser algo tan elemental que no suscita en él entusiasmo alguno. La música de los pájaros, en cambio, parece cautivarle.

Formando—dice—unos el bajo, otros el tenor y otros el contralto y tiple, hacen una armonía del cielo, particularmente en verano, cuando se recogen a sestar a la sombra de los árboles.

Las sensaciones del olfato éranle, sin duda, más asequibles.

Al recordar, desde Roma, las flores espontáneas de nuestros valles se refiere con manifiesto placer a su perfume:

son generalmente muy olorosas—apunta—, y sacan de ellas las aguas que llaman de ángeles, por la suavidad de su fragancia, con la cual llenan el aire de suavísimo olor, el cual se siente más en particular cuando sale el sol y se pone...

Las yerbas campesinas también se le insinúan en el mismo idioma: «son muy aromáticas y odoríferas»... «no ayudan poco a la fragancia de los campos». En los árboles autóctonos parece atraerle más su aroma que la belleza de las líneas o del follaje.

Andando por aquellos caminos [en las inmediaciones de Concepción] topaba hermosísimas arboledas, que por uno y otro lado nos cercaban, y era el olor de sus hojas tan apacible y suave, que me parecía no serlo más el de los jazmines y violetas; bien agradable es el de los mirtos, arrayanes y laureles, de que hay también por allí grandes bosques que se crían de suyo sin artificio humano; pero, con todo eso, no llega a la delicadeza y fineza del olor que tienen otros árboles, que entre ellos se crían de varias especies, que pasando la mano por sus hojas la dejan tan olorosa como si hubieran traído guantes de olor.

Conviene advertir que la sensibilidad olfativa del P. Alonso no es un caso excepcional en la Colonia. Diríase que cada época tiene un sentido predilecto, al que se esfuerza en poner a prueba. Ahora, por ejemplo, estamos en el siglo de la actividad acústica. La música—la mala y la buena— y aun el bullicio, atraen,

hechizan a la multitud. Como si todo el ruido de la ciudad fuera nada, en cada esquina, rodeado de auditorio numeroso, hay un ciego majadero que toca la flauta o un mal violín, y desde cada puerta y cada ventana salen los sonos metálicos de algún fonógrafo o la voz cavernosa de la radio. El único refugio de silencio que iba quedando eran las salas del cine, pero ¿cómo tolerar por más tiempo el anacronismo de un *teatro mudo*? Y de ahí el delirio con que se han acogido los destemplados ruidos del nuevo cine—parlante, cantante, sonante—, que es como decir expresión genuina de la época. El siglo XIX, por su parte, quizá pudiera definirse como un siglo ocular. Si hiciésemos una clasificación de sus escritores en orden al sentido predominante, lo probable es que los visuales se llevasen la palma, y muy lejos. Algo semejante cabe decir de los autores de la Colonia, pero con respecto al olfato. Este desempeño, indudablemente, un papel importante en la vida de nuestros abuelos. La mayor o menor solemnidad de las fiestas religiosas, que eran las grandes fiestas de la época, parecía evaluarse por la suma y calidad de los olores. Ovalle, exaltando la magnificencia con que se celebraba el *Corpus Christi* en la Catedral de Santiago, cuenta que, durante ocho días, estaba «hecha la iglesia una poma de olor, cuya fragancia se siente a mucha distancia antes de llegar a ella». En otro lugar, describe con lujo de detalles la procesión y fiesta del *Tránsito*; se ve que las palabras le sobran para expresar sus diversas sensaciones.... Pero llega un momento en que no las encuentra:

¿qué diré—se pregunta—de los olores, flores artificiales (1), pomas, cazoletas, pebetes y pebeteros?

---

(1) Las flores artificiales a que aquí se alude eran, seguramente, perfumadas. No se explicaría de otra manera el que el autor las equipare a las pomas, pebeteros, cazoletas, etc.



He aquí una confesión tácita pero expresiva de la intensidad que este género de sensaciones alcanza en él. Su lenguaje, particularmente rico en vocablos adecuados al objeto, se declara vencido ante la realidad de ellas. No todo, sin embargo, era fiesta para la exquisitez olfativa del jesuíta. Había por entonces en Chile unos negros llamados bozales, a quienes era preciso instruir y confesar, y tenemos motivos para suponer que el ejercicio del sagrado ministerio debía complicársele, en este caso, con problemas bien poco espirituales.

Es insufrible—dice—el mal olor que echan de sí, y encalabría las cabezas y obliga muchas veces a detener el resuello...

Una obra de carácter narrativo, como la del P. Ovalle, no se presta, ciertamente, al estudio que vamos intentando, pero bajo la objetividad del asunto y sin que el autor se lo proponga, transparéntase clara y distinta su fisonomía espiritual y fisiológica. Hasta adivinamos en él una fineza extremada de la sensación táctil, fenómeno que, como nadie ignora, rara vez se presenta en los visuales, cuanto suele ser frecuente en los que carecen de la vista. Las descripciones de arroyos y manantiales que tanto abundan en la *Histórica relación* van a servirnos para rastrear este nuevo aspecto. El agua para él no sólo es «clara y cristalina como un sol», sino también «suave y blanda» (1). En los alrededores de Santiago descubre una vertiente «muy copiosa, de muy suaves y delicadas aguas». Otras se le antojan «regaladísimas y suavísimas». A su paso por la Cordillera hunde las manos con fruición en una clara fuente andina y muchos años después recuerda todavía que antes de terminar «un solo credo» el frescor de nieve le obligó a retirarlas. El agua provoca en su epidermis una especie de voluptuosidad. Tan

(1) «Es el agua de esta fuente notablemente suave y blanda...»

ostensible es dicha circunstancia que, cuando leíamos su libro, en nota marginal escribimos: «¡Cómo ama este hombre las aguas! No contento con deleitar su vista en ellas, parece gozarse en palparlas, en acariciarlas....» Y no fué pequeña nuestra sorpresa al posar poco después los ojos en las líneas que siguen:

Aun sin beberse—el autor habla de las aguas de Bucalemu, propiedad entonces de la Compañía de Jesús—, aun sin beberse se conoce en el tacto su nobleza, porque su blandura y suavidad es como de mantequillas, y así ablandan y molifican las manos....

La tímida pero tiranizante conjetura del escoliasta era una realidad perfectamente comprobable. Ovalle palpaba, acariciaba las aguas. Quizá hubiera podido decir con Renée Vivien (1):

Je comprends mieux, en les frôlant, les choses belles;  
je partage leur vie intense en les touchant;  
c'est alors que je sais ce qu'elles ont en elles  
de noble, de très doux et de pareil au chant.

La obra, en general, respira la gozosa bienandanza de hombre que, despreocupado de graves o ásperos problemas y sin que lo atice la ambición, se deleita vi- viendo, mirando, paladeando cuanto le rodea. Diríase que la vida es una noble y sabrosa fiesta para este go- loso de sensaciones. Hasta llega a realizar, a veces, como para multiplicarlas—y de manera espontánea— ese trueque o transposición sensorial, caro a Baudelaire, que nos parecía una de las más audaces novedades de la sensibilidad moderna. El agua la palpa a más de mirarla y gustarla, extendiendo así al tacto la sensa-

---

(1) La sensibilidad epidérmica, a juicio de ciertos críticos franceses, ha- bría sido incorporada a la literatura sólo en los últimos tiempos. La novedad se atribuye a Renée Vivien, la bella y sutil poetisa lésbica. Posteriormente otros escritores han seguido su ejemplo, y en particular algunos de su mismo sexo, la Condesa de Noailles, Gérard d'Houville, Colette.

ción de ella. El olfato le habla de belleza del mismo modo que al poeta de las *Flores del mal* le hablaba de colores y sonidos: «es de tan lindo olor y tan preciosa esta madera». ¡Tan lindo olor! Curiosa suerte la de esta expresión... Huérfana, perdida en el fárrago de un libro viejo, ha esperado siglos antes que las *Correspondances* baudelerianas vinieran a legitimar el insólito connubio que ella propone, de la belleza y el perfume



Pues bien. Aquel organismo tan maravillosamente condicionado para el placer y para el arte quizá fué un constante tormento en el jesuíta. El goce de los sentidos a que su natural le inclinaba, constituía —debió constituir, a su juicio—un escollo en el camino de santidad que se había propuesto seguir desde la infancia. Súmese, por una parte, a la vehemencia de su temperamento—ya veremos que era un hombre apasionado—el perpetuo y tentador halago de los sentidos; súmese, por la otra, su fe profunda y su anhelo de ascensión espiritual: imaginemos luego estos impulsos antagónicos combatiéndose en lo íntimo de su conciencia. La tragedia interior surge inevitable. Y aquí podría estar el secreto de aquellas noches insomnes en que el buen P. Alonso se entregaba a una oración desesperada, y el origen y explicación de las torturas cotidianas a que sometía su carne y del furor con que a veces la disciplinaba hasta «causar espanto» en sus vecinos de celda (1). ¿No sería todo una especie

(1) «Solía, a veces, según referían algunos que estaban cerca de él, pasar hasta tres noches sin dormir orando continuamente; sus mortificaciones eran excesivas, su alimentación escasa, y dormía en una cama que no tenía colchón ni sábanas, y a veces se azotaba tan cruelmente que causaba espanto a los que lo oían.» Medina, *Hist de la Lit. Colonial de Chile*, t. II, pág. 122.

de compensación ofrecida al cielo por los deleites terrenos que esa misma carne le proporcionaba con sólo abrir los ojos para mirar? Ovalle aun por la senda de la mortificación llega al refinamiento. Si el olfato le da placer, escoge para sí, como tarea predilecta, la instrucción moral y religiosa de los esclavos de color que, como se ha visto, no solían oler a gratas ambrosías (1).

Hombre del siglo XVII—el siglo de las violentas pasiones, el siglo de la *Quintrala*—, Alonso de Ovalle poseía un alma férvidamente apasionada.

Como su voz salía de aquel corazón abrasado—escribe Cassani—encendía en devoción a cuantos le oían (2).

La evocación de la patria lejana, las mil sensaciones con que otrora ella pobló su fantasía, constantemente renovadas, redivivas, convertidas en bullentes y atractivas imágenes, encienden su alma en cálido afecto, y ese fuego interior acaba por quemar la misma lámpara en que arde.

En el viaje que hizo de aquellas partes a España—son sus palabras—no pude ver en todo el camino aquellos horizontes de Chile, sino otros muy diferentes, cargados, melancólicos y tristes....

Ahora iba a volver a verlos. Desde la borda del perezoso velero en que regresa de Europa, sus miradas se han dirigido muchas veces hacia el sur, ansiosas, escudriñadoras. Violento, al fin, porque le parece que la nave no avanza, deja en ésta a sus compañeros y desembarca en Paíta, resuelto a venirse por tierra.

(1) A su regreso de Córdoba (Tucumán), donde había hecho un noviciado de ocho años, y después de ordenarse en Santiago, tomó a su cargo la instrucción de los esclavos negros, tarea a la cual consagró sus mejores esfuerzos mientras estuvo en Chile.

(2) *Cassani: Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús*, t. II, pág. 221 y sigtes. No está de más agregar aquí que la fama del P. Ovalle en su carácter de orador sagrado transpuso las fronteras. Aunque sus sermones no se han conservado, debería, en justicia, considerársele como el iniciador de la elocuencia del púlpito en Chile.

Cabalga varios días y, cruzando desiertos, afrontando los soles del trópico, sin agua, sin provisiones suficientes, llega extenuado a la capital de los virreyes; y allí, aquellos ojos, ávidos de escrutar los patrios horizontes, los cielos «serenos, dorados y bellos», se abren para siempre ante lo inescrutable (1).

Hay en este final algo de profundamente desolador. La pluma se siente como cohibida al querer proseguir en su análisis un poco implacable. Pero la figura del P. Alonso no se nos ha mostrado todavía en todos sus contornos. El recuerdo desconcertante de su muerte ha surgido aquí únicamente como una comprobación de su temperamento pasional. Cuando se piensa en éste y en las tempestuosas tragedias de que tal vez fué teatro su espíritu, sorprende la serenidad y dulcedumbre que emana de sus páginas. Existen, ciertamente, otros factores psíquicos que explican la antinomia, y son la fe y la voluntad, una fe en plenitud y una voluntad de acero. Así como ambas de consuno fueron capaces de transformar el desagrado físico en emoción afectuosa—Ovalle amaba entrañablemente a sus negros—, hubieron de tener el poder necesario para trocar la tormenta interior en alegría y paz del espíritu. Aun en la prosa del jesuíta se trasluce el señorío de sí mismo. No es fácil, en efecto, encontrar en ella exclamaciones u otras figuras patéticas que delaten la pasión o el entusiasmo, y por todo el libro circulan, contenidos, el entusiasmo y la pasión.

Martí dijo algún día de José María de Heredia—el cubano—, al compararlo con la naturaleza americana: «es volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas». Lab ella frase, ahora que pensamos en Alonso de Ovalle, ha tornado, inesperada, a nuestra memoria.

(Concluirá.)

---

(1) Murió en Lima el 11 de Mayo de 1651, a la edad de cincuenta años. Una fiebre maligna ocasionada por lo penoso y violento del viaje fué, según sus biógrafos, la causa de la muerte.

Magdalena Petit.

## REFLEXIONES

*A Osvaldo Vicuña S.*

### I

**P**ARA tomar un real interés en una cosa es preciso dedicársele completamente. Sin embargo, en un espíritu complejo hay apetito para más de una cosa... Mas si uno se divide el placer obtenido lo es sólo a medias.

¿Qué escoger? El ejemplo de Fausto hace temer el abandonarse completamente al estudio. El ejemplo de los mundanos neurasténicos nos pone en guardia contra la vida que ellos llevan: el lujo, el amor fácil, etc.

No obstante, para aquellos que quisieran equilibrarlo todo en su existencia resulta la mediocridad acompañada de dudas, de indecisiones, de vagos pero continuos arrepentimientos.

### II

Todo es preferible al vacío del alma. Esos instantes monótonos en los cuales nada nos hace vibrar, cuando se hallan nuestra inteligencia, nuestros sentimientos y

sensaciones como bajo el influjo de un anestésico, son tan embrutecedores, tan disolventes de las fuerzas de todo el ser que uno se pregunta: ¿cómo los nervios pueden soportar esta sensación de «no sensación»? Se parece aquello a lo que experimentamos cuando un miembro dormido nos deja percibir ese vago hormigueo de la sangre suficientemente perceptible para darnos la impresión de su embotamiento.

### III

Somos cada cual una lengua extranjera para nuestro vecino: de cuanto le comunicamos oye sólo los sonidos, que interpreta de una manera completamente arbitraria. Algunos hombres llamados «psicólogos» hablan muchas lenguas. Mas si existiesen medidas exactas para lo infinitamente pequeño de los matices, su calco no se ajustaría jamás completamente a la forma de las letras del alfabeto del prójimo.

### IV

Cuando ya no es posible engañarnos, cuando sabemos que todo es espejismo en esta irónica existencia, ¿cómo, por qué sortilegio constreñimos al esfuerzo para asir la visión que se esfuma a cada paso? Una red de verdad nos llevaba a saber a toda costa. ¡Ahora sabemos! Mas el resorte de vida se ha roto: henos aquí convertidos en estatuas de sal.

### V

Aquel que sabe mirar la vida de una manera objetiva llega a ser forzosamente un solitario: acostumbrado a no encontrar sino verdades relativas, a considerar las gentes y las cosas bajo su aspecto determinado, no

se apega ni a éstas ni a aquéllas. Permanece indiferente a sí mismo porque se juzga sólo como «hombre».

En la completa disolución del *yo* subjetivo el ser humano ha muerto en él, pero ha muerto engendrando un semi-dios.

## V

Si un químico trata de hacer un compuesto con diferentes substancias, por el hecho de no mezclarse éstas, es decir, en lenguaje químico, de no tener afinidades, ¿podemos asegurar que no hayan cambiado bajo sus mutuas influencias?

Afirmemos solamente: nuestra vista no comprueba alteración, tampoco la percibe nuestro olfato, ni el gusto; por consiguiente la razón (ciega esclava de los sentidos) a su vez no la registra. Mas puede haber transformaciones imperceptibles o de una naturaleza extraña a nuestros medios de investigación.

## VII

¿Cómo no ser indeciso si se tiene un poco de imaginación y si todos los problemas de la vida se presentan a nuestro pensamiento por todas sus faces casi simultáneamente y de manera neta, precisa?

Tantas razones se levantan para actuar en un sentido como en su contrario.

Cuando una manera de existencia nos parece atractiva, es porque no la conocemos o porque hace tiempo que no la probamos. Pero no bien la ensayamos comienza el hastío y aspiramos entonces a otra forma de vida y a otra y a otra más, que nos traen siempre su vacío final.

Aún para el amor y para el trabajo suena la hora de la saciedad.

Fausto nos dice: *la ciencia es vana; no compensa del*



*amor y la juventud. La experiencia y los libros nos dicen: no sin razón se pinta el amor ciego. Amar es ilusionarse y desilusionarse muy pronto.*

Lo malo está en analizar. Habría que ser despreocupado y jugar a la vida cual los niños corren, cual bailan y cantan, por la sola necesidad, por el solo placer de la acción.

## VIII

¿A quién debemos darle la preferencia en la comedia de la vida, al actor o al espectador? La sabiduría requiere tal vez entremezclar los dos papeles. Sin embargo el espectador que acaba de pasar algunas horas en contemplación entra a la escena forzosamente embotado. Después, cuando ha logrado agitarse lo suficiente, su imaginación mareada por la bulla se presta difícilmente a la meditación. En ese flujo y reflujo continuos del contemplar y del actuar, el alma y el cuerpo desfallecen al fin y aspiran tan sólo al sueño que libera. ¡Qué voluptuosidad la disolución completa del ser en la inconsciencia! Se querría no despertar más. Pero la aurora vuelve, la vida hormiguea nuevamente en todo el ser y se renace con júbilo. Con júbilo se ensayan de nuevo todas las fuerzas hasta agotarse otra vez. Se vuelve a meditar, entonces, sobre la vanidad de la acción; reaparece el cansancio de la mente: cada fibra del ser tiende a aniquilarse hoy como ayer. ¡Prisioneros de un destino fatal, enredados en el engranaje de la rueda del «eterno retornar» no es por el espacio de un día, de meses, de años que este proceso de vivir, morir, renacer, se efectúa para nosotros. ¡Habremos de dar vuelta así por siempre, por siempre, por siempre...!

## IX

El hombre no resiste nunca a su deseo. Creyendo escapar a la esclavitud de éste, es sencillamente por

sumisión a cualquier otro de sus instintos: amor propio, orgullo, cansancio, etc., que se sustrae a él, o, más bien dicho, que *es* sustraído.

## X

El conocimiento consiste en el registro de las sensaciones por medio de nuestros sentidos físicos y morales. He aquí por qué, si yo pienso, puedo decir que ello es una «emoción intelectual». En efecto, ¿qué es el pensamiento sino una sensación que experimenta la inteligencia? Gozar sería entonces una pura cuestión de saber cuál o cuáles son, entre nuestros sentidos, aquellos cuya percepción está aguzada. Sucede habitualmente que uno solo es capaz de intensa vibración. A veces, no obstante, varios perciben con cierta agudeza. Filosóficamente se debe poner al mismo nivel al poeta, al artista, al filósofo, al enamorado, al libertino. No se puede, al compararlos, establecer grados de calidad entre sus goces, sino sencillamente una diferencia absoluta en cuanto a la esencia de la sensación percibida puesto que la sensación de un sentido es irreductible a la de otro (no podemos oír con la vista, ni ver con el oído...).

Todo grado de calidad que estableciéramos significaría sólo esto: «El sentido al que he asignado el primer rango es el más poderoso en mí.» Es esta la razón por la cual los pensadores ponen en primera línea, llamándolas superiores, las cosas del espíritu y demuestran así que juzgan con pasión sin saber salirse de sí mismos.

## XI

La razón es la esclava de los diversos sentimientos de nuestro ser en las múltiples transformaciones que sufre a medida que evoluciona. Así cada una de nues-

tras convicciones es la máscara de la fe bajo diferentes aspectos, de manera que nuestras opiniones no reposan sobre ninguna base sólida. Nadie puede asegurar si fué ayer cuando poseíamos la verdad, si será hoy o mañana. En el momento presente *creemos* siempre tenerla con nosotros.

## XII

Así como en algunas enfermedades de la personalidad hay desdoblamiento de la persona, y el enfermo se imagina ser dos individuos distintos, ¿no podría suceder que el género humano sufriera una especie de desdoblamiento que le diera a la sociedad la ilusión de componerse de individuos?

¿Cuál es el límite de la conciencia? ¿Por qué me siento ser solo en el corto lapso que transcurre desde el nacimiento a la muerte? ¿Por qué me siento ser de diversas maneras: primero inconscientemente; después, entre consciente e inconscientemente, y al fin casi fuera de mí mismo?

¿Y de todos estos modos de conciencia, cuál es el verdadero?

## XIII

Caminaba hacia el pasado tratando de alcanzar la parte de mi vida ya escurrida. Las tumbas por millares se levantaron con sus cruces y un ser que se me parecía de manera angustiosa multiplicó tras cada una de ellas su fúnebre silueta.

Aterrada, busqué con la mirada, como un apoyo en el presente, mi rosa de la madrugada que se marchita cada tarde en la copa de cristal mientras llega la rosa de mañana.

Mas el inmenso campo funerario de las flores que embalsamaron cada día mi morada, a pérdida de re-

cuerdo se extendió paralelo al cementerio de mis seres innumerables que las habían cogido. ¿Quién soy yo que cuento mis muertos?

#### XIV

Un reloj vivo regula dentro de mi pecho las horas que conducen al doble de medianoche.

¿Cómo podría huir el aviso de segundos hechos carne dentro del ser?

Escucho anhelante la palpitación continuada, como si mirara, por una minúscula herida mortal, mi corazón sangrar, sangrar, sangrar....

#### XV

Sólo una vez he leído el libro que prefiero; sólo una vez he contemplado el cuadro que admiro. Después, en ese mismo libro, en ese mismo cuadro, hallé tan sólo parientes de estos a los que yo volvía debido al recuerdo y a un vago parecido, mas sin poder nunca despertar el muerto de su sueño eterno.

La química de la percepción varía hasta el infinito sus combinaciones. Toda impresión es virgen porque la sensibilidad, al segundo contacto, se halla traspuesta.

#### XVI

¿Qué importa la muerte? El cadáver nada sabrá de ella. Sólo en el minuto efímero en que la pensamos, sufrimos; después no habrá sino una eternidad de inconsciencia. Mas este minuto durante el cual meditamos sobre la muerte crea a su vez la eternidad consciente del «no ser» y solamente la no coincidencia en el saber y su realización anula el sufrimiento.

## XVII

Extendí mis manos a los dos extremos del teclado; agucé el oído hasta percibir los últimos sonidos graves y agudos.

En mi gesto árido abracé en el instrumento el límite de nuestro ser. ¡Ay! cuantos sonidos en la sombra que nunca nos será dado oír.

## y XVIII

¡Pobre pensamiento, cómo te agitas dentro del cráneo; cómo te golpeas contra sus paredes de hueso! Recuerdas esas trémulas mariposas ebrias de espacio que se alocan destrozándose en vano las alas contra los vidrios y el techo de la pieza cerrada.

Pablo Neruda.

## COLECCION NOCTURNA

*He vencido al ángel del sueño, el funesto alegórico.  
su gestión insistía, su denso paso llega  
envuelto en caracoles y cigarras,  
marino, perfumado de frutos agudos.*

*Es el viento que agita los meses, el silbido de un tren,  
el paso de la temperatura sobre el lecho,  
un opaco sonido de sombra  
que cae como trapo en lo interminable,  
una repetición de distancias, un vino de color confundido,  
un paso polvoriento de vacas bramando.*

*A veces su canasto negro cae en mi pecho,  
sus sacos de dominio hieren mi hombro,  
su multitud de sal, su ejército entreabierto  
el blando cielo rompen:*

él galopa en la respiración y su paso es de beso:  
su salitre seguro planta en los párpados  
con vigor esencial y solemne propósito:  
entra en lo preparado como un dueño:  
su sustancia sin ruido equipa de pronto,  
su alimento profético propaga tenazmente.

Reconozco a menudo sus guerreros,  
sus piezas corroídas por el aire, sus dimensiones,  
y su necesidad de espacio es tan violenta  
que baja hasta mi corazón a buscarlo:  
él es el propietario de las mesetas inaccesibles,  
él baila con personajes trágicos y cotidianos:  
de noche rompe mi piel su ácido aéreo  
y escucho en mi interior temblar su instrumento.

Yo oigo el sueño de viejos compañeros y mujeres amadas,  
sueños cuyos latidos me quebrantan.

Su material de alfombra piso en silencio,  
su luz de amapola muerdo con delirio.

Cadáveres dormidos que a menudo  
danzan asidos al peso de mi corazón:  
¡qué ciudades opacas recorreremos!

Mi pardo corcel de sombra se agiganta,  
y sobre envejecidos tahures, sobre lenocinios de escaleras gastadas,  
sobre lechos de niñas desnudas, entre jugadores de foot-ball  
del viento ceñidos pasamos,  
y entonces caen a nuestra boca esos frutos blandos del cielo:

los pájaros, las conventuales campanadas, los cometas:  
aquel que se nutrió de geografía pura y estremecimiento,  
ese tal vez nos vió pasar centelleando.

*Camaradas cuyas cabezas reposan sobre barriles  
en un desmantelado buque prófugo, lejos,  
amigos míos sin lágrimas, mujeres de rostro cruel,  
la media noche ha llegado, y un gong de muerte  
golpea en torno mío como el mar.*

*Hay en la boca el sabor, la sal del dormido.*

*Fiel como una condena a cada cuerpo*

*la palidez del distrito letárgico acude:*

*una sonrisa fría, sumergida:*

*unos detenidos ojos como fatigados boxeadores:*

*una respiración que sordamente devora fantasmas.*

*En esa humedad de nacimiento, con esa proporción tenebrosa  
cerrada como una bodega, el aire es criminal:*

*las paredes tienen un triste color de cocodrilo,*

*una contextura de araña siniestra:*

*se pisa en lo blando como sobre un monstruo muerto:*

*las uvas negras, inmensas, repletas,*

*cuelgan de entre las ruinas como odres.*

*¡Oh capitán! en nuestra hora de reparto*

*abre los duros cerrojos y espérame,*

*allí debemos cenar vestidos de luto,*

*el enfermo de malaria guardará las puertas.*



*Mi corazón, es tarde y sin orillas,  
el día, como un pobre mantel puesto a secar  
oscila, rodeado de seres y extensión:  
de cada ser viviente hay algo en la atmósfera:  
mirando mucho el aire aparecerían mendigos,  
abogados, bandidos, carteros, costureras,  
y un poco de cada oficio, un resto humillado  
quiere trabajar su parte en nuestro interior.  
Yo busco desde antaño, yo examino sin arrogancia,  
conquistado, sin duda, por lo vespertino.*

Enrique Molina.

## EL PROBLEMA DE LA EDUCACION SECUNDARIA (1)

**H**EMOS suspendido hoy nuestras diarias tareas para dedicarnos a la celebración del aniversario de nuestro Liceo. Ha sido para mí un placer venir a convivir en este día momentos de confraternidad con mis queridos compañeros y alumnos. Celebrar un aniversario es sacar a luz las banderas ideales que durante el año se tienen guardadas en el cofre del corazón, es exhibir amores que en el resto del tiempo obran escondidos y conducen a las almas en silencio.

El Liceo ha tratado, siguiendo su noble tradición, de servir del mejor modo posible los intereses de la sociedad en que vive, por medio de su atención cotidiana y constante a los trabajos y necesidades de los alumnos y a las preocupaciones y justos afanes de los padres, con los cuales se mantiene en contacto permanente y sin cuya cooperación la obra educadora de los establecimientos de instrucción no daría todos sus frutos.

Me es grato decir también que en el año transcu-

---

(1) Discurso pronunciado el 9 de Agosto con ocasión del aniversario del Liceo de Hombres de Concepción.

rrido se ha enriquecido la Biblioteca gracias principalmente a la generosa cooperación de la Sociedad de Ex-Alumnos. Merced a ella también tendrá pronto el Liceo un buen gabinete dental y servicio médico. Se han equipado asimismo convenientemente los gimnasios y se han iniciado nuevas construcciones prosiguiendo el plan de edificación ya bastante adelantado. El teatro o aula magna estará terminado seguramente a principios del año próximo y es de esperar que algo semejante ocurra poco después con las dependencias que hacen falta al internado.



Pero permitidme que aproveche esta oportunidad para hablaros sobre todo de cuestiones que constituyen rasgos sobresalientes de la educación en general y particularmente de la secundaria.

Sin entrar en detalles de teoría alguna, la obra de la educación se me presenta en conjunto como la de un arte difícil que cultiva las aptitudes de las generaciones nuevas a fin de ofrecer a la sociedad individualidades eficientes y bien preparadas para la vida. La técnica de los métodos y de los planes de estudio se diversifica y complica en la forma más variada según la edad y condiciones físicas y psíquicas de los educandos y según el grado de la enseñanza y la especialización a que se alcance a llegar en los más altos peldaños de la educación superior. Ninguna expresión condensa mejor a mi entender todo el sentido de esa preparación que aquel concepto clásico en el siglo XIX de «la lucha por la vida» que ha parecido a veces gastado y desvalorizado por lo que vulgarizadores y hombres de prensa han abusado de él, pero que es profundamente verdadero siempre que se le despoje de toda idea de agresividad, de materialismo y de pesimismo.

Conviene llevar en el alma el sentimiento viril de que la vida es lucha continua para no ceder a las fáciles tentaciones que nos acechan y mantenernos enhiestos ante cualquiera adversidad. Debe ser lucha contra las bajas inclinaciones de nuestra naturaleza, contra la frivolidad y la pereza. No hay ninguna doctrina capaz de superar o eliminar la necesidad del dominio de sí mismo. Al contrario, una de las formas de la irreemplazable sabiduría consiste en la perfecta dirección de las tendencias de nuestro ser por la razón.

Hay que luchar con el propósito de servir a la sociedad misma, por la realización de un ideal y para cumplir con su deber, ya sea contra los obstáculos y dificultades que presentan situaciones desventajosas, ya contra las injusticias, los intereses ilícitos y los prejuicios de los hombres. Debemos avanzar animados del más sano anhelo de cooperación y de buen espíritu, sin resquemores, sin odios ni suspicacias, llevando altos propósitos como finalidad.

El buen espíritu, la conciencia de que se persiguen dignos fines y las buenas obras que se van efectuando constituyen fuerzas morales imponderables, que suscitan aliados y cooperadores imprevistos y no permiten que se seque en el alma la fuente del optimismo.

Preparar para la lucha en la compleja y agitada sociedad actual significa una tarea llena de escollos de donde resultan el descontento que se manifiesta contra los sistemas de educación y las constantes críticas e interminables reformas a que viven sometidos. Fenómeno es éste que se caracteriza sobre todo en países como el nuestro que no se conforman con la inferioridad a que su destino histórico en ciertos momentos los ha condenado. Y tal inquietud no cabe interpretarla como un mal síntoma sino que, no obstante las desorientaciones en que se suele caer, como voluntad de triunfar.

No corresponde a los liceos preparar a sus alumnos

para el ejercicio de una profesión u oficio, pero sí despertar y afianzar el desarrollo de la capacidad de trabajo, de la honradez y de las potencias intelectuales y morales que más tarde harán de ellos hombres de iniciativas y profesionales competentes y dignos de confianza. Sólo a los más capaces o a los más afortunados en cada generación les es dado terminar los cursos del liceo, lo que debe agregar al sentimiento de las responsabilidades privadas el de las responsabilidades cívicas porque ellos pasan a formar la *élite* de la nación.

Hubo un tiempo en que se creyó necesario incluir en el plan del liceo cuanta enseñanza se consideró un elemento integral de la cultura general: las ciencias, las matemáticas, la literatura, los idiomas, la historia, la filosofía, las bellas artes, la instrucción cívica, la gimnasia, los trabajos manuales. Nada debía faltar en la educación del joven que iba a formar la *élite*; pero nada podía tampoco ser objeto de lo que podríamos llamar una elaboración orgánica de parte del educando. Resultaba una enseñanza apresurada en que se quería embutir en las mentes juveniles gran número de conocimientos sin despliegue de actividad del lado de los alumnos, con lo que los conocimientos no eran bien asimilados y carecían de toda virtud dinámica.

Este ha sido el pecado del enciclopedismo de que ha adolecido y en parte adolece la educación secundaria en todo el mundo.

Dos procedimientos se han preconizado para subsanar tal defecto: el plan electivo y los métodos activos. Según el plan electivo, muy en boga en los Estados Unidos, los alumnos pueden dedicar mayor tiempo a algunos ramos de su preferencia y descuidar otros. Tiene alguna semejanza con este plan el sistema de las bifurcaciones, que permiten a los jóvenes en los últimos años de humanidades intensificar ciertos estudios de acuerdo con sus predilecciones y la carrera que piensan seguir. En Chile no han encontrado am-

biente favorable estos arbitrios. El último plan de estudios ofrece, sin embargo, la posibilidad de tomar algunos ramos electivos en los años superiores. Pero como regla general hemos tenido siempre el plan único para todos los estudiantes.

Los métodos activos no eran del todo desconocidos antes de las recientes reformas. En parte se les venía practicando desde la entrada al magisterio del primer curso graduado en el Instituto Pedagógico. Pero en los últimos años se ha preconizado su aplicación con empeño sistemático. Tales métodos tienden al desarrollo de la personalidad del educando por medio del estímulo y dirección de sus actividades espontáneas. Lo que se le enseñe ha de ser conforme a los intereses de su inteligencia y todo lo que aprenda debe lograrlo por medio de su propio trabajo. Así no debe ser sino en la medida de lo indispensable mero receptor pasivo de nociones impartidas por el profesor.

Estos métodos conducen a un concepto más dinámico de lo que habría que entender por cultura de un hombre. Ya no estribaría ésta sobre todo en la mera erudición, en la acumulación de informaciones y datos que suelen ocupar demasiado lugar en la memoria con perjuicio de otros departamentos de la inteligencia y de los sentimientos. Supondría ante todo el sentido del deber, el carácter recto, la capacidad de juzgar por sí mismo, acertado criterio ante las realidades del mundo, el ser foco de ideas originales y propias, la estimación de la belleza y demás valores espirituales, la facultad de discurrir con claridad y expresarse clara y correctamente de palabra o por escrito. Dentro de estos conceptos no hay que mirar tampoco los conocimientos como factores de escaso valor, pero sí ante todo como elementos indispensables para formar juicios acertados sobre la materia a que se refieran. No es posible desconocer además la importancia que revisten como fuentes de los más altos placeres para el espíritu curioso y amante del estudio.

Como no se puede esperar que el joven que termine humanidades salga con su cultura definitivamente hecha y, aún más, la cultura consiste en parte precisamente en el afán de seguir cultivándose, nada como los métodos activos para despertar en el educando el gusto por continuar su perfeccionamiento. Pero a pesar de las reformas tan bien inspiradas que se han venido realizando, defectos del pasado gravitan aun sobre nuestros liceos. De aquí una falta como de ajustamiento y de engranaje entre lo que se quisiera hacer y lo que se puede hacer.

En años anteriores tomó caracteres graves el problema de la libertad que se pretendía dar a los alumnos en oposición al orden y disciplina indispensables que deben reinar en un establecimiento de instrucción. Felizmente este conflicto se resolvió con un poco de buen criterio afianzándose el régimen de una sana disciplina casi espontánea, sin necesidad de recurrir a medidas coercitivas.

No se hallan bien armonizadas todavía las dos exigencias tan justificadas de atender, por un lado, a que el niño en sus estudios siga la línea de su espontaneidad y de sus gustos, y, por otro, de imponerle labores que reclamen de él saludables esfuerzos.

Creo que es un deber nuestro como profesores buscar una conciliación de esas finalidades en el aprovechamiento de toda la latitud que los programas, reglamentos y perspectivas de exámenes nos dejan para aplicar los métodos nuevos que estimulan y no sólo informan sino que forman el espíritu y, favoreciendo las sanas inclinaciones de los jóvenes, hacer que trabajen mucho, pero que trabajen a gusto. Por este camino entregamos a la sociedad una juventud a la vez culta, capaz de iniciativas, y apta para llevar a cabo las empresas que el presente y el porvenir de la patria esperan de nosotros.

Jaime Torres Bodet.

## LECCION DE COSAS (1)

**P**ROSERPINA era una de esas mujeres a quienes, de niñas, nadie pensó contar un cuento de hadas. Dueña de la lámpara de Aladino, no hubiera sabido encender con ella una pipa. Había, en no sé qué rectitud de sus labios, la confesión de una alarma terrible: no podía pronunciar claramente la palabra «Simbad». Erudita en todo género de orientalismos, Raquel me descifró su secreto:

—Tranquilícese usted—me dijo—. A Proserpina, si hubiésemos nacido en Constantinopla, podríamos regalar sin peligro el Tapete Mágico. Ya tomaría ella buen cuidado de no viajar en él. Al contrario. Lo enrollaría junto con sus maletas, como un estuche de *golf*, y lo enviaría a dormir al vagón de los equipajes.

Había un fondo de verdad en aquella malicia. En toda malicia lo hay. Por eso, sorprendida de pronto al volver de la calle, en la escuela, en un rincón de la Biblioteca de Altos Estudios, en una avenida de la Alameda, Proserpina daba invariablemente la impresión de salir de una partitura. De la partitura de una ópera de Gluck. Como la música de Orfeo, su voz—

---

(1) Capítulo inédito de *Muerte de Proserpina*, novela en preparación.



al hablar—estaba alineada a lo largo de un laberinto de insinuaciones abstractas. Pero, si callaba, su silencio era más grave aún. Porque recordaba, en aquellos minutos, ese paisaje filosófico de las telas de Poussin en cuyo ambiente, para sugerir el conjunto de un bosque, los árboles se persiguen, se acercan unos a otros, se *agrupan*, adquieren en seguida el aspecto de esos sillones que fingen un estrado real en el escaparate de las mueblerías.

Sin embargo, vivíamos en 1919. Estábamos en otoño. Acabábamos de leer el *Emilio*. Era imposible que doscientos siete años después del nacimiento de Juan Jacobo Rousseau, una mujer del carácter de Proserpina no estuviese aun resignada a «regresar a la Naturaleza».

Le hice los primeros reproches.

—Tus trajes—le dije— no tienen aire de trajes. No pesan. No confiesan nunca de qué color están hechos. Parecen teoremas. Necesitan siempre que los demuestres. Y tus costumbres son todavía más misteriosas. Hace cuatro meses que somos amigos y no sé aún si te gustan los chocolates, si tuviste una hermana que se llamara Carlota, si prefieres *Los espectros* a *Hedda Gabler*, *Hedda Gabler* a *Solness el constructor*. En vano llegas todos los días con una raqueta distinta debajo del brazo. Juegas al *tennis*, lo sé. Pero ¿podrías decirme de qué color estaba el cielo esta mañana, quién tuvo la culpa de que perdieses el séptimo *set*, en qué momento quisiste que una paloma picase a Alejandro en la esquina del ojo derecho? Cuando llueve, no te sometes nunca a los impermeables. Y si al fin admites el tuyo es, sólo, por no contrariar a los transeúntes. Cierra los ojos. Así. Ciérralos todavía más. Toma este lápiz. Bueno. Ahora, dibuja en tu cuaderno de notas la forma del objeto, del animal o de la persona en que pienses....

¡Naturalmente! En vez de la rosa, de la cruz o del pato que yo esperaba, había dibujado un canguro.

—¿Por qué exageras las dificultades de todo lo que te propones? ¿Por qué escribes obscuro, subscripciones, Schehrezahdah y backaratt, en vez de baccarat, Scherazada, suscripciones y oscuro? ¿Por qué eliges siempre el camino más largo para venir al colegio, el tranvía más pletórico para regresar a tu casa, el barrio más alejado del centro para vivir, el pastel más oculto de la bandeja, el número de la lotería que no llevan nunca las vendedoras, la postura más incómoda para contestar a los *drives*? Eso es. Acabo de descubrir la palabra que me faltaba. Eres incómoda. Y todo lo que no es incómodo te satisface incompletamente. Ahora comprendo por qué dices que estás extenuada cuando no has hecho sino subir la escalera; por qué afirmas que adoras lo que solamente te gusta; por qué añades que sufres cuando solamente te contrarías. Vas demasiado lejos. De una obra, lo primero que lees es el epílogo. De un helado, lo primero que comes es esa cereza egoísta que los golosos reservan para el final. ¿Y qué es lo que te interesa en el semblante de un hombre? Los ojos, naturalmente, sí. Pero, dentro de los ojos, las pupilas. Y, en las pupilas, el iris. Y, en el iris, ese puntito de nácar por donde nos está adivinando siempre todos los pensamientos ocultos la mirada invisible de un dios.... No te incendies. No vayas tan de prisa. Dale un descanso a tu sombra. Supón que a tu ángel de la guarda se le acaba de clavar una espina en el pie. ¿Sonríes? Es mejor que te sientes. Ahora, imagina que soy un maestro de escuela. ¿Quieres que te dé la primera de mis *Lecciones de cosas*?

Estábamos en un parque. Nos envolvía esa excelente escenografía de otoño que hace pensar en las inmediaciones de aquellos lugares en que deberían representarse los dramas de Shakespeare. Por ejemplo: *Un rincón en el bosque*. Sale Macbeth, seguido por el fantasma de Banquo. Había tanto verde debajo, encima y alrededor de nosotros que se hacía extremada-

mente difícil precisar cuál era el último árbol de la naturaleza y cuál la primera rama de la civilización. Del sombrero de paja que Proserpina se había puesto, le escurrían sobre los hombros dos cintas azules, tipográficas y pedantes como un par de comillas. En los ojos, en los brazos, en la sonrisa dudosa, demostraba ese terror de sentarse en el césped que distingue a las palomas de todas las bibliotecas. Se sentía dichosa. Era la primera vez que se oía tratar con rigor.

Para complacerme, escogió una piedra del parque, la más limpia del sitio en que nos habíamos detenido. Se sentó en ella.

—¿Conoces el árbol que tienes al frente?

Me dijo que sí, con un asentimiento imperceptible de la sonrisa.

—¿Cómo se llama?

—Es un eucaliptus.

No podía fallar. Sólo a ella se le hubiese ocurrido confundir con un fresno esa cosa terrible—úes, eles y pes—que designaba por medio de una palabra suficientemente difícil para parecerle probable: eucaliptus.

—Estás equivocada—corregí yo—. Es un fresno. Mira: la hoja de los fresnos tiene la forma de una mano enteramente abierta. En sus venas de oro una gitana que supiese al mismo tiempo algo de Historia Natural podría leer el destino de todo el resto del árbol. El número de los pájaros que hayan de formar un nido en sus ramas, el nombre del leñador que echará abajo su tronco, las iniciales que renacerán de su corteza cuando una fábrica de papel artificial lo haya convertido al fin en un pliego de cartas....

Se aburría de arriba abajo, como la lluvia de un arpa. Para inspirarle la idea de una complicidad, le estreché silenciosamente la punta de los dedos. Todo su tacto se había echado a dormir. Quise darme a mí mismo una impresión de confianza. Conté las hojas que habían caído junto a nosotros durante el tiempo que

había durado nuestra conversación. Veinticuatro. ¡No eran sino veinticuatro! Dentro de veinticuatro días—pensé—Proserpina se decidirá a devolverme mis besos. ¿Pero no habría cometido yo algún error en la cuenta? ¿No se trataría solamente de veinticuatro horas?

Se aburría. En el fondo, era un miembro más de esa generación de señoritas para quienes el mar no es sino un producto de los transatlánticos. Y sin embargo.... No. No podía ser. El relato de la niñez que había mandado grabar en su disco me prometía un carácter absolutamente distinto. Se lo dije. ¿Cómo podía concebirse una crueldad tan ingenua?

Me parece estar oyendo su risa. ¿Luego había sido capaz de creer todas las atrocidades de que se había acusado en el disco? ¡Qué malignidad! Y ella que lo quería distribuir para impresionar exclusivamente a los tontos. Si aquello no tenía nada de cierto. Si nadie recuerda nunca un episodio real de su infancia. Ni los autores que la describen con todo detalle en sus memorias.

¿A quién creer? ¿A la pequeña Proserpina coronada de un sombrero de paja cubierto de uvas? ¿A la invisible sibila de los fonógrafos Víctor? Se hacía noche. El aire llegaba tan pausadamente a nosotros que, al respirarlo, hubiéramos podido contar las secciones de los diferentes perfumes de que venía tejido. Perfume de los claveles, encendido y espeso como el sueño que produce un narcótico. Perfume de la hoja de los duraznos, entristecido por el remordimiento de no entregarse todo a la fruta vecina. Perfume de las violetas, discreto como la primera sonrisa de una viuda en un baile de máscaras. Perfume de los geranios silvestres, asoleado y redondo a pesar de la sombra, como el anillo de una plaza de toros, en una aldea española, el día en que el alcalde celebra su santo. Y por último, ruiseñor silencioso de los olores, perfume del jazmín. Perfume tan penetrante, tan alejado de todos,

que el más delicado poeta no querría compararlo sino al perfume de otro jazmín.

¡Cuánto hubiese deseado explicar a Proserpina todas aquellas concordancias de los sentidos! Pero no supe. En la sombra, el temor de parecerle ridículo me hubiese hecho tartamudear. También las palabras, también las palabras, son teclas que no puedo tocar de noche, a ciegas, de prisa, con la elegancia de una dactilógrafa.

Salió la luna. Se humedecieron los grillos. Proserpina propuso el regreso. La ciudad la atraía visiblemente, con el imán de sus conferencias, de sus conciertos, de sus cursos nocturnos, de sus lecturas al pie de la lámpara. Era, definitivamente, una mujer vencida por la civilización.

—No hay paisaje, por hermoso que sea, que no pueda caber en una frase feliz.

Lo dijo gravemente, como si lo hubiese leído en la vidriera de un hotel de 1824, en Nápoles, sobre la boca indecisa de Madame de Staël.

Sentí celos de una vocación tan perfecta. Quise avergonzarla con el recuerdo de alguna cosa que no fuese estrictamente suya, de una noticia, de un dato, de una noción del mundo en que yo mismo hubiese participado.

Le supliqué:

—Proserpina, por favor, antes de tomar el tranvía, dígame ¿cómo se llama el árbol que tiene en este momento a su izquierda?

La omisión del tuteo le hizo advertir mi disgusto. Procuró ser amable.

—Es un fresno.

¿Sería verdad?... Me acerqué. Examiné detenidamente su tronco, para estar seguro, más tarde, de no haber soñado. Era un eucaliptus. De todos modos, la clase no había sido superflua. Proserpina había aprendido a cambiar de opinión.

Ricardo A. Latcham.

## INTERPRETACION DE MAQUIA- VELO

### LA OBRA (1)

**R**ESULTARIA pedantesco el intento en el estrecho margen de una disertación, de abarcar todo el poderoso desarrollo de la obra maquiavélica. Este hombre tan discutido y sagaz desenvolvió una labor variada y que pasa del arte puro a la definición de los tópicos políticos. Maquiavelo resulta hoy un curioso intérprete de asuntos que día por día se presentan a la atención de los tratadistas que definen posiciones ante formas de gobierno post bélicas. Nada nuevo parece haber pasado por la mente política. Idénticas circunstancias, procesos paralelos, situaciones análogas a las que fijó certeramente Maquiavelo en sus comentarios a Tito Livio y en su inmortal *Príncipe*.

El pesimismo asoma constantemente en las páginas doctrinales del florentino. Por todas partes circula fi-

---

(1) Véase el número anterior de *Atenea*.

namente un aliento frío, disolvente a veces, y no siempre benévolo para con la naturaleza humana. «La naturaleza humana no es perfecta»—escribe en el Capítulo XV de *El Príncipe*—y con esta razón se extiende en justificaciones sobre los defectos del soberano. Cuando trata de la provisionalidad de la palabra empeñada lo hace sirviéndose de idéntico argumento: «Si todos los hombres fuesen buenos, me guardaría muy bien de dar este precepto», añade con fría y sideral lumbre.

Papini compuso un florilegio de frases maquiavélicas que definen bien su posición relativista. Los hombres estiman más el sentido que el honor, «la naturaleza de los hombres es ambiciosa», «los hombres se corrompen como lo más», «los hombres son más prontos al mal que al bien.» Nietzsche apura más tarde tal concepto peyorativo de la naturaleza humana.

Se ha visto una analogía con los razonamientos de Pascal en esta admirable proposición maquiavélica:

La mayoría de los hombres se nutre tanto de lo aparente como de lo real y a veces se mueve más por las cosas aparentes que por las reales.

Agrega:

Los hombres no saben ser ni del todo buenos ni del todo deleznable.

Y todavía añade:

Los hombres no saben ser honorablemente tristes y perfectamente buenos, y como una tristeza entraña una grandeza o es en algún sentido generosa, ellos no la saben captar.

Amargas verdades en que podemos gustar un sabor pascaliano. ¿No recuerdan acaso tales apotegmas los lúcidos destellos del genio de Port Royal?

Para entender toda la hondura vasta de Maquiavelo he espigado en su pensamiento y he recogido estas flores sombrías

El hombre del Renacimiento no es mejor ni peor que otros hombres de la historia, pero en tales sugerencias realistas habría que buscar el comienzo de una moral nueva. Maquiavelo desarrolla con tino su teoría del hecho consumado, de la «verdad efectiva», de la concreta y despiadada realidad. No es posible en sus páginas encontrar el dualismo pascaliano del Ángel y la Bestia, cuya existencia mueve al pensador francés a estimular al ángel en su lucha por Dios. Maquiavelo, al revés, se sirvió del hombre tal cual es para el beneficio de la República tal cual le gustaba. Su ideal es cívico (la ciudad—la República—el Estado) y nunca se interesa por redimir a la condición humana de su fondo insobornable. Entre Pascal, vocero de una forma cristiana del pensamiento, y Maquiavelo, se abre el abismo de dos contrarias posiciones ante el mundo. Hermanos en pesimismo, yerguen posturas antagónicas, que no obstante se completan.

Pagano absoluto, el Maquiavelo es un afortunado antepasado espiritual del contemporáneo Maurras, febril ideólogo de la Acción Francesa y estímulo ardiente de los reaccionarios que colocan a la fuerza y al poder como la meta suprema de la política. La diferencia existe, no obstante.

Su glorificación del Estado y su desprecio mal disimulado a la Iglesia Católica, a la cual culpa de muchos males, lo colocan en tal sentido como un escritor paralelo a los modernos sectarios de la Acción Francesa, que sólo buscaron a Roma mientras ofrecía un punto de apoyo político a su concepción del poder.

Giuseppe Ferrari dice de Maquiavelo:

La monarquía de Maquiavelo es fundada en la razón de Estado; y aun cuando habla de la República se dirige al le-



gislador, al conspirador; mas nunca a la multitud. Verdadero iniciador, podría decirse que imita a los sacerdotes antiguos cuando confía su secreto político a unos pocos escogidos que no podrán confiarlo a los profanos sin perderlos. Su fidelidad es, pues, el éxito con la condición del silencio y del misterio; pero su genio, más poderoso que su intención, lo lleva al público, divulga sus secretos, transforma su ciencia misteriosa en una espléndida y escandalosa sátira de las ventajas de la mentira y de los inconvenientes de la verdad. Así Maquiavelo, sin proponérselo, realiza una obra fatal: hace guerra a las religiones que quiere ver respetadas y destruye la autoridad que quiere ver protegida.

Por radical que sea tal juicio entraña elementos de verdad. El maquiavelismo es un tópico perpetuo, por su sentido realista y por la ondulante perspectiva que entregan sus páginas.

La teología, esa ciencia difusa, a veces clara y lógica, pero impenetrable y dúctil en ocasiones, se asemeja al pensamiento maquiavélico, cuya tortuosidad le ha dado muchas interpretaciones radicales y brutalistas. La mala fama de *El Príncipe* débese tal vez a su destino oculto. Estaba destinado a ser una instrucción secreta y circunstancial, *ad usum* de César Borgia o de Lorenzo de Médici.

Esta fatalidad persigue al *Príncipe* y desfigura el verdadero sentido del pensamiento maquiavélico. Quien vea en el sutil florentino a un falsario, a un adulator de los poderosos, a un simple histrión, está muy atrasado con respecto a su significación. Su epistolario, fértil en chanzas y en doble sentido, registra una declaración sobre la mentira que ha servido para presentarlo mal. Se refiere a las mentiras de ciertos frailes carpenses y expresa esto:

En cuanto a las mentiras de los frailes, yo me puedo medir con todos ellos, porque hace ya tiempo me doctoré en tal calidad... porque ya no digo nunca lo que creo, ni creo nunca en lo que digo y si por acaso digo algunas veces la verdad, la escondo entre tantas mentiras que resulta difícil encontrarla.

En el *Epistolario* y en sus *Historias florentinas* se cogen muchos aspectos que aclaran al pensador. Su estilo es inferior allí al que ostenta en sus tratados políticos. Se torna pomposo, a veces pedante, en ocasiones doctoral. El brillante animal político que domina en él sólo anima su pluma cuando entra en discursos políticos, cuando salta de la narración al certero pincelazo interpretativo. Con todo en las *Historias* es amanerado y sale de su nervio vital para perderse en divagaciones pomposas y en un desgano evidente. No hubo manera de conciliar su obra parcial e interesada con la «verità effetuale». De ahí el tono que diferencia tal escrito de las otras páginas donde esplende su facundia renacentista y su prosa toscana, sacada del corazón mismo de la vida.

No obstante, en descargo suyo habría que decir algo más. En ciertas partes abandona el tono parcial y arroja cierta luz desfavorable a personajes y actos de la Casa Gobernante. Su concepto de la historia vacila entre la verdad y el salario que cobra por escribir. Presenta a Cosimo de Médici como un tipo fuerte, pero cruel, a Giuliano—del que es hijo natural Clemente VII— como hombre insignificante, y a Piero, de la misma casa, como a un simple burgués, lo que revela que no duerme el vigilante oteador de la precaria naturaleza humana.

En su obra cortesana admiramos hoy dos aspectos primordiales que separan a tan grande escritor de la turbamulta de los halagadores. Primero notamos una asombrosa fidelidad a los amigos, que hace decir a un historiador:

Este afecto y respeto para los íntimos se encuentra muy a menudo en su vida, y es una de sus manifestaciones psicológicas que más deben apreciarse.

Las cartas suyas, además, entregan aspectos tiernos, frases conmovedoras, pequeños toques íntimos en

que el corazón desnuda su fibra, y un amplio concepto de la fidelidad devuelve a su nombre la honra que le arrebatan muchos historiadores.

Ferrara lo retrata así:

En todos sus actos, en todos sus escritos, había deseado ocultarse a la posteridad, casi rogándola que lo dejase tranquilo. A diferencia de tantos otros, vanidosos y megalómanos, como Cicerón por ejemplo, procuró siempre ponerse bajo el peor prisma, y hasta dió con sus auto-acusaciones burlescas, materia para la crítica acerba de ligeros y vacuos acusadores. Cuando en la intimidad familiar, o por justificada satisfacción literaria, se vió obligado a decir algo personal, fuera para servir de ejemplo a sus hijos, noble acción de un padre amoroso, sea para asegurar el aprecio y la estimación de los amigos a un producto de su inteligencia, lo hizo con tanta reserva, con tanta modestia, que casi resulta conmovedor. (Ferrara, *Maquiavelo*, pág. 358.)

Tal aspecto de Maquiavelo rescata mucho de lo sombrío de la interpretación antigua. El concepto puro del intelectual debe mucho a Maquiavelo. Un hombre de ideas es, en cierto modo, un sacerdote de un culto purísimo, que no debe ni puede estar sometido a las oscilaciones del poder, a las seducciones cálidas de las cortes y al culto de los poderosos. La vida de las ideas, mientras más acendrada sea, más lejana debe estar de ese mundo oblicuo de las cancillerías.

Los gobernantes antiguos y modernos usaron a los intelectuales en aquellos momentos en que su causa necesitó del prestigio del espíritu, pero raro es el detentador de poder que, pasado el instante de la incertidumbre y afianzado su dominio material, no olvide al que puso lo mejor de su ingenio y de su cerebro al servicio del victorioso. Maquiavelo, al servir a hombres llenos de fuerza, creía realizar su anhelo pagano del Estado y creía en la realidad próxima de su sueño de estadista. Mas nunca abdicó por corrupción mental como los modernos intelectuales, que dejaron la po-

sición de la *agonía*, de la lucha cristiana, restaurada en nuestros días por Unamuno, para saltar detrás de los distribuidores de cargos y sinecuras. El intelectual cuando no es un sacerdote se convierte en un simple escribiente. El sentido de la vida, la altura moral, la independencia de carácter, el desdén a lo político en su carácter terrero y material deben ser las inquebrantales normas del hombre que maneja ideas. ¿Existe nobleza más alta y culto más puro que el de las ideas? Sin ellas no marcha un solo movimiento político, sin las vigilias meditativas y las posiciones vanguardistas de los escritores no se mueve un sólo cimiento de las organizaciones sociales y políticas. Pero el escritor debe ser político en el sentido aristotélico, debe sentir la política sólo como una parte de su misión, porque su reino, como el del Cristo, no es de «este mundo». La política, como medio, no como fin anima al escritor y quita de sus esfuerzos esa dorada esterilidad de los hedonistas y los estetas.

En Maquiavelo encontramos un tipo completo de intelectual en su aspecto mejor. De la época renacentista cogió el sentido realista, la porción opima de ese florecimiento humanístico, pero a la vez orientó y guió a los hombres menos inteligentes que no dominaron las ideas generales. El intelectual debe ser siempre un sacerdote, y como éste no debe buscar el éxito en campos ajenos a su ministerio. Un escritor que sale del suave reino de su vida interior y se entrega a complacencias arteras y a desbordes aduladores es como un obispo que se pusiera a administrar un cabaret.

Pocos escritores presentan mejor delineado el reino del espíritu y la frontera que lo separa de su corrupción. Si el hombre aristotélico es un animal político, el intelectual entregado sólo a la política se trueca sólo en la parte peyorativa de este concepto. La literatura exclusivamente política mata al arte y hace infecunda la acción puramente intelectual.

Volvemos al concepto de sacerdocio. Un *clerc*, como dice Julien Benda al referirse al intelectual, traiciona su causa si se entrega sólo a un culto hedonista del *yo*, pero asesina al ser espiritual que lleva dentro, si no sabe separar ambos aspectos de su labor. Comprendemos que un sacerdote no sólo viva de sus misas y oraciones, de sus bautizos y de sus matrimonios, pero un sacerdote tiene prohibido por el Derecho Canónico el especular en la Bolsa. Un intelectual de hoy que crea más noble ser ministro o esté en postura permanente de candidato es más repugnante que un presbítero en tratos con un tenedor de Llagunas o Disputadas.

Maquiavelo, tan calumniado como intelectual, devuelve su sentido a este concepto. Nunca se abate ante los tiranos y si alguna vez los sirve, sólo es en un aspecto funcionario que no le resta independencia en sus grandes obras. Condena con frases de fuego a los tiranos y señala, entre otros, a Julio César como ejemplo, sometiéndolo a un parangón con Escipión, al que halla superior. Movido por una personal idea de la Historia de Roma, considera a César destructor de la libertad romana y lo condena con frases flageladoras.

Un Estado corrompido no puede conquistar las libertades públicas. Esta parte del pensamiento maquiavélico es originalísima. En la Roma austera los disturbios sólo fueron un fermento de estímulos y de mejoras. Los disturbios y los motines populares revelaban energías cívicas acendradas y removían las capas de la población, dejando a la vista lo podrido y separando el oro del lodo.

En cambio—añade Maquiavelo—en los estados corrompidos, donde la médula de la administración está herida por venenos disolventes, el menor ataque al orden aparente destruye los fundamentos del Estado. Las buenas leyes, en tales casos, no sirven y su efecto se diluye. Sólo una mano enérgica y honrada, sólo un completo hombre de Estado puede usar violentamente

el cauterio legal hasta que el medio corrompido mejore. En esta parte de su obra, el Maquiavelo se anticipa al concepto moderno de que la libertad se adquiere con el uso de ella. La práctica constante y no súbita, por medio de una borrachera libertaria, crea una atmósfera propicia a su cultivo intenso y sincero. ¡Cuántas veces no vemos que las pseudo-democracias no son sino el plagio más estólido de un verdadero estado libre! ¡Y cuánto más propicio a un despertar de la conciencia colectiva no es un régimen de fuerza que un letargo de las fuerzas vivas dominadas por un democratismo mal entendido!

La democracia, por lo que toca a América, ha sido más una doctrina en potencia que en acto, esto es interpretada según la fórmula escolástica. Para Maquiavelo toda reforma debía ser sagaz, graduada, lenta. La ruptura con el pasado tendría que moverse cautelosa y finamente.

Quando se reforma el gobierno de un Estado para el bien general, es preciso no cambiarlo todo, sino por lo menos mantener la apariencia de las antiguas formas. Porque muchos hombres se satisfacen más con las apariencias que con la realidad. La regla de mantener los nombres viejos a las cosas nuevas, debe ser seguida por todo aquel que quiere liberalizar un Estado, porque todas las novedades excitan la mente de los hombres y los llevan a exageraciones. Los nombres que se dan a las magistraturas públicas deben ser los mismos, aun cuando se alteren radicalmente sus funciones, su autoridad, su número y la duración del tiempo en servicio.

Es admirable el relativismo que guía en un paseo meditativo y agudo por la época antigua a Maquiavelo. Escarmena el significado de la dictadura y ve que, en un principio, fué la magistratura legal del tiempo republicano. Más tarde, los usurpadores del poder malogran este nombre de significado originario muy noble.

Para explicarse aún más claramente el carácter de la obra de Maquiavelo es preciso leer un párrafo suyo, citado por Pasquale Villari en el tomo II, pág. 129 de su libro *Nicoló Machiavelli e i suoi tempi*:

Venuta la sera, mi ritiro a casa ed entro nel mio scrittoio, ed in sul'uscio mi spoglio quella veste contadina, piena di fango e di loto, e mi metto panni reali e curiali, e rivestito condecentemente, entro nelle antichi corti degli antichi uomini, dove, da loro ricevuto amorevolmente, mi pasco di quel cibo che *solum* è mio, e chi io nacqui per lui; dove io non mi vergogno parlare con loro e domandare della ragioni delle loro azioni, e quelli per loro umanità mi rispondono; e non sento per quattro ore di tempo alcuna noia, sdimentico ogni affano, non temo la povertá, non mi sbigottisce la morte, tutto mi trasferisco in loro.

Un hombre que habla así, que siente de un modo tan puro e integral el amor de los libros y de las ideas, revela un alma poderosa y sedienta de horizontes. Tal hombre, llevado y traído en alas del renombre, va quedando hoy entre las figuras decisivas de la historia. Su brillo no se desluce por sus flaquezas y su cálido estilo tendrá siempre actualidad. El intelectual de verdad, no el amante de las entelequias y de las sutilezas, siempre podrá mirar a esa aparente esfinge y quien nace con los ojos abiertos como él tendrá toda vez la virtud de desgarrar las tinieblas íntimas de los seres de hoy, de estos intelectuales y hombres de ahora, no menos débiles a pesar de los gigantescos progresos materiales. El insobornable mundo del espíritu permanece idéntico desde el Renacimiento y todos los esfuerzos por aportar nuevas concepciones de la política no sorprenden con nada nuevo al sutil y sonriente secretario. Su secreto, su gran secreto es el maquiavelismo perpetuo, que permite en sus escritos ver el origen de futuras naciones y hasta de imperialismos a la vez que nos da la receta poderosa para corroer las más prepotentes y autoritarias fórmulas del poderío.

Invitar a su estudio, empujar un poco de entusiasmo en vosotros ha sido mi despropósito al solicitar atención para estas páginas débiles, que son hojas desprendidas de apuntes de viaje. En su frecuentación se aprenderá mejor a conocer la fluctuación seductora de su estilo, y el mejor premio de mi desvelo se hallará en una lectura abierta que provoquen. Reanudo mis agradecimientos a esta Universidad joven de espíritu y única en Sud América por el estímulo que da a los intelectuales y espero que el fruto de nuevas vigiliass se entregue más depurado a vuestra atención. (1)

#### BIBLIOGRAFIA

- ORESTES FERRARA.—*Maquiavelo*.—La Habana, 1929.  
ORESTES FERRARA.—*The Private Correspondence of Nicolás Machiavelli*.—New York, 1929.  
PAPINI.—*Lettere di Machiavelli*.—Carabba, 1915.  
MANUEL REVENTÓS.—*Estudio sobre Maquiavelo*. *Revista de Catalunya*. N.º 42. Diciembre, 1927.  
JANET.—*Historia de las ideas políticas*.  
FRANCISCO OLGIATI.—Artículos en *La Civiltà Cattolica*, 1928.  
MACAULAY.—*Ensayo sobre Maquiavelo*.  
DUBRETON.—*Le Machiavellisme Perpetuel*.—París.  
ALEJANDRO MANZONI.—*La Moral Católica*.—Apéndice al Capítulo Terecro.  
CHARLES BENOIST.—*Le Machiavellisme*.—París, Plon, 1907.  
BENEDETTO CROCE.—*Elemento di Politica*.  
FRANCESCO ERCOLE.—*La Politica di Machiavelli*.—1926.  
ORESTE TOMMASINI.—*La vita e gli scritti di Nicolás Machiavelli nella loro Relazione col Machiavellismo*.—Roma, 1883.  
PASQUALE VILLARI.—*Nicoló Machiavelli e i suoi tempi*. Hoepli, 1927.  
ETTORE JANNI.—*Machiavelli*. Cogliati, Milano, 1927.  
FRANCESCO DE SANCTIS.—*Storia della Letteratura Italiana*.—Capítulo XV.  
GIUSEPPE PREZZOLINI.—*Nicoló Machiavelli*.—1927.

---

(1) Este trabajo fué leído por su autor en la Universidad de Concepción.



Domingo Melfi.

## PANORAMA UNIVERSAL

### SOBRE ALGUNAS DECLARACIONES DE KEYSERLING

**C**REE Keyserling de Norte América que la mayor riqueza espiritual nacerá del fondo de una moral más libre. ¿Una moral más libre? Para muchos pensadores, la moral está ya en completa bancarrota y la ascensión continua del hombre hacia un plano de mayor cultura no logrará modificar gran cosa ese estado de delicuescencia. Se ha llegado a él después de transformaciones sucesivas, de crisis profundas de la sociedad, de nuevos métodos de vida.

Para muchos, para la mayoría quizá, la cuestión de la moral no es más que la mayor o menor libertad para desenvolverse o para definir la cuestión sexual. Las relaciones entre los individuos y los grupos se rigen por la violencia o la calma de los apetitos. Leyes, códigos, costumbres constituyen otras tantas trabas en el desarrollo formal de los individuos. Pero no bien el ser humano se encuentra frente por frente a sus instintos, retroceden las leyes, los códigos y las costumbres.

En Estados Unidos existe un partido puritano que mueve guerra a los propugnadores de la moral libre. Pesquisa sus correrías y pretende ceñirlos en el marco de una severa corrección. No olvidemos que las religiones contienen en esencia una ética desolada. El budismo es el renunciamiento, el *nirvana*, y la vida el peor de los males según algunos libros sagrados. El catolicismo, la resignación, la pausa para el logro de un mundo mejor. Queda la vida presente, con sus teoremas inmediatos. Darles solución es o parece ser la norma a que hoy se ciñen los hombres de todo el mundo. Pero ¿cómo buscan los seres humanos esa solución?

La moral de la severidad, del cumplimiento de los deberes, ha perdido sus frenos o los tiene vencidos. La condición misma de la mujer nos da una norma. Está sin velos. Interiormente desnuda. En el exterior es la forma que corre a hundirse en el placer. Démosle un nombre cualquiera a ese placer. Será siempre la satisfacción de sus deseos más inmediatos: lujo, riqueza, amor. Para la melancolía o el dolor, hay antídotos comunes: el *cocktail*, el baile, la escapada maravillosa. En el fondo de todo, la necesidad de huir de sí misma, de escapar de las preocupaciones. ¿Y el pudor? Un sentimiento esclavo de la moda, de la temperatura, de la colectividad. Un barómetro va a darnos la cifra de esa temperatura que ciñe a la moral voluble: el balneario. Treinta años atrás, el «camisón» hasta la punta de los pies no permitía escándalos en las playas. De la carne femenina se ostentaban apenas las manos y el rostro. Cinco años más tarde mostraron las piernas hasta la rodilla. Cinco años después, surgían sobre el aire luminoso del mar, brazos, cuello y piernas. Los hombres saboreaban el goce secreto de contemplar a las mujeres en esa decoración movible y pérfida, junto a un oleaje que se deshacía sobre las riberas decoradas de ojos estupefactos.... Y algunos años más tarde la línea apenas interrumpida por el *maillot* de jersey que

dibuja sin reticencia las curvas nerviosas. La mujer no esperaba la capa de baño que le tendía antes la amiga o la madre. Corría ahora, vibrante y gozosa, con toda la alegría de su cuerpo, desde la orilla a la caseta de vestirse, por entre los grupos, o los ojos hipócritamente frenéticos. A menudo corría por la arena y su cuerpo ardía en la luz húmeda del mar. Tendida más tarde al sol, sobre la arena, secaba su cuerpo en el que los granos menudos sobre el vello, brillaban al sol como un fino polvo de oro. Sus actitudes evocaban las de las primeras mujeres sobre el planeta. Libres y ávidas de deseos confusos. El pudor, la moral, vencidos. Con su largo camisón hasta los pies, muy cerca de la orilla, cogida de los cordeles de seguridad, se hundía en el agua y volvía a surgir, entre cortos gritos estridentes. La moral severa, taciturna.

El pudor elevado por las religiones de occidente a la categoría de un culto desciende, poco a poco, con la transformación vertiginosa de las costumbres, al nivel de una imagen pasajera. Había sido antes la reserva, el ocultamiento de las partes que no deben mostrarse. Ahora está sometido a la temperatura y a la moda. La belleza le ordena mostrarse. La conciencia de que hay una belleza digna de ser ostentada y contemplada. Pero esta conciencia se revela sólo cuando la moda la ha obligado a ser menos severa con el cuerpo humano desnudo que las religiones condenan a la obscuridad porque es el pecado, el deleite capitoso.

Con el progreso del maquinismo, de la industria, el pudor decrece. La moral, por tanto, se hace cada vez más libre, más rebelde. Deja de ser un teorema inflexible, un cuadro duro. Se convierte en una cosa liviana, dúctil, aérea. La moda, las costumbres, el pudor, la religión, imponían a la mujer las ropas interiores gruesas, ásperas, apretadas. Una evolución de la moda, de acuerdo con la mentalidad más libre, mudó aquellas ropas en telas diáfanas, sutiles, casi impalpa-

bles. A despecho de la moral y de la religión. Los sacerdotes mismos fulminaron desde el púlpito a las damas que iban a los oficios divinos con ropas livianas, con los brazos desnudos, con el cuello libre de telas. Pero ellas no cedieron. ¿Podría ceder una mujer que quería ostentar su belleza, ante las amenazas de condenación? Así el pudor, en lucha contra fórmulas establecidas, contra principios seculares, deja de ser una cosa individual, para convertirse en un fenómeno colectivo. Fenómeno complejo, a pesar de todo, puesto que en determinadas circunstancias todo es posible, y en otras es todo lo contrario. En los bailes o en las comidas las espaldas se muestran desnudas. El hombre está a un paso. Y sin embargo....

Creemos que todo observador habrá notado la extraña libertad que preside en los balnearios en las relaciones de los sexos. Llegan como a un mundo diverso en el que no hay fronteras, ni leyes, ni códigos del honor. Todo es allí libre, nuevo, impreciso, confuso. El corazón deja de latir y cada uno lleva en su interior la dulce sospecha de una aventura que está por encima de todas las conveniencias y formulas que son habituales en las ciudades. La responsabilidad desaparece. Todo esto es un simple detalle en la sinfonía vasta de la descomposición de la moral.

Un ciudadano yanqui le escribía a Keyserling para decirle que los hombres de negocios no se preocupan de la moral. En efecto, a un hombre de negocios no puede interesarle esa caja de sorpresas, que a menudo le dificulta en sus transacciones comerciales. Mientras exista la posibilidad de acaparar grandes sumas de dinero todos los caminos le parecerán perfectamente naturales. Al fin la moral acomodaticia de los negocios la aplicará, consciente o inconscientemente, en su vida privada y como nada influye más que el ejemplo en las relaciones entre los individuos, llegará un instante en que todos los frenos estén vencidos.

En el amor, guerra al romántico. Lo fundamental es el sensualismo o la concurrencia económica. Hoy un marido engañado que adopta actitudes de matón parece un ser ridículo. Una mujer que salta sobre los prejuicios, para seguir el impulso biológico o de simple atracción, no sugiere ninguna de las reflexiones adustas de antes. La expresión «vivir la propia vida» ha cobrado una significación de singular independencia. Señalar a alguien como romántico es acusarlo de imaginativo, de soñador, de incapaz para adaptarse a las realidades inmediatas. Cuando un filósofo viajero como Keyserling cree que el hombre que reinará sobre el futuro será el *chauffeur* y luego en Estados Unidos afirma que una moral más libre surgirá del fondo de una mayor riqueza espiritual, se llega a pensar con un poco de asombro en esa multitud de *chauffeurs* materialistas que darán vida, gracias a la contradicción del filósofo, a una humanidad mejor.... Entre tanto, sólo la materia domina. Quizá si el filósofo tenga razón. El *chauffeur* ha modificado la moral, la vieja moral al uso, moral de tradicionalismos y de fórmulas fijas.

Por lo demás, la violencia de la crisis económica ha dado un golpe de muerte a los más sólidos principios morales. Nada ha resistido a la presión del tanto por ciento, que en los países empobrecidos o sometidos a regímenes dictatoriales, es el triunfo del materialismo. La ausencia de ideales altos para concebir la vida o para gobernar, ha dado origen a una serie de transformaciones y reacciones de la sensibilidad, provocando la idea única del goce, como fin inmediato, y la indiferencia, como último juicio en los abusos y en las corrupciones. En sociedades materialistas a nadie sorprende el comportamiento de los hombres, porque lo primero que se averigua para justificar o analizar sus actos, es el estado de su cuenta bancaria.... El vértigo del lujo en la mujer, ¿no crea asimismo estados espe-

ciales de indiferencia que le permiten comerciar con su cuerpo, para satisfacer sus deseos de ostentación? ¿Ha analizado alguien la tragedia que se encierra, a menudo, en la tibieza de un abrigo de pieles...? Si la vida que llevan la mayoría de los seres es puramente artificial, es imposible concebir una moral superior—no de esclavos ni de burgueses—que esté fuera de las miserias a que obliga el pesado materialismo de hoy. Materialismo cínico, disolvente, que no tolera la elevación, ni el idealismo, ni la dignidad. Para el materialismo imperante todos los seres son iguales. Todas las mujeres son fáciles. Todos los hombres, venales. Y la mujer misma que va a ofrecer su cuerpo en la calle, al mejor postor, mira con cierto desdén a la mujer de vida más limpia.

Los observadores de las realidades sociales—pesimistas casi todos—están de acuerdo, sin embargo, en que la humanidad que atraviesa hoy el «negro túnel del materialismo» saldrá pronto de él para saborear la luz de un idealismo superior. Esperemos esa hora que nos libertará de las pesadas cadenas de la materia.

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## Divagaciones alrededor de la poesía

### III. EL POEMA. TIEMPO DE GESTACIÓN Y CREACIÓN.

**E**N el número 55 de *Atenea* (páginas 476 a 493) se publicó una conferencia que R. Meza Fuentes leyó a los estudiantes de Filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En dicha conferencia, titulada *La creación artística según Paul Valéry*, aparecen citas extractadas de una conferencia de este escritor y traducidas por el conferenciante. Dichas citas presentan algunas curiosas observaciones sobre la creación poética, y una de las más interesantes, para mí, es aquella que se refiere (pág. 490) a lo que yo llamaría tiempo de gestación y creación del poema. Doy esta denominación a ese tiempo sin medida que se inicia en el momento en que una sensación o una idea hieren la sensibilidad del artista, despertando en su imaginación diversas resonancias, y que termina cuando el poeta concluye su labor poética, o a aquél que empieza en el punto en que un motivo poético puro, es decir, no provocado por causas exteriores, sino surgido de las sensaciones interiores—espirituales, fisiológicas, cenestésicas, de la personalidad intrínseca del hombre—comienza a vibrar en alguna parte—¿en qué parte: subconsciente o inconsciente?—del artista, y que fina, como en el caso anterior, al rematar el poema. Este tiempo de gestación de la obra poética, que es lo que yo he llamado el fenómeno prístino de la poesía, la poesía misma, aparece muy claramente diferenciado en las observaciones de Valéry.

Copiemos aquella cita, distribuyendo ese tiempo en cuatro períodos:

He aquí un recuerdo; he aquí lo que encuentro en el origen de cierto poema que escribí hace algunos años. Estaba un día obsesionado por un ritmo que se hizo de repente sensible a mi espíritu, después de un tiempo durante el cual no tenía sino una semi-conciencia de esta actividad lateral. Ese ritmo se imponía a mi espíritu como una exigencia. Me parecía que quería tomar cuerpo, llegar a la perfección de su ser.

Dije en mi primer artículo (1) que la poesía obraba, a veces, en el hombre como el viento en la flauta, llenándolo de su flúido, hasta que, colmándolo, provocaba en él la idea poética o el estado poético. Esta observación de Valéry confirma mis palabras. Es el primer período de la manifestación poética, el primero que el hombre puede percibir, pues hay otro, anterior, que el hombre no percibe. Es aquél sobre el cual no tenemos sino nociones vagas y que suponemos sólo por hipótesis; un período que podríamos llamar *cero*: el período de la elaboración de ese ritmo.

En el caso de Valéry vemos cómo el flúido ha llenado al poeta y cómo exige ser expresado. Esto es la consecuencia de la plenitud de que el artista está invadido. Bajando hacia peldaños inferiores de los fenómenos fisiológicos, vemos que todo órgano en estado de plenitud exige ser librado de aquello que lo llena. Y con esto no pretendo comparar la poesía a ninguna función fisiológica; sólo quiero hacer notar que el automatismo, aun en funciones muy diferentes, presenta los mismos caracteres mecánicos y que entre un fenómeno fisiológico de orden inferior y uno psicológico de orden superior, no hay sino una diferencia de calidad. El ritmo llena el órgano que lo produce y exige ser emitido, realizado.

Tenemos, pues, el primer período. Veamos el segundo:

Pero no podía precisarse en mi conciencia sino influenciándose o asimilando en alguna forma elementos verbales: sílabas, palabras, y estas sílabas y estas palabras estaban sin duda a punto de formarse, determinadas por su valor y sus atracciones musicales. Eran un estado de esbozo, un estado infantil en que forma y materia se distinguían poco la una de la otra, pues la forma rítmica constituía en ese momento la única condición de admisión o emisión. Tal fué la segunda aproximación. La primera estaba constituida por el ritmo desnudo, la percusión pura y simple.

Esta cita de Valéry constituye un ejemplo de lo que he llamado inspiración espontánea. El proceso está claro y lógico.

---

(1) Núm. 64 de *Atenea*.

Atenea.—5



Hasta ese momento, segundo período, el artista no sabe qué dirección lleva ese ritmo y cuál es la representación que llegará a tener. Nace y el poeta no sabe por qué nace; se hace presente en su espíritu, suena, avisando de este modo su presencia, y como el poeta no sabe cómo alimentarlo, de modo que llegue a tener envoltura, forma, expresión, o como, por otra parte, el poeta, intencionadamente o temiendo desvirtuar el valor de espontaneidad del ritmo, no quiere agregarle palabras que tal vez no correspondieran a la significación que ese ritmo trae consigo, espera, lo deja. Pero entonces el ritmo trabaja por sí solo y ensaya reunir sílabas, palabras, eligiendo aquellas que puedan servirle de digno vehículo y que se equilibren entre sí *por su valor y sus atracciones musicales*. Procede asimilando elementos que, aunque desemejantes a él, son los únicos que pueden expresarlo. Se ha comparado muchas veces la poesía a la música y la comparación no es del todo inexacta, pues ambas aparecen en el espíritu del hombre en igual forma: por ritmos. Pero la música tiene sobre la poesía una ventaja grande: el medio de expresión. La escala, con sólo constar de siete notas, tiene infinitas variaciones y corresponde, más que la palabra, al espíritu del ritmo. La palabra tiene siempre un significado definitivo y sólo se puede usar para representar ese significado; hay que relacionarlas de modo lógico, que una corresponda a la otra, y esa correspondencia se determina y se liga por una serie de signos auxiliares. Usar las palabras nada más que por su sonido, con el deseo de expresar con ellas el ritmo que se siente—cosa que se puede muy bien hacer—, es caer en la oscuridad más profunda, en la incomprensión más absoluta. Cierta poesía nueva tiende a ello y, entre nosotros, Neruda ha hecho algunos ensayos. Pero ya se ha visto el resultado: los lectores quieren, más que oír el ritmo del poeta, comprender las palabras de que el poeta se vale para manifestar el ritmo. No se satisfacen con la música de las palabras. Están acostumbrados a otra cosa. Pero, en esa forma, aquella cierta poesía nueva se acerca a la música. Hay poemas que debieron escribirse con notas, que no se desvirtúan nunca como tales y que tienen más propiedad que las palabras para expresar un ritmo interior.

Pero el ritmo interior del poeta está fatalmente constreñido a servirse de palabras, y las busca, las selecciona como si poseyera espíritu selectivo, cuando en verdad no posee más que sonido; es un sonido que busca otros sonidos para completarse y llegar a ser. No encuentra más que palabras a su alcance y las toma. Lamennais decía:

El lenguaje, medio de expresión de la poesía, no es la poesía misma (1).

Pero pongamos atención. El verso está por cuajarse:

Sucedió en seguida que, por una especie de despertar de la conciencia o de una extensión brusca de su dominio—extensión cualitativa, bien entendido, crecimiento del número de exigencias independientes—, se produjo una sustitución de sílabas y palabras provisionalmente llamadas y cierto verso inicial se encontró no solamente terminado sino que me pareció, como el efecto de una necesidad, imposible de modificar.

Valéry habla aquí de conciencia y esto nos sorprende. La palabra conciencia está de más. Conciencia significa conocimiento y el autor de *Variété* no tuvo conciencia (o conocimiento) del verso hasta que éste no estuvo formado. No pudo el verso ser fruto de ella ni ella influir en su creación, aunque su dominio se hubiera extendido cualitativa o cuantitativamente. Todo lo que ha sucedido hasta este momento ha sucedido fuera de la conciencia; ésta no ha hecho más que mirar lo que sucedía. Es un espectador que debe, bajo pena de convertir el verso o el poema en una obra didáctica o de otra índole inferior, permanecer inmóvil. La conciencia es al poema lo que el simple erudito a la obra artística: un espectador, un comentador.

El mismo Meza Fuentes (pág. 488) dice:

El verso carece de argumento, de significado, de traducción.

Y la conciencia no puede producir nada que no tenga significado, traducción. ¿Por qué, entonces, conciencia? ¿Por qué no imaginación? Es lástima que no conozcamos el poema de que habla Valéry. Su análisis nos hubiera aclarado mucho esta tercera cita.

Pero dejemos a un lado la conciencia, que nada tiene que hacer en la poesía, y prosigan os. Siguiendo la línea que hemos trazado en estos artículos, sobre las relaciones de la poesía y la imaginación, podemos suponer que al finar el segundo período, aquel en que algunas sílabas y palabras se unían al ritmo, la imaginación creadora entró en juego y combinando el ritmo con las sílabas y las palabras y agregando lo que a aquél y a éstas les faltaba, produjo un verso perfecto. Es muy posible que la acción que Valéry atribuye a la conciencia no fuera sino un llamado de ésta a la imaginación, llamado hecho en forma

---

(1) Recordemos que Lamennais era creyente y que con estas palabras quería significar lo que a él, como creyente, le interesaba. Pero nosotros, haciendo caso omiso de la significación que él les daba, las utilizamos para expresar lo que nos interesa significar.

inaprehensible para los sentidos del poeta, el cual, ignorándolo, atribuyó a la primera la obra de la segunda, obra que, por otra parte, Valéry no explica ni puede explicar, ya que al decir:

por una especie de despertar de la conciencia o de una extensión brusca de su dominio,

no dice nada concreto. Esa *extensión brusca* podría ser el llamado, que Valéry ha confundido con una manifestación artística de la conciencia. Del llamado al verso ha existido tan breve espacio de tiempo, tan simultáneos han sido ambos, que no ha dejado al poeta tiempo alguno para observar de dónde surgía verdaderamente el verso.

En todo caso, tenemos ya un verso y con él todo el proceso de la inspiración espontánea y casi un ejemplo de poesía pura, libre, llegada al conocimiento del poeta en forma desconocida y sorpresiva. Decimos *casi un ejemplo de poesía pura* porque, en primer lugar, no conocemos el poema ni el verso recién nacido, y en segundo, porque al hablar de poesía pura debe interponerse siempre un *casi*, ya que ella, en su más estricto sentido, no existe, en la mayoría de los casos, sino hasta el momento en que la palabra se incorpora al ritmo; en algunos existe más allá, pero siempre que las palabras que se unen al ritmo le añadan sólo lo que al ritmo corresponde, es decir, musicalidad; si las palabras quieren usarlo para expresar una realidad cualquiera, la poesía pura desaparece. Debido a esto, la poesía pura no aparece sino en versos aislados, en aquellos que nacieron perfectos y que se dejaron tales como nacieron: frutos de la inspiración espontánea, de la *felicidad espontánea*, que dice Valéry. Música pura, sin expresión alguna, tanto más pura cuanto menos expresión ajena tiene.

Esos versos puros, como el que acaba de formarse en la cita de Valéry, sirven de base al poema, el cual se construye luego alrededor de él: es la materia prima, el punto de partida, la cifra que se da a la imaginación reproductora. Después viene el último período:

Pero este verso exigía una continuación musical y *lógica*. El dedo estaba en el engranaje. Por desgracia para el poeta, la gozosa coincidencia no prosigue continuamente y hay necesidad de apelar al trabajo y a los artificios para imitar lo que uno fué hace un instante. La razón de esta interminencia de la felicidad espontánea es muy sencilla: en el lenguaje el sonido y el sentido no están unidos sino por una convención.

He subrayado la palabra *lógica* para evitar que se le dé una interpretación que no tiene. La palabra lógica indica ahí que

la continuación que exige ese verso debe estar en armonía con él, seguir su cadencia, su tono, el tema que el verso entrega al poeta y a la imaginación, porque ese verso no es sino el motivo poético a desarrollar.

Ese motivo poético se desarrolla del modo que ya hemos tratado de describir en artículos anteriores: por el deseo, por la imaginación, por la meditación, por la insistencia, por lo que se llama trabajo, en fin; escribiendo y recitando una y otra vez el verso, hasta que otro nuevo, esta vez provocado, venga a unirse al primero, y otros a estos dos, hasta terminar el poema, poema cuya gestación y creación ha pasado por los cinco períodos que hemos analizado, o sea:

Período cero: elaboración del ritmo.

1.º Aparición del ritmo.

2.º Manifestaciones autónomas del ritmo.

3.º Formación del verso inicial o matriz.

4.º Creación del poema.

El período cero lo hemos estudiado en la primera y segunda parte de estas divagaciones.—MANUEL ROJAS.

## El espíritu de la nueva Suiza

**E**N una larga permanencia en Lausana, conversando con prestantes hombres de ciencia, leyendo periódicos, observando, he querido trazar lo que es el espíritu de la nueva Suiza, en estos años europeos de reconstrucción moral y material.

Presentaba brillante ocasión para este género de estudios la votación popular, el *referendum*, que ha tenido lugar en los primeros días del reciente mes de Abril. Esta democracia sana y activa había de aprobar o rechazar una ley que prohíbe la fabricación de alcohol de manzana. Ahora bien, los políticos y los predicadores, los moralistas y los periodistas habían intervenido en el debate con ardimiento. Se decía y se demostraba que el consumo de alcohol enflaquecía a la raza y producía una secuela de males: degeneración, cretinismo, deformaciones de varia especie. Una nación de aldeanos, gravemente ligada a la tierra, fuerte y laboriosa iba siendo atrozmente inficionada. Dos intereses combatían, uno, de orden económico, el de las industrias; y otro, de orden moral, el de la salud de la raza. Pues bien, la ética ha triunfado. Serán restringidos la producción y el consumo del alcohol.

Suiza se presenta de esta suerte, en consonancia con su pasado, austera y grave. En ella dominan siempre preocupaciones de orden moral, tanto en las regiones donde prospera el calvinismo como en las zonas católicas. No se concibe la indiferencia en relación con normas esenciales y nadie aceptaría la doctrina del arte por el arte. Ahora mismo notamos en uno de los mejores representantes de la nueva generación intelectual, fundador y director de la *Revue de Genève*, en Robert de Traz, ese mismo afán de aguda introspección que nos atrae en el *Diario de Amiel*. No el vivir fácil, abierto a exteriores influencias, sino la concentración que lleva al misticismo y al diálogo con Dios. Una manera adusta e inquieta donde el escrúpulo penetra e impera, una moral sin complacencias. El gran Alexandre Vinet, nobilísimo pensador que tanta influencia tuvo sobre Sainte Beuve, marida en sus obras los estudios de literatura y las meditaciones cristianas.

Creo que los mismos problemas ligados en otras partes a intereses materiales, tal la oposición entre las clases, se vinculan aquí a la reforma de los espíritus. Ciertamente es que el comunismo aflora en Basilea por ejemplo; que el patriciado de Friburgo y de Berna ambiciona volver al pasado y limitar las conquistas de la democracia; pero, en suma, esta República sencilla de rústicos sin oligarquía y sin proletariado militante, parece contentarse con la dorada mediocridad recomendada por los clásicos.

Su vida es un constante ejemplo de mesura y de armonía. Países de tradición y de lengua diferentes, de credos antagónicos, conviven sin esfuerzo, discuten con amplia libertad sus aspiraciones, mantienen el vínculo federal contra toda tendencia centrífuga. Y así, el italiano de Lugano se siente suizo y diferente del vecino del Sur; en Zurich el germanismo presenta matices particulares; Lausana y Ginebra asociadas a Francia se enorgullecen de su originalidad helvética.

Un pequeño y delicioso libro reciente sobre el espíritu de Ginebra, publicado por M. Robert de Traz, nos ofrece la explicación de este arte de acoplar esfuerzos y ajustar voluntades, sin destruir en ellas la originalidad y el ímpetu. No en vano se ha instalado en la metrópoli calvinista la Sociedad de las Naciones. Suiza le ofrece múltiples ejemplos de esa conciliación entre la asociación y la libertad, la independencia y la sinergia, la solidaridad y la variedad. Aquí pueden aprender los pueblos inclinados a la discordia interior supremas normas para vivir sin revolución, en armonía, en progreso y en paz.

Ingresamos lentamente en la edad de los «buenos europeos»

agorada por Nietzsche. Este, que vivió tantos años en Basilea y en Sils-Maria encontró seguramente en el país numerosos ejemplares de ellos. La Europa futura que renuncia a erizadas fronteras, que busca agónicamente la unidad, que combate la división y la guerra, va formándose en el seno de esta Suiza pacífica y lenta, estudiosa y sensata.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

## La madurez en la literatura

**E**N Chile la literatura es una profesión de juventud. Pocos son los escritores de este país que siguen entregados a las letras pasados los años fatales—cuarenta, cincuenta—de los compromisos de familia y del trabajo rudo y hostil. La mayoría abandona la lucha cuando comienza a necesitar ingresos cuantiosos. Un número más pequeño mantiene el entusiasmo hasta que se insinúan en sus cabellos las primeras canas. Son verdaderos héroes de la jornada los que siguen bregando en esa ingrata lid cuando la cabellera es toda de nieve. Si de los cuarenta años del escritor maduro se descuentan los diez primeros de la vida, en que la existencia es simplemente vegetativa y que sólo pueden servir para almacenar ciertos recuerdos que sin esfuerzo—es cierto—pueden izarse a la categoría literaria, quedan sólo treinta de experiencia. En la vida humana esto es poco, y la obra literaria así lo prueba. Mientras tanto, en Europa la literatura es una profesión de madurez. Hace pocos años, *Azorín* dijo en España que un escritor había dado toda la medida de su talento al cumplir los cuarenta años. Error profundo. La propia obra del maestro de *Blanco en azul* es un ejemplo. Por muchos que sean los libros interesantes, amenos, admirables en fin, que ha escrito Martínez Ruiz antes de la cuarentena, ¿quién se atrevería a juzgarlo sólo por ellos? Después de sus cuarenta años ha dado los frutos más curiosos. Con sus libros de cuentos, novelas y obras teatrales de hoy ha levantado polémicas y despertado la atención de propios y extraños. Es decir, ha hecho obra de juventud.

Es que en Europa, como la literatura es una profesión, el literato puede entregarle lo mejor de sus días. Cuando joven, el hombre pone en las letras mucha pasión, mucho fuego, y eso está bien; pero también hace de ellas un vehículo de sus erro-

res. De allí que la obra de un escritor sea—desde ciertos puntos de vista—una rectificación constante; es decir, fruto de la experiencia. Es preciso—se dice—apuntar muchas veces para dar una vez en el blanco. Esto es efectivo sobre todo en literatura. Si uno tiene en cuenta la edad de los mejores escritores europeos de hoy, siente una admiración sagrada. H. G. Wells combate, después de los sesenta años, contra el prejuicio y la ñoñería, con el entusiasmo de un muchacho, y abraza nuevos géneros y sigue con fervor su prédica ilusionada. Sus novelas de los últimos diez años son distintas—y algunos creen que mejores—a las de su juventud y madurez. André Gide en Francia celebra sus sesenta años con dos novelas, *L'école des femmes* y *Robert*, que vuelven a suscitar cuestiones trascendentales: ¿es clásico? Seguramente; pero si lo es—se dice—, ¿de dónde le viene esa inquietud inexhausta? Mientras tanto, Bernard Shaw piruetea con el humor de un muchacho, y a pesar de sus setenta años y de sus barbas níveas, no le dice no a la vida sino cuando ésta se presenta en forma de *beefsteack* y de alcohol, celoso de su vegetarianismo integral. El propio D'Annunzio, esclavo de su narcisismo, especie de momia viviente, lanza todavía desde su retiro de Gardone páginas trémulas y encendidas. La llama de la vida no se apaga todavía en él; tampoco la de su arte. Y así tantos otros. Hace aún bien pocos años el conde Tolstoy escandalizaba al mundo con dos series de sucesos de la más dispar pareja índole: sus desacuerdos conyugales y sus inaceptables teorías de reajuste social y moral. Tolstoy, sin embargo, tenía ochenta años.

Se ve, pues, que hay una desigualdad profunda entre ellos y nosotros. La fuente de esa desigualdad estriba, a mi juicio, casi exclusivamente en la falta de apoyo que el trabajo intelectual tiene en estos países nuevos, donde se sobrestiman los valores materiales. Don Julio Vicuña Cifuentes, que es una excepción de la regla puesto que ha seguido escribiendo pasada ya la sexta decena de sus años, lo dijo en forma magistral:

Trabajador modesto y retraído, no podía yo esperar en justicia para mi nuevo hijo espiritual (1), sino el éxito discreto que habían alcanzado otros hermanos suyos. Me di entonces a cavilar en las causas que podían haber motivado este, al parecer, ascenso mío en la opinión ilustrada, y como ningún prejuicio oscurecía mi razonamiento, no tardé en darme cuenta de que lo que se quería premiar en mí, no era el mérito del escritor, sino la constancia, casi podría decir la *tenacidad* con que he insistido en la labor intelectual, en un país donde tan brillantes inteligencias se malogran por desfallecimiento prematuro.

(1) Se refiere a *La cosecha de Otoño*, publicada en 1920, libro que le mereció una manifestación pública en la cual pronunció el discurso a que pertenece este trozo.

Convencido de que estaba en lo cierto al discurrir así, mi perplejidad se tranquilizó. Al fin y al cabo, la perseverancia, hija de la voluntad, es una de aquellas virtudes que cualquiera puede reconocerse, sin correr por eso el riesgo de ser tildado de inmodesto. Algunos la confunden con la *majadería*, su próxima parienta, pero es indudable que son dos personas distintas, aunque en ciertas ocasiones llegan a identificarse. (*He dicho*, pág. 125-26. Santiago, 1926.)

Este fragmento es el resumen, la cifra de todo este proceso malaventurado que hace perderse para la vida de las letras a talentos que prometían mucho y que habían logrado no poco. Ya lo sabemos: no se puede vivir de las letras en Chile. Pero no es eso lo más importante: ¿por qué, además, el escritor no desempeña cierto papel social, no goza de la situación de prestigio que corresponde a su efectiva misión en la sociedad? Pasaron ya—¡ojalá para siempre!—los tiempos de la asquerosa bohemia; seguramente uno de los profetas de esa ruina fué Rubén Darío, que abominó de la bohemia pero que fué un bohemio insigne. Hoy no se necesita que el escritor vista mal, se bañe poco, frecuente sitios de degradación y sea una pública vergüenza, para que se le considere como escritor. Sin embargo, el alejamiento entre la sociedad común y el intelectual sigue como en los días en que se justificaba por las malas costumbres del escritor. ¿A qué se debe todo esto? No quiero que este artículo sea sólo una estéril lamentación en torno a la parte de culpa que en ese sino pueda caber al ambiente. Cada escritor debe decirse *el ambiente soy yo*, como pedía Eugenio d'Ors que se transformara el viejo dicho *el Estado soy yo*, del monarca absoluto. Prefiero por eso estudiar el problema desde el otro lado de la barrera.

\* \* \*

Si el escritor no ocupa en la sociedad chilena el sitio que por su carrera le corresponde, seguramente puede achacarse parte de la culpa a la falta de cohesión de los grupos intelectuales. Desde luego es evidente que deben o pueden formar parte de ellos, casi con los mismos títulos, el profesor que el escritor, el periodista que el conferenciante, el poeta que el historiador, el filósofo que el simple estudioso de las letras. Ahora bien, ¿qué lazos de unión, o siquiera de mero conocimiento, de simple cortesía, existen entre todos estos fragmentos de los grupos intelectuales? No es aventurado aseverar que casi ninguno. Hay una clase alta, que se distingue por la posesión del dinero y por la situación social que el dinero faculta; hay una clase media que vive una existencia burguesa y que practica las virtudes



pacíficas y cautelosas de la mediocridad; hay un pueblo que sufre y calla. Pero no hay una clase intelectual, una *élite* de la inteligencia, que debiera orientar y dar rumbos, aun cuando—téngase bien en cuenta esto—no tuviera nada que ver con el ejercicio activo del gobierno. Hace algún tiempo, un político me decía que no recordaba que en Chile ningún escritor o grupo de escritores hubiese jamás propiciado, en las variadas tribunas que se le podían ofrecer, reformas de carácter social, especialmente en los planos moral, artístico, etc. Aun cuando la afirmación de este político pueda parecer exagerada, aceptémosla, y digamos con él: ningún escritor chileno es responsable, ni en mayor ni en menor grado, de reforma social alguna. Esto es grave. Los intelectuales tienen la misión de pensar; segregan ideas de la misma manera que la ostra produce perlas. Si los pensamientos no dirigiesen al mundo, estaría bien que se prescindiera, en pequeña escala si se quiere, del intelectual. Pero la verdad es que el pensamiento es el que dirige al mundo, y ese es el desquite, un poco narcisista del intelectual. Maquiavelo, arrinconado en su escritorio, obligado a practicar una profesión que tal vez desprecie pero que le da el pan que las letras no le dan, aguarda con sonrisa torcida su parte en el botín. Muere el hombre y su obra queda. Pasan los siglos, y la utopía se realiza. La sociedad se ordena como soñó el iluso, y entonces se reconoce el papel del que soñó primero. Lo que le toca como botín es, como se ve, bien poca cosa.

Creo que si el intelectual no ejerce mayor influjo en la dinámica social, ello se debe a la falta de cohesión que existe en sus filas. Pero Grullo dirá: «¿Por qué no se unen entonces?» La verdad es que los intelectuales han nacido para vivir separados y es muy difícil que se unan, salvo en forma transitoria y generalmente tan ineficaz como la desunión misma. Es preciso explicar algo de todo esto. Se supone que los intelectuales viven separados y aun peleados debido a que son envidiosos del éxito del compañero y en el fondo de su ánimo desean todos los males a los de su oficio. ¿Con qué derecho podríamos pretender del gremio de los intelectuales una excepción al proverbio que hace a los de nuestro oficio enemigos de nosotros? Pero es indudable que la fama de irritable que tiene la gente de letras proviene de que todo lo que ella hace, guiada o no por la pasión, queda estampado en letras de molde. Mientras que la querrela entre dos vagabundos se epiloga con sangre y de ella se nos ofrece un extracto en la crónica roja, que se lee y se olvida, de las polémicas y enemistades de la gente de pluma quedan testimonios que el tiempo no borra. Generalmente estos testimo-

nios duran más de lo que pudieran anhelar los contrincantes. No hay más envidia en un escritor hacia su colega que en un gerente de una casa comercial por el de la firma competidora.

Pero además, y esto es lo importante, la gente de letras no se une porque no tiene para qué unirse. Se concibe que se junten once hombres para golpear una pelota, porque si no se juntan once de cada lado, el juego no obtiene cierto rango especial y no logra despertar interés en el público. Pero ¿para qué necesita unirse un novelista con otro novelista? Uno escribe un libro y lo publica, si puede (es decir, si tiene un editor amigo). El otro lo observa de reojo, y en cuanto puede lo imita. No es que sean enemigos ni que se deseen mal. Es que su trabajo es individual hasta la exageración y no hay casi manera de hacerlo colectivo. Las asociaciones de escritores para producir literatura son generalmente transitorias, y cuando son duraderas, lo común es que se trate de hermanos. Hoy mismo los hermanos Tharaud en Francia y los Alvarez Quintero en España prueban lo que digo. Se me dirá que fuera de la faena misma de escribir libros, los escritores tienen o pueden tener otros deberes. Es la verdad. Allí comienza su error de mantener el individualismo, indispensable para la creación artística, cuando ya no tiene razón de ser y hasta es perjudicial al tratar otros negocios.

Los sindicatos profesionales tienen un papel definido en la marcha de la sociedad: defienden los intereses de cada uno de sus componentes y usan para esa defensa el arma más eficaz, que es la unión. Los escritores deberían unirse en sindicatos de la misma manera que hacen otros grupos sociales. En su trato con editores—tanto de publicaciones periódicas como de libros—, los escritores necesitan defensa. La dispersión es evidentemente la culpable de que el trabajo intelectual sea remunerado hoy en Chile con menos esplendidez que en otros tiempos y que en realidad descienda a ojos vistas. Es también el origen de muchos otros daños que sería prolijo enumerar y que darían a este artículo dimensiones más pavorosas que las que ya tiene.—RAÚL SILVA CASTRO.

### Las novelas de Januario Espinosa

**J**ANUARIO Espinosa es de los pocos escritores chilenos que ha perseverado en una labor continua y honorable. Nació en Palmilla, cerca de Linares, en el año 1879. Pertenece a una generación que produjo los mejores cuentistas chilenos. De su época es Santiván, que ha callado por mucho tiempo. Conoció a Federico Gana, a Baldomero Li-

llo; y tuvo sus coqueteos tolstoyanos en días memorables. Desde 1905, en que obtiene un premio en un concurso abierto por la Revista *Zig-Zag*, pasando por 1907, en que publica la primera novela (*Cecilia*), hasta la actualidad, su obra literaria sigue un desarrollo perfectamente parejo. Es un escritor honrado, que domina los procedimientos seguros de la observación y deja un conjunto de obras muy apreciables. No se eleva a la gran emoción, salvo en la deliciosa novela *Cecilia* (1907); pero tampoco desciende al mal gusto. Su chilenidad de cepa acendrada le da un sentido exacto de la proporción, un tono de mesura que no traiciona al escritor, no obstante su autodidactismo espiritual.

La gente de la clase media, el mundo oscuro y sórdido de los telegrafistas con dos preocupaciones centrales: el amor y la bebida, son observados con ojo malicioso y fino por Espinosa. No idealiza nunca a sus personajes ni pretende elevarlos hacia la estilización. Viven, aman y mueren oscuramente. Siguen sus instintos primarios y se aferran a la materialidad de la vida. Jamás una exaltación idílica; rara vez un profundo destello de espiritualidad. El novelista se pasea por entre estas gentes con destreza y maneja sus resortes vitales con mano segura. Aparecen, de vez en cuando, algunas ironías, un toque rápido de malicia, una segunda intención disimulada por el trazo nervioso. Quizá ningún escritor chileno ha conseguido representar mejor a la genuina clase media provinciana y, sobre todo, a las gentes de Linares y de Copiapó. Es digno de nota el hecho de que en los últimos años, con el evidente avance de la vida, con las facilidades abiertas por el progreso, la clase media ha perdido su matiz característico. La riqueza íntima de su fisonomía ya no se sorprende en la abierta entrega con que la cogió el autor de *Cecilia* y de *La señorita Cortés Monroy* (1928).

La clase media—el siútico según la jerga santiaguina—tiene sus reservas espirituales y su colorido churrigueresco que muy bien han visto Espinosa, Maluenda en *Venidos a menos* y Barrios en *Lo que niega la vida*. Hoy día la clase media ha evolucionado en lo político y en lo social. Un tipo común de mobiliario ha *standardizado* sus gustos, y el automóvil y el fonógrafo han enriquecido sus emociones. Las casas provincianas con muebles rojos, grandes lámparas de petróleo y un piano cubierto de chucherías forman el decorado del mundo que pinta Espinosa.

Su interés en la literatura chilena consiste en el arraigo que ha tenido su clase dentro de su mente literaria. Pero Espinosa, junto con afinarse literariamente, no incurre en el mal gusto

propio de sus congéneres. Se liberta, como escritor, de todo barroquismo y, al parecer, por deliberado propósito se afirma en una actitud angulosa y en un estilo seco, directo y poco dado a las galas.

En *Cecilia* se percibe admirablemente el carácter narrativo de la obra de Espinosa.

Rompe el libro con naturalidad y fuerza:

Nací en Rari. Es este un villorrio de una veintena de casas, que se alínean al borde de un estero, cuyas aguas son claras y tranquilas. Desde allí se divisan perfectamente las casas del balneario Panimávida y su parque adyacente.

Rara vez Espinosa se sale de esta tranquila indiferencia ante el paisaje admirable que rodea a Linares. Un desgano natural o una indiferencia absoluta son su reacción sensitiva ante la naturaleza pletórica de esas regiones.

*Cecilia* es un tipo de novela semi-idílica y semi-realista. No alcanza a obtener su éxito por las situaciones dramáticas o por la energía de la narración. Su mérito consiste, al revés, en lo que insinúa, en lo que deja de decir, en todo aquello que suponemos. Una fina maestría de narrador, un dominio seguro de la técnica la deja como una isla espléndida en una serie de novelas opacas. No ha vuelto Espinosa a producir nada más preñado de sugerencias. Su producción moderna, que algunos consideran inferior a esta primera obra, tiene menos gracia.

En el arte debe existir algo de misterio y exaltación que levante el relato. La carencia de tales condiciones enerva la narración y la confunde con la pintura desmañada. Espinosa reveló en *Cecilia* un dominio cabal de la novela y justificó las esperanzas que se pusieron en su talento. *La vida humilde* no añade grandes aportes a lo que había logrado con su libro primerizo.

Volvemos a encontrar las típicas cualidades de Espinosa en *Las inquietudes de Ana María* (1916). En esta novela, muy agradable y liviana, Espinosa nos presenta un problema reiterado en las letras chilenas: el joven de la clase media que conquista el afecto de una niña de la aristocracia. El motivo es ingrato y es un tema que han manoseado innumerables autores. Desde *Martín Rivas*, pasando por *Un idilio nuevo*, hasta *Desarraigados* de Millán Iriarte, los novelistas chilenos han prodigado este asunto. Sólo Espinosa, a mi ver, ha salvado felizmente la dificultad del tema. Los amores de Ana María con Moisés, el administrador de su fundo, terminan en el matrimonio. La novela es rica de observación y agrada por la sencilla maestría de su desenvolvimiento.

No hay deslumbramiento ni cursilería ante la clase alta. El autor se sabe recatar y contener ante estos latifundistas que pinta y juzga con cierta ironía corrosiva, pero sin plebeyo desborde. Aquí revela Espinosa su mejor calidad de novelista y su ojo certero. Espinosa representa el buen sentido linarense, la socarronería del centro-sur, en presencia de estos terratenientes altivos y dominados por una ideología finchada. En su novela asistimos perfectamente a la reacción producida en la sensibilidad de la clase media, que comienza a sentir sus derechos y su fuerza, ante la oligarquía santiaguina con feudos en Colchagua y en toda la zona céntrica de Chile.

El Moisés de Enero Espinosa se parece un poco al héroe de Santiván en *El crisol*. Como él es rudo y fuerte de carácter, como él ha leído libros anarquistas y humanitaristas, como él ha enriquecido el carácter en duras proezas atléticas. Santiván y Enero Espinosa tienen una conciencia de clase algo política, pero antes que nada literaria. Ambos son aficionados a estas intrigas tomadas de las viejas novelas francesas de Feuillet y del *Felipe Derblay* de Ohnet. Claro es que ambos escritores criollos mejoran el ambiente y no incurren en el mal gusto del segundo de esos novelistas franceses. Cuando se escriba la historia de la novela en Chile habrá que rastrear el origen de esta tendencia que comenzaron hombres de la clase alta chilena en pleno siglo XIX y que tuvo tanto éxito hasta hace poco tiempo.

*Las inquietudes de Ana María*, como casi todas las obras de Espinosa, no tiene gran atmósfera. El estilo es simple y correcto, pero con poco relieve. El admirable paisaje del Sur sólo está esbozado por breves pinceladas. La pintura del ambiente elegante sólo se insinúa. La prosa no es rica. Antes bien, desnutrida y opaca.

Sin embargo, creemos que *Cecilia* y *Las inquietudes de Ana María* representan el mejor período artístico de Enero Espinosa. Un soplo fresco y sano circula por sus páginas y un idealismo temperado contrasta con el último lote de obras suyas, donde el telégrafo y sus empleados levantan todos sus defectos y la sordidez anímica más dolorosa.

Desde 1916 hasta 1927 Espinosa se aleja de la producción activa. En 1928 aparece *La señorita Cortés Monroy*. Es una novela extensa, con hermosos y poéticos títulos de capítulos. Es admirable el sentido artístico que logra Espinosa allí; pero el contenido de la obra está muy lejano de tal enunciación poética. Los empleados de telégrafos que pinta Espinosa no tienen idealismo. Son minúsculos, socarrones y sensuales. Sus vidas están

ligadas a un oscuro destino. Los problemas que absorben sus almas son terreros y vulgares. Viven en permanente chismo-grafía y otean a los vecinos desde sus observatorios de comadrejas. El alcohol y el sexo los abruma. Parece de repente que un deseo de liberación los exaltara; pero ... nada ocurre. Sólo se trasladan a un «botiquín» o picantería para beber chicha o mosto. Se yergue a ratos un hombre que toma un andar nietzscheano, pero todo su destino se disuelve en un potrillo colmado de alcohol.

Muy bien dado el ambiente ínfimo, minúsculo de esta gente. El lector, no obstante, desearía librarlos del pesado fardo de esos destinos y quisiera ver un vuelo en medio de tanta miseria. La protagonista, la señorita Cortés Monroy, que tiene tensas las inquietudes de algunos telegrafistas, acaba en una vulgar ramera, que se entrega sórdidamente.

Con todos los defectos anotados, Espinosa consigue pintar un mundo sombrío y alcohólico, en que hombres y mujeres viven precariamente. Nadie ha conseguido, entre nosotros, coger esa abatida porción de la existencia chilena provinciana.

A medida que Espinosa avanza en cultura, su estilo se enjuta. Es curioso este caso literario. Otros, con las nuevas influencias (la de Proust es ejemplar) abandonan su manera antigua y procuran desprenderse de los méritos tradicionales. Espinosa, en cambio, se hace más áspero, más seco. Así lo vemos en su reciente obra *Un viaje con el diablo*. El primer relato, que da el nombre al libro, es muy curioso. Está lleno de intención y de picardía, pero cuando promete más interés, el viaje termina... y el diablo se fuga.

En *La caída del titán* Espinosa torna a pintar la clase media provinciana y consigue interesar con un relato de buena ley. En *Morse y el amor* existe agrado y fluidez de relato. El resto del libro es insignificante con relación a la honrada labor de Espinosa. Espinosa aquí trata de simplificar su estilo en tal forma que se acerca a lo telegráfico. Abundan mucho también las escenas de cantina, los causeos, la reiterada nota del chileno subalterno. La entidad de su obra antigua y la simpatía humana de Espinosa exigen que vuelva por sus fueros de novelista. Es un hombre sobrio, con nervio, que está dotado de excelentes facultades para la novela. Esperamos de su madurez espiritual una obra que lo libre de la pesadumbre de este reiterado ambiente de telegrafistas. El ancho mundo, con sus vastos temas, invita a mejores asuntos. Aun creemos que el autor de *Cecilia* y de *Las inquietudes de Ana María* recupere su brío antiguo y nos entregue una sorpresa de creación.—RICARDO A. LATCHAM.

## En el paraíso soviético

### DIEZ MINUTOS PARA CASARSE, NUEVE PARA DIVORCIARSE

**E**N la actual Rusia Soviética, para contraer matrimonio se necesitan dos; pero para divorciarse basta con uno. Y el divorcio se consigue con una rapidez inimaginable; diez minutos son tiempo suficiente para casarse; en diez minutos se hacen todas las tramitaciones y pueden llenarse todos los requisitos, pero el procedimiento de divorcio es más rápido aún, puesto que en nueve minutos queda listo.

Por regla general, es hoy tan fácil conseguir en Rusia el divorcio, como sacar una licencia para conducir un automóvil; tan fácil es, que yo mismo quise experimentar personalmente esta verdad y en nueve minutos estaban terminadas todas las formalidades del caso.

Acompañado de un intérprete, penetré en un edificio de ladrillo, de dos pisos, que se halla situado junto a un cuartel de policía, en Moscú. Una mano con el índice extendido señala el camino que ha de seguirse para llegar a las oficinas del Registro: un amplio salón en el que no hay más muebles que un armario, tres mesas de pino, colocada cada una en un ángulo de la estancia, y detrás de cada mesa una silla y en la silla un escribiente o funcionario.

—¿Es aquí donde debe tramitarse el divorcio?—pregunté a un joven que evidentemente estaba a cargo de una de las mesas-registros.

—Sí, señor; tome asiento—me contestó con amabilidad.

—Yo soy norteamericano—expliqué en seguida por intermedio de mi intérprete—. ¿Puede usted divorciar a un extranjero?

—¡Cómo no!—me contestó sonriente.

—¿Cuánto tiempo se precisará para esto, señor?

—Diez minutos cuando más, el tiempo necesario para que conteste usted las preguntas del formulario y extenderle el certificado. . . . ¿Cómo es su nombre?

Y rápidamente comenzó a llenar con mis respuestas las preguntas del formulario ad-hoc. Cuando llevaba ya escritas las dos terceras partes del formulario, me dió una especie de remordimiento de conciencia. Y en el espacio de tres minutos,

después de contestar a otra media docena de preguntas, me encontré con que ya estaba divorciado.

Una vez en París, hace de esto cinco o seis años, fui citado ante el juez para declarar en un proceso de divorcio y me causó una impresión enorme ver la facilidad con que allí podía conseguirse el divorcio y hasta me asaltó su poco de remordimiento por parecerme que había yo contribuído con mi declaración a que se realizara en poco tiempo un divorcio que a mi juicio pudo muy bien haber terminado con un arreglo. ¡Ahora el procedimiento había sido mucho más expedito y yo no figuraba como testigo sino como autor! . . .

Me dirigí entonces al escribiente esbozando algo así como una especie de sonrisa y, siempre por conducto de mi intérprete, le dije que agradecía su atención, pero que yo era un escritor norteamericano y que había acudido allí solamente con el objeto de comprobar personalmente la facilidad con que en Rusia podía divorciarse quien quisiera.

—Muy bien—me contestó el oficial—, quiere decir que entonces no estamparé en el documento el sello oficial para que no sea válido; es lo único que falta. Yo le había asignado a su esposa una renta mensual de sesenta rublos (treinta dólares) para el mantenimiento de su hijo—agregó con una amable sonrisa.

—Dígame usted—volví a preguntar—, ¿qué validez tendría este documento en el caso que yo quisiera hacerlo efectivo?

El funcionario se encogió de hombros y me dijo:

—En la Unión del Soviet la validez es completa. A nosotros nada nos importa que en su país le den o no validez. . . . Aquí tiene usted el documento, haga usted de él el uso que tenga por conveniente.

\* \* \*

Una joven acababa de entrar en la oficina y tomaba asiento frente a una de las otras mesas. Iba pobremente vestida y llevaba un chal a la cabeza, pero a pesar de su mísero aspecto se veía que era una joven de belleza poco común. Expuso que quería divorciarse.

—¿Tiene usted hijos?—le preguntó la escribiente que atendía la mesa.

—Sí, una niña de tres años—contestó.

—¿Ha hecho usted con su marido algún convenio para el sostenimiento de la niña?



—Sí, aquí tengo el papel; el padre se compromete a pasarme una renta de veinte rublos mensuales hasta que la niña tenga dieciséis años y a darme a mí quince rublos más por espacio de seis meses.

—Pero usted puede conseguir una pensión mayor que esa para su hija, si lo desea. El Tribunal del Pueblo puede acordarle mayor pensión—exclamó el oficial que me había atendido a mí.

—Bien, pero nosotros hemos convenido en eso—respondió la mujer tranquilamente.

—¿Cuánto gana el padre?— insistió el que parecía dirigir este asunto de divorcio.

—Ciento diez rublos al mes.

—Bueno, pues ya sabe usted que puede sacar más si lo desea, acudiendo al Tribunal del Soviet. ¿No es así, compañera?— preguntó dirigiéndose a la otra mesa ante la que estaba sentada otra mujer.

Era ésta una abogado que asistía dos veces a la semana a la oficina de divorcios para que pudiesen consultarle gratis los que quisiesen averiguar cualquier asunto que les conviniera, relacionado con la separación.

—Efectivamente, puede obtener más—convino la abogado.

Pero la mujer volvió a encogerse de hombros y nadie volvió a hacer el menor comentario.

El escribiente empezó a preguntar. Yo miré mi reloj. Eran exactamente las 11 y 32 minutos.

—¿Qué nombre va usted a usar después de la separación?— preguntó.

—El de mi marido. Aquí está la autorización suya.

Y la joven sacó de un bolsillo el papel firmado por el marido, en donde la autorizaba a seguir usando su nombre. Sin este requisito la mujer hubiera tenido que volver a usar su nombre de soltera.

—¿Qué edad tiene usted?— siguió preguntando el escribiente.

—Veintitrés años.

—¿Ha sido casada anteriormente?

—No.

—¿Y su marido lo fué?

—Tampoco.

—¿Dónde está el convenio formulado entre ustedes para el mantenimiento de la hija?

—Figura ahí en el papel que acabo de darle: veinte rublos para mi hija hasta que esta cumpla dieciséis años y quince rublos más para mí por espacio de seis meses.

Se oyó el rasguear de la pluma en el papel para tomar nota de todos estos datos. Y en seguida prosiguió el interrogatorio.

—¿De qué nacionalidad son usted y su esposo?

—Rusos.

—¿Qué ocupación tiene él?

—Trabaja en una fábrica.

—¿Dónde va a vivir usted?

—En la dirección indicada en ese papel.

—¿Quiere permitirme su carnet de identidad?

La mujer sacó su carnet y lo presentó al escribiente. Este le abrió, tachó con la pluma la palabra «casada» y escribió encima «divorciada». En seguida el escribiente pidió a la mujer que firmara al pie de la hoja en que había escrito, en el libro del registro. Hecho esto, devolvió a la joven su cédula de identidad y le indicó que la presentara ante el oficial de la mesa en que yo estaba. El oficial la cogió automáticamente, tomó un sello de goma con tinta roja, lo estampó en el carnet y firmó encima. La joven volvió a coger su carnet, dió media vuelta y salió de la sala, libre y divorciada, sin haber gastado un solo centavo.

Miré el reloj. Eran las once cuarenta y un minuto exactamente. La tramitación completa del divorcio había, pues, durado nueve minutos.

—No se puede dar mayor rapidez—exclamé dirigiéndome al funcionario que me había divorciado a mí—. En varios Estados de Norte América cuesta divorciarse algunos meses y grandes sumas de dinero, y a más de esto todo individuo que se quiere divorciar tiene que echar una serie de mentiras y acudir a la farsa y a la intriga. No salgo de mi asombro al ver la pasmosa facilidad y rapidez con que aquí proceden ustedes para conseguir en breves minutos y sin la menor dificultad lo que a nosotros nos cuesta tantos sinsabores y dólares.

—Nosotros—me respondió el escribiente—hacemos todo lo posible por eliminar en las cuestiones del matrimonio y el divorcio toda hipocresía. Si los cónyuges que no tienen hijos no desean seguir viviendo juntos, cualquiera de ellos puede presentarse en esta oficina y conseguir su divorcio inmediatamente. Cuando hay hijos de por medio, se necesita un convenio escrito respecto al sostenimiento de ellos. El que desee el divorcio puede obtenerlo sin dilación y no hace falta para ello siquiera que se entere el cónyuge, hasta después que haya sido verificado el divorcio. Nosotros opinamos que la mujer puede en este terreno tener los mismos privilegios que el hombre. Y por eso también, concediéndole la misma capacidad para la vida económica, le exigimos las mismas responsabilidades res-

pecto a su prole. Usted puede ver. Ya no tenemos en Rusia el problema de los hijos ilegítimos. Podrá haber madres divorciadas, pero todo niño tiene su padre y cuando la madre lo señala, es financieramente responsable de la alimentación de sus hijos. Podrá este niño no contar con un hogar paterno y materno, pero a lo menos no es a nuestros ojos un desventurado como lo son entre ustedes los hijos ilegítimos. Aquí con respecto a los hijos no reconocemos sexos para la responsabilidad de los padres. Aquí las mujeres tienen. . . .

La llegada de una pareja de jóvenes interrumpió la charla del funcionario. Este me miró sonriendo maliciosamente y me dijo: —Aquí tiene usted un matrimonio.

Sonreí yo también al ver la pareja que parecía cohibida, cortada. Al momento me dí cuenta de su situación. Algo así me había pasado a mí muchos años atrás, cuando fuí a celebrar mi matrimonio.

La joven de la mesa de enfrente invitó a la pareja a tomar asiento frente a su escritorio, abrió otro libro—el de los matrimonios—y empezó a preguntar. Volví a consultar mi reloj. Eran las 11,45.

—¿Qué nombre va usted a tomar?

—El de él—contestó la muchacha.

Podía haber seguido usando el suyo si así lo hubiera querido.

—¿Qué edad tienen ustedes?

La joven dijo que 21 años; el novio que 24.

—¿Ha sido alguno de ustedes casado anteriormente? ¿Han tenido hijos?

Ella contestó que no; él dijo que había sido casado antes, pero que no había tenido familia.

Siguióse a continuación la misma serie de preguntas que le habían hecho a la joven que acababa de divorciarse, sólo que la pregunta final fué ésta:

—¿Desean ustedes casarse en alguna iglesia?

Los dos enamorados se encogieron de hombros y se quedaron mirándose el uno al otro. ¿Qué significaba esto para ellos? Sin ceremonia religiosa podían perfectamente ser uno del otro; podían conseguir su ambicionada felicidad sin más trámites. El escribiente presentó el libro del registro a ambos y los dos firmaron sonrientes y alegres. Luego ambos novios vinieron a la mesa del funcionario con quien yo había intervenido. Yo me levanté y saludé. El oficial me dijo:

—Usted puede servir de testigo.

Tomó en seguida sus carnets, los timbró con el sello rojo, los firmó y quedaron ambos casados, es decir, inscritos en el regis-

tro como marido y mujer. Miré mi reloj. Eran las 11.55. Diez minutos habían demorado en casarse y, lo mismo que el divorcio, sin costar un solo centavo.

En estos momentos parece que se trata en Rusia de reformar la cuestión de la tramitación de los matrimonios y los divorcios. Se me ha dicho que hay ya preparada una nueva legislación al respecto. Por un lado parece que dicha tramitación costará de cincuenta centavos a dos pesos cincuenta—según la renta del solicitante de divorcio—y la misma tarifa regirá para los matrimonios. Los extranjeros deberán pagar el máximo de la tarifa, esto es, \$ 2,50, y, así como de paso, mi amigo el oficial me aseguró que él había por su parte divorciado ya a numerosos norteamericanos y ciudadanos de otras nacionalidades debiendo tener en cuenta que su oficina es sólo una de las seis que para el efecto funcionan en la ciudad de Moscú.

Los dos días siguientes a mi *pseudo-divorcio* los invertí en compulsar las estadísticas de divorcios y matrimonios. Durante el año de 1928 pude comprobar que sólo en Moscú se habían celebrado 28,175 matrimonios y 21,220 divorcios, es decir, un *setenta y cinco de divorcios con relación a la cantidad de matrimonios*.

De estos 21,220 divorcios, 279 habían sido de individuos casados dentro de la quincena; su matrimonio había durado por consiguiente, un máximo de quince días; 323 se habían divorciado al mes de casarse; 1213 entre el primero y el tercer mes; 1243 entre el tercero y el sexto; 1492 entre los seis y los doce meses; 2095 entre el primero y segundo año; 1802 entre el segundo y el tercero; 3237 habían durado juntos de tres a cinco años; 5840, de cinco a diez años; 1624, de diez a quince; 1022 de quince a veinte y 1050 parejas habían permanecido unidas por espacio de más de veinte años.

En toda Rusia se habían verificado durante el citado año de 1928, según las estadísticas, 1.322.392 matrimonios y 342.924 divorcios—poco menos del treinta por ciento—. En las ciudades y poblaciones de menos de 50.000 almas se produjeron 254.377 divorcios y 1.150,434 matrimonios, pero en las grandes ciudades como Petrogrado y Moscú hubo 88,547 divorcios por 171,958 matrimonios, o sea, más del cincuenta por ciento de los matrimonios se divorciaron en las grandes capitales de la Unión Soviética.

En cuanto a las edades, hubo 29 hombres y 252 mujeres divorciados a los 18 años; 443 hombres y 364 mujeres a los 21; 1076 hombres y 355 mujeres a los 29 años; 4367 hombres y 3746 mujeres divorciados entre la edad de 30 y 34 años; 315 hombres y 93 mujeres entre los 55 y los 59 años; y 25 hombres y 3 mujeres con más de 70 años de edad. Un hombre se casó y

se divorció siete veces en el término de dos años, pero las autoridades se negaron a concederle la unión por octava vez.

Los divorcios por incompatibilidad de caracteres o por malos tratos vi que eran los más corrientes entre el elemento joven. Y compulsando las mismas estadísticas, pude enterarme de casos notables. Una mujer, indignada porque su marido no había llegado a casa a almorzar a las dos, corrió a la oficina del registro y pidió el divorcio; el marido llegó tranquilamente a casa a las dos y media, pero su mujer con muy buenas palabras le dijo que nada tenía ya que hacer allí porque había conseguido su divorcio. El marido le suplicó que recapacitase, le expuso los motivos que había tenido para no llegar antes, motivos perfectamente justos, y entonces la mujer, convencida y comprendiendo su precipitación, corrió a las oficinas del Registro y a las tres de la tarde ya estaba casada de nuevo con su mismo marido; de modo que en el intervalo de una hora la mujer había estado cañada, divorciada y vuelta a casar. No cabe mayor expedición.

Contaron al autor de este artículo otro caso no menos gracioso. Dos cónyuges se divorciaron a las tres de la tarde. El marido se fué en busca de otra mujer con la que ya tenía apalabrado su enlace, para proceder a su realización; pero resultó que la mujer aquella, casada, no había tenido tiempo aún de ir a las oficinas del Registro ni era ya hora de tramitar su divorcio hasta el otro día. El aspirante a marido tuvo, pues, que aplazar hasta el día siguiente su nuevo matrimonio y se volvió a la casa de su antigua mujer. Y aquí viene la parte graciosa: la mujer, más lista que él, se había vuelto a casar aquella misma tarde y estaba en casa con su nuevo marido. Por condescendencia tuvo que alojar aquella noche en su antiguo hogar donde mandaba ya otro dueño, que celebraba aquella noche su luna de miel con su divorciada esposa.

Así se estilan las cosas en el paraíso bolchevique, la tierra de los grandes experimentos para la reorganización social. —

FRAZIER HUNT.

Traducción de R. Mondría.

### Una lectura incitante

**D**ICEN que Karl Joris Huysmans, inventor del decadentismo, deleitaba sus ocios leyendo catálogos de librería. Hay otro jardín de incitaciones aun más sugerente, complejo y amplio, porque en sus cuadros no se mueven sombras, como en los libros, sino criaturas vivas; y

sus pequeños dramas y sus pequeñas comedias no toman existencia de un reflejo, sino directamente de la realidad.

Son los avisos económicos en la última página de los diarios. Los avisos grandes tienen otro carácter. En las líneas donde se paga a tanto la palabra, cada término adquiere peso y significado y se carga de significación. Nadie pone allí un adjetivo sin pensarlo bien, nadie añade un sustantivo sin medir su valor; Flaubert y Jules Renard elaboraban con menos cuidado—y sin tanta ingenuidad—sus frases esculpidas.

Así resultan poemas.

*Persona sola, discreta, arrienda departamento a caballero solo....*

Véase la penumbra sobre el sexo del arrendador; habrá que deducirlo del que se exige al arrendatario. Y el epíteto *discreta*, anodino en otra circunstancia ¡cómo cobra relieve en la breve línea, apretada por la tarifa! Las dos «soledades» se llaman a distancia, no sin amargura: *persona sola... caballero solo....* ¿Qué resultaría de su conjunción? Tal vez una perfecta compañía, tal vez una soledad más desolada.

Este otro ya ofrece menos dudas: *Joven solo, 28 años, ofrécese acompañar señora sola o caballero....* Aquí conviene mejor no puntualizar demasiado la intención: mira y pasa.... ¡Oh! señora; ¡oh! caballero!

La insolencia plebeya modernista se abre paso, impetuosamente: *Chofer competente, toda marca, disponible. Inútil solicitar por menos \$ 350 mensuales.* Antes los amos ponían condiciones: «Inútil presentarse sin buenas referencias.» Ahora son los criados los que exigen. Argumento para Keyserling que levantó al chofer a la categoría de símbolo.

Y esta desesperada ansia de salir, este grito hacia la aventura, el viaje, lo imprevisto: *Joven chileno cultura humanística ofrécese salir extranjero cualquier parte, cualquier objeto, teniendo expectativas.* ¿Expectativas de qué? De ver mundo, de navegar, de tentar suerte en el vasto mundo. Detrás, seguramente, un lector de novelas de viaje. Allí está la cultura humanística, dispuesta a lustrar botas y sacudir vestones con tal de que le compren su dignidad al precio de unos pasajes a tierras desconocidas.

El vocabulario corriente se enriquece en los avisos económicos y halla contracciones inesperadas. Hay que meditar para entender esta palabra: «*Luisquincero* necesito....» ¿Luis Quincero? ¿Luis XV? Sí, nada menos; el Rey galante, el monarca bien amado sobrevive en los tacones de los zapatos y en los operarios que los fabrican: si unos se denominan Luis XV, éstos se llamarán, con toda lógica, «luis-quinceros». ¡Milagros

de la economía! Y restos del prestigio que irradió por el mundo la elegancia de Versalles, el rítmico tacón de la marquesa que bailaba al compás con el marqués. Ellos son los padres de los «Luis-Quinceros.»

¿Y esta deliciosa confusión: *Casas y juguetes de madera desarmables*? Parece una broma; y de ahí viene todo un episodio que conocemos y que tuvo, con ribetes de cómico, su fondo de seriedad. Alguien encargó una de esas casas para un sitio y dió las medidas. Se la hicieron, en el taller, como un juguete; pero, al colocarla, faltó terreno y quedaron piezas sobrantes. Dificultades entre dueño y constructor. —¿No le gusta la casa?—No, señor.—Pues muy sencillo: me la llevo.—Antes devuélvame Ud. lo pagado de anticipo.—De ningún modo.—Pues, entonces, no se la lleva Ud.—¿Que me la llevo!—Veremos.—Viaje a la comisaría y diálogo inaudito:—Señor, quiero que me vigilen la casa tal; quieren llevármela.—El comisario toma nota y pregunta:—¿Vive alguien ahí?—No, señor. Está vacía.—¿Y qué le quieren llevar?—La casa misma.—¿La casa? ¿Dice Ud. que le quieren robar la casa?—Justamente: es una casa de madera desarmable. . . .—Gran carcajada policial y detalles innumerables para que entiendan cómo es posible que se quieran llevar no lo que una casa contiene, sino la casa misma. Al fin, ordenan un vigilante de punto fijo y, todas las mañanas, el propietario tiene la fantástica impresión de ir a ver si la casa está todavía en su sitio o si ha desaparecido durante la noche, como los palacios que Aladino edificaba. «Casas y juguetes de madera desarmables. . . .»

El genio de las *Mil y una noche* aparece también en otros avisos, velado de comerciante, como en las calles de Bagdad: *Cambio discos viejos por nuevos. . .* ¿Cuál de esos discos que se buscan encerrará la canción capaz de suscitar al genio maravilloso? Cuidado.

Otras veces una tragedia de familia se abre al público, desgarradora: *Deseo noticias de mi madre, Tadea. . .* O bien: *Raúl, vuelve a tu casa, tu padre te perdona. . .* Niños y perros perdidos, amantes que buscan su ideal, a veces concreto, a veces abstracto, amores sin eco y desesperaciones sin consuelo, ternuras extraviadas que dan ese último paso hacia el azar de la misteriosa publicidad, ¡qué de novelas comprimidas!

La vida galante asoma de continuo su cabeza disfrazada en los avisos económicos. *Se vende, barato, casita bien situada.* Parece inofensivo y se escribe. Viene el propietario, explica las condiciones, pondera la situación; al fin, suelta el secreto:—Para «*garçonnière*» no hay cosa mejor.—¿Sí? ¿Dónde se en-

cuentra?—En la calle Concepción. . . .—¡Oh! señor ¿cree Ud. que alguna dama acudirá a una cita en esa calle? ¡De ningún modo!—Fracaso rotundo.

Pero el rey de los avisos económicos, el espléndido, el que abre más vastas perspectivas y tiene más color y hasta perfumes de campo dorado es el que hemos visto por estos días invernales: *Se venden las flores de diez mil aromos*. Ah! qué magnífico verso modernista: bastaría agregar: «En el paisaje. . . se venden las flores de diez mil aromos» y tendríamos unos de esos «aciertos de expresión» que los poetas de la hora actual buscan (y no siempre encuentran) con tanto empeño, y que los críticos benévolos celebran. ¡Se venden las flores de diez mil aromos! Hermosa concisión, sobriedad clásica; el arte moderno lo resume todo. Con esas cuantas palabras, sin nada de más ni de menos, echamos a andar en automóvil una mañana, en alegre compañía, dejamos lejos la ciudad febril y vamos hacia la montaña, hacia la paz transparente de la campiña; delante de nosotros, las copas de los diez mil aromos florecidos levantan sus cúpulas bizantinas y se acercan; es un bosque de oro fino que marea la vista, es la maravilla de la tierra trasmutada por la luz en joyas olorosas y templo de divinidades invisibles. ¡Todo eso, en un segundo, lo tenemos al despertar, en nuestra habitación, junto con la taza del desayuno y la lista de los avisos económicos, que ese anuncio jubilante ilumina de súbito, como una sábana de sol.

No. No hay que reírse de los que leen los avisos económicos de los diarios. Pueden ser viles negociantes que persiguen su interés; pueden ser también poetas y soñadores, novelistas, dramaturgos, hombres de meditación que buscan un modo de escapar a la prisión cotidiana.—A L O N E.

*Nota.*—Estas observaciones podrían amplificarse mucho extendiéndolas a los diarios extranjeros. En los de Buenos Aires, por de pronto, llama la atención el ofrecimiento numeroso de «mucamos», casi todos «de buena presencia» y algunos «de muy buena presencia». Es un signo.—A.

## Una carta sobre d'Halmar

**S**R. don Raúl Silva Castro. Presente. Estimado Raúl: Está visto que nunca se le perdonará a Augusto d'Halmar el haber desertado de las filas de la literatura chilena, para echarse a andar por caminos más dignos de un verdadero artista. Se reconoce en él a un hombre de talento, y en ese ataque que usted últimamente le ha dedicado,



yo no creo ver sino una exteriorización de un sentimiento parecido al despecho, porque este escritor no usó su talento en ser un escritor nacional.

Un escritor nacional. Mucho se ha hablado ya de su triste condición en nuestro país, del poco respeto que se le tiene, de los ataques injustos e insolentes de que se le hace víctima. No hay dudas, para nosotros un hombre que medita la mitad del día y escribe durante la otra mitad, no es otra cosa que un ocioso.

En realidad, d'Halmar no tenía razón alguna para quedarse en Chile. Su temperamento no era como para continuar a todos los que nos han hablado del ambiente campestre y han calcado o fotografiado los paisajes chilenos. Porque d'Halmar, antes que todo, es un artista, hombre lleno de inquietudes, de ensueños, de fiebre de viajes y dueño además de un hondo espíritu de evocación. La manoseada realidad cotidiana no le interesa mayormente. Tiene dentro de sí elementos propios para construir sus obras y por eso ha despreciado los personajes vulgares, con quienes uno se tropieza a cada paso. D'Halmar explota el tipo extraño, que tenga algo de particular. Si no lo encuentra, lo inventa, le da mucho de sí, de su alma, de su espíritu inquieto.

Pero un escritor bien puede abominar de una realidad y gustar, en cambio, de otras. Así d'Halmar, de sus viajes por la India, de su paso por Egipto y sus andanzas por Europa, recogió material para escribir libros magníficos. Al espectáculo de la vida exótica añadió la manera que tiene su alma de gustarla; a la aventura que muchas veces le salió al paso, agregó la aventura que todos llevamos dentro y que tanto anhelamos vivir.

Me parece que es usted algo avanzado al referirse a los que imitamos a Loti, Farrère, Lorrain, Wallace, Wells, Julio Verne, Motta y Salgari. ¿No encontró otros nombres como éstos, cogidos al azar, para añadirlos a la lista? Bien podría haber agregado a Mayne Reed, London, Conrad, Mac Orlan, Poe, Conan Doyle, Gaston Leroux, el Conde de la Vaulx y cuantos se han apartado de la estupidez de todos los días para entrar al campo de lo fantástico, de lo imaginario; cuantos han despreciado la aventura imbécil y solemne que vive el señor en el camino de su casa a la oficina, para preocuparse de la existencia libre de los vagabundos, los marinos, los gitanos.

Hay aquí una mala costumbre y usted ha caído en ella: la de citar, al referirse a d'Halmar o cualquier escritor imaginativo, los nombres de Loti y Farrère. ¿Quién? ¿D'Halmar, Reyes? Sí, imitan a Loti y Farrère. Desde luego no hay razón

alguna para juntar a Loti y Farrère en un binomio. Se podría decir que ellos no tienen otro punto de contacto que el de haber pertenecido ambos a la marina francesa y haber realizado viajes por el Oriente. Mientras Farrère se dedica a la novela fuerte, viva, *de acción* (y le subrayo este término), Loti no hace otra cosa que divagar, y divagar, y divagar, llegando a veces a producir agradables estados de ensueño y otras cierto malestar, cuando cae en la cursilería. (*Las desencantadas.*)

Dice usted en su reciente estudio, refiriéndose a d'Halmar:

... Primero una novela, *Juana Lucero*, en que historiaba los vicios de Chile, y luego un libro de cuentos, *La lámpara en el molino*, dieron prueba de su interés por el ambiente natal y de su decisión de servirlo literariamente.

Debe confesarle que no conozco *Juana Lucero*, la primera de estas obras, y que no me interesa, ya que según entiendo, ella no es para d'Halmar otra cosa que un pecado de juventud. En cambio leí, con asombro, los cuentos de la *Lámpara en el molino*, y he sentido un asombro mucho mayor al ver que usted pretende que en esa obra el autor hace «chilenismo» y da prueba de interés por el ambiente natal. ¿Se atrevería a decir, mi estimado amigo, que cuentos como *El abuelo d'Halmar*, *En provincia*, etc., justifican su aseveración? Yo no he visto en el primero sino una obra de imaginación pura, que bien podría incluirse en lo que literariamente se denomina «lo maravilloso». En cambio, *En provincia* es un estudio psicológico profundo, el relato de aspectos de un ser que bien podría ser chileno o húngaro. La misma obra que da nombre al libro, ¿qué tiene de nacional, de criollo?

Continúa usted haciendo afirmaciones muy discutibles, que ya no sólo van en contra del escritor sino de la modalidad literaria. Y luego, dice usted:

¿Hay alguna sensación o algún matiz de esa literatura que no esté contenido ya en los libros de Loti y Farrère?

Sí, distinguido amigo, hay muchos. D'Halmar, aunque usted lo niegue, es personal, tiene su gesto propio ante el espectáculo de la vida, máxime si esa vida es la que él ama, la del Oriente, la de Europa. Comencemos a echar una rápida mirada—como si fuéramos en un tren—a la obra de d'Halmar, desde donde—según usted—comienzan sus errores. *Pasión y muerte del cura Deusto*, ¿tiene algo de Loti o Farrère? Creo que no hay discusión: nada. En seguida viene *La sombra del humo en el espejo*, libro formado, en primer término, por un viaje a Egipto.

to, por unas reverencias muy suyas ante la misteriosa y milenaria esfinge y por su amistad con un habitante del desierto. Es verdad que también Loti hizo un viaje a Egipto (debe haber realizado muchos), y es verdad que Loti escribió sobre el desierto. Pero hay una diferencia tan grande; se siente correr la vida tan distintamente, las almas de los personajes mismos divergen tanto, que yo creo que sería necesario, para darle a usted en el gusto, juntar a cuantos escritores han dejado correr su admiración ante la tierra de los faraones, desde Champolion hasta Olbued, y decir que todos son iguales. ¿No existen entonces los procedimientos, la arquitectura de las obras literarias; no existe el estilo y—sobre todo—no existe el espíritu, el temperamento de cada cual, que da a las cosas aspectos tan distintos, como si fueran miradas de sitios diversos o con ojos de otra condición?

Después viene *Nirvana*, crónicas de diversos países, y viajes marítimos extraordinariamente bellos. Hay una *Navidad en el mar* que es, sencillamente, un trabajo maestro. Yo me pregunto con asombro, ¿hay en todo eso alguna narración, algún procedimiento, concepto o frase que recuerden al autor de *Azyadeh* o a Claude Farrère? Pero me olvidaba, amigo mío, que también Loti y Farrère han viajado mucho por el mar y las tierras y han escrito crónicas. Acaso eso sea una semejanza.

Y después viene la del estilo, que afortunadamente usted no niega en nuestro mejor escritor. (¿Por qué el mejor escritor iba a ser aquel que nos cuenta la historia de un hombre vulgar, desarrollada en ambientes que molestan por lo conocidos, y no el que elige personajes con alma, con destino aparte, y los echa a caminar por senderos encantados?) No niego yo que d'Halmar use algunos galicismos y que a veces recuerde traducciones de la lengua francesa, pero no malas traducciones. Así y todo me parece demasiado audaz eso de «la ignorancia tan cabal del español», que usted dice....

Y pasamos en seguida a un punto importante de su artículo publicado en esta misma Revista (1). No quiero citarle frases textuales, pero usted dice, más o menos: para leer a d'Halmar con algún deleite se necesitan ciertas condiciones que no siempre se reúnen en gran número de lectores. Creo yo que en eso estriba, en su mayor parte, el poco cariño que usted le demuestra. Porque su género literario de preferencia es la crítica y la crítica entraña el bisturí, la cosa fría, cortante, la palabra que se mide, el término que no entra en calor. Le confieso que yo nunca podré leer con gusto a quien me dé algo frío o me pre-

(1) Número 64. Artículo titulado *Para la futura novela chilena*.

sente como personaje principal un jovencito vacío de la calle Huérfanos actuando en cualquier descolorido bar del centro. Me resultarían demasiado tontos el personaje y el ambiente, por conocerlos demasiado. En cambio, amo los relatos de otras tierras, los hombres que tienen el prestigio de la lejanía y de la diferencia racial, las ciudades distintas a las nuestras. ¿Cuestión de gusto, de temperamentos?

\* \* \*

Eso en cuanto a d'Halmar. Después vienen los que «le imitamos». Trata usted de definirlos y utiliza elementos falsos. Desde luego en *El matador de tiburones* de Salvador Reyes hay algo de inventado y mucho de cierto. En una polémica sostenida por ese autor con un crítico literario, decía Reyes, refiriéndose a aquella narración, que cuando fué conocida en el Norte le llegaron cartas de muchas personas que habían reconocido al «matador» y a su ayudante y que se daban perfecta cuenta del ambiente. ¿Será necesario, pues, decir Antofagasta, cuando de ese puerto se trata? ¿No basta la leve, la elegante insinuación de su latitud geográfica?

A mí también me atribuye usted la total invención de lo que escribo. Aunque eso, debe usted comprenderlo ya que conoce bien la tendencia que sigo, sería para mí un motivo de orgullo, no es exacto. El mismo relato que usted cita, *Luces en la isla*, no está enteramente imaginado, ya que el fondo de él está tomado de una leyenda chilota, consignada en casi todos los libros que sobre esa tierra se han escrito: cierto tesoro que, según se dice, permanece oculto en la islita de Imelev.

Después me reprocha usted que diga que un barco hace escala en Ancud para proveerse de carbón. Claro está, la geografía económica puede decirnos que en Ancud no hay carbón sino papas. Pero debe saber usted que cuando una embarcación necesita carbón, atraca en cualquier parte y consigue carbón..., lo mismo que si usted, caminando en lo suburbano, quiere comprar cigarrillos y no halla una cigarrería, entra a un almacén cualquiera. . . . Mi barco es velero y le extraña también a usted que un velero ancle para hacer carbón. Pero si usted conversara con personas que conocen los barcos, le dirían que la mayor parte de los veleros llevan un motor auxiliar. . . .

En fin, mi estimado amigo, creo yo que esto no tiene mayor importancia. Sólo que me traía algo extrañado su actitud para con Augusto d'Halmar, uno de nuestros mejores valores literarios.

Su amigo.—LUIS ENRIQUE DÉLANO.

## Al margen de la revolución boliviana

**L**O que originariamente fué designado en Bolivia con el nombre de partido «republicano» tomó las riendas del Gobierno mediante un golpe de Estado hábilmente maniobrado, el día 12 de Julio de 1920. Dicho partido ha dado hasta hoy a la Nación dos gobernantes: Bautista Saavedra y Hernando Siles. La filiación política del nuevo mandatario es algo que resta por ver, pues la revolución del 25 de Junio de este año fué llevada a término por personas que no se hallan bajo banderas de partidos: el pueblo y los estudiantes. Algunos militares y ciertos elementos civiles que han entrado a ocupar transitoriamente los más altos cargos en el Gobierno pertenecen, con raras excepciones, al antiguo partido Liberal derrocado en 1920.

El señor Saavedra, el primero de los presidentes del partido republicano es, sin duda, una interesante personalidad. Reune, cosa poco frecuente, los dones del intelectual y del político. Es un hombre de vasta preparación. Doctorado en leyes, se ha especializado en los problemas sociales. Es además autor de de numerosos libros, fuera de su inmensa labor periodística. En don Hernando Siles tenemos una figura algo más opaca. No dudo de su preparación, pero le faltan la energía y el carácter necesarios en todo político, y precisamente por esto el señor Siles tuvo un fin tan desgraciado en el ejercicio de sus funciones. Aunque bien intencionado, sucumbió pronto a los malos consejos de sus amigos políticos.

El señor Siles al asumir el mando se hallaba alentado por los más sinceros móviles patrióticos; buscaba tan solo hacer el bien al país y devolverle la tranquilidad un tanto perturbada por el reciente cambio de Gobierno. Fué así cómo concedió la amnistía a todos los reos políticos, llamó a ocupar puestos de responsabilidad a personajes de las más diversas filiaciones partidistas y ofreció importantes cargos diplomáticos a hombres tan opuestos en sus ideas y actividades, como el propio señor Saavedra y el ex-presidente don Ismael Montes. Todo indicaba que el gobierno del señor Siles sería uno de los mejores. Sus medidas gubernativas no podían ser más atinadas, más precisas, más buenas, pero el error estuvo en que no supo tener cerca de sí consejeros hábiles y verdaderos amigos. Pronto

se rodeó de una camarilla de politiqueros ambiciosos que perseguían el lucro y la figuración, sin que los intereses del país tuvieran para ellos la menor importancia. Siles, hombre de poco carácter, fué cediendo hasta que al fin se convirtió en un simple instrumento puesto en las manos de estos señores. La delicada situación con el Paraguay vino a empeorar las cosas. Aprovechando el supuesto peligro de guerra se llamó a Bolivia al militar germano Hans Kundt, pues se deseaba asegurar el dominio del ejército, de cuya fidelidad comenzaran a dudar. Los manejos políticos son cada vez más inconstitucionales e indecorosos; se abusa del pueblo, suben las contribuciones, se conceden monopolios sin más ni más, en virtud de los cuales el Gobierno percibe gruesas sumas de dinero de las que luego no se da razón alguna (por ejemplo, el tan bullado monopolio de los fósforos); luego el estaño baja en el mercado de Londres, y Bolivia, casi se puede decir, vive de las entradas que le producen la exportación de este metal. Lo que sigue es una vasta crisis económica: se hace imperioso reducir los salarios de los empleados fiscales en un 30 %, algunas casas comerciales se ven en la imprescindible necesidad de cerrar sus puertas, ciertas minas dejan de trabajar; luego aparece el problema de la desocupación, el descontento es general y este descontento lleva a la rebelión cuando el pueblo se da cuenta de que, en medio de una situación financiera tan angustiosa, cuyas funestas consecuencias todos han de sufrir—y muy en especial las clases asalariadas—, continúan los gobernantes malversando los fondos fiscales y dando aliento a intrigas políticas de fines egoístas y mezquinos.

Nuevamente fué el Paraguay un motivo del que hicieron buen uso los amigos del señor Siles, en una palabra lo que se ha designado con el nombre de «silistas», pues fundándose en que la situación internacional es muy grave, proponen que se postergue la fecha de elecciones para presidente, mas, como esta fecha no es postergable indefinidamente, el señor Siles, alentado por sus consejeros, decide acabar una vez por todas y conseguir la reelección. Como según las leyes bolivianas un presidente no puede ser reelegido, sin mediar entre ambos períodos otro mandatario, el señor Siles pensó modificar la Constitución en el sentido de que un presidente pudiera ocupar su cargo durante dos períodos consecutivos. Para llevar a cabo una reforma de tanto aliento procedió, después de hacerse de un Gabinete especialmente amigo, compuesto entre otros por don Alberto Diez de Medina, don Ezequiel Romecín y don Fidel Vega, a renunciar su cargo como Presidente de la República, y, contrariando lo estipulado por la Constitución dejó el

mando supremo en manos del Consejo de Ministros que debía llamar a elecciones para diputados y senadores, después de elaborar una lista de candidatos afectos al Gobierno, para que así la proyectada modificación constitucional no sufriera contratiempos de ninguna especie al pasar por ambas Cámaras.

\* \* \*

Mas no se contaba con que el pueblo boliviano llegara a notar que los gobernantes estaban jugando con la Constitución para servir sus propios intereses. La indignación y el descontento ganan terreno día a día. Fueron los estudiantes quienes primero declaran la rebelión. Aprovechan de las multitudes que celebran en La Paz el centenario de la muerte del Mariscal José Antonio de Sucre y reparten volantes incitando al pueblo a la revuelta.

Lo que sigue todos lo conocemos; uno de los movimientos revolucionarios más dignos, más llenos de gloria, más heroicos que registran los últimos tiempos. Un ejemplo para la América, un escarmiento para los malos gobernantes. «¡La Paz, tumba de tiranos!», esa frase orgullo de una ciudad y de un pueblo, fué inscrita en los muros de la casa que ocupaba el ex-presidente.

El domingo 22 de Junio de 1930, que se ha denominado «Domingo rojo», un grupo de muchachos enarboló la bandera nacional y expuso dos letreros que llevaban estas leyendas: «¡Viva la Constitución!» y «¡El pueblo pide legalidad!» Fué este el comienzo de la lucha. Esas filas se ven de pronto notablemente engrosadas, hay proclamas y discursos, hablan los estudiantes Pacífico Luna Quijarro y Francisco Lazcano, los que condenan duramente al Gobierno. Enardecido, el pueblo decide recorrer las principales vías de la ciudad de La Paz en son de protesta, pero al llegar a la esquina que forman las calles Mercado y Loayza, ocurre un hecho inaudito: es alevosamente victimado por la policía el estudiante Eduardo Román Paz, uno de los dirigentes de la juventud intelectual de Bolivia, muchacho de talento, culto, estudioso, que era ya un escritor de nota y formaba parte de la revista de avanzada *Utama*, donde publicó numerosos artículos y poesías. Era Román Paz una esperanza para la nación boliviana, pero quiso el destino que inmolará su vida por defender los ideales que habían alentado sus fogosidades de mozo joven e intelectual. Al notar sus compañeros que había sido asesinado, se apoderan del cadáver y en seguida lo pasean a lo largo de las calles en medio de la multitud, cada vez más numerosa y excitada, la que pide a gritos justicia. El

Gobierno estaba perdido y al notar eso, de entonces en adelante empleó todos los medios para sofocar la rebelión. Una muchedumbre compacta se encamina hacia la plaza Murillo donde fueron colocadas varias ametralladoras. Al llegar allí el pueblo y los estudiantes, todos desarmados y desprevenidos, la policía hizo funcionar sus armas; el terror y el desorden son indescribibles, se escucha tan sólo el crepitar de las ametralladoras en medio del griterío de las muchedumbres que huyen y los lamentos de los heridos. Pocos momentos después la plaza Murillo se convierte en un campo de desolación; llegan a contarse más de treinta cadáveres. Eso no fué todo; muchos huían por las calles adyacentes y alguien montó una ametralladora en un automóvil y comenzó a barrer los grupos de fugitivos, asesinando a hombres, mujeres y niños. Tales fueron las horas de terror que presenció la ciudad de La Paz aquel domingo rojo.

\* \* \*

Al día siguiente la capital era una ciudad muerta. Pocos salen de sus casas, se hacen los comentarios más contradictorios y diversos. El Gobierno, temeroso de la prensa, quiso apoderarse a viva fuerza del rotativo *El Diario*, lo cual habría llevado a cabo de no mediar luego la acción revolucionaria de los estudiantes y del pueblo a la que se plegó el grueso del ejército. Reina, empero, una alarmante inquietud; la indignación por lo ocurrido el domingo trágico es enorme. La atmósfera está preñada de acontecimientos. El día 25 llegan noticias a La Paz en el sentido de que el movimiento revolucionario ha estallado en Oruro; sin embargo las líneas del telégrafo y del cable se hallan interrumpidas, sólo se sabe que se escucha un intenso tiroteo en la plaza principal de esa ciudad.

Hacia las cuatro de la tarde de aquel mismo día empieza a cundir el pánico en La Paz, el comercio cierra sus puertas, las oficinas públicas se vacían como por encanto. El Consejo de Ministros está en sesión permanente en el Palacio, tratando de salvar al Gobierno cuya muerte es inminente.

A las ocho de la noche una veintena de cadetes son expulsados del Colegio Militar por hallarse comprometidos en el movimiento revolucionario, pero luego, escalando los altos muros del edificio, logran penetrar en el dormitorio de sus compañeros y los incitan a la revuelta. Cinco minutos después, todos armados, con las bayonetas caladas, resuelven salir proclamando la revolución. Sólo doce de ellos, los más niños, permanecen en el edificio, donde lucharon toda la noche contra fuerzas vein-



te veces mayores, hasta que al fin, terminadas las municiones, se rinden; un cadete de doce años, el menor de todos, es herido en un brazo y rechaza toda atención médica mientras combate. Cuando se le comunicó al General Kundt que el Colegio Militar había sido tomado después de tan cruento combate, exclama: «Tráiganme a esos cadetes, no prisioneros, sino cadáveres.» A las nueve y media se oye un nutrido tiroteo en las calles: es el grueso de los cadetes que combaten en el sector comprendido entre el Colegio Militar y el Arsenal de Guerra, contra las fuerzas del Gobierno. Es una lucha heroica en que estos jóvenes estudiantes dieron prueba de una pericia y de un valor realmente inconcebibles. De *El Diario* de La Paz copio el siguiente párrafo:

Un testigo presencial nos refiere que sintió las más intensas e inolvidables emociones de su vida ante el valor y la serenidad de ese puñado de muchachos dignos descendientes de los Colorados, que durante diez horas sostuvieron un desigual combate.

Magníficos en su audacia temeraria, acosados por todos lados, de pie en el centro de la Avenida, disparaban sus armas defendiendo la Constitución. No tenían jefe, pero cada uno de los cadetes era un General lleno de iniciativa, de habilidad y de talento.

Luego se retiraron al Alto, después de cruzar las calles céntricas de la capital, donde son fogueados por las armas gubernamentales. Se colocan ametralladoras en todas las cúpulas de los edificios y en los balcones, y de allí hacen un nutrido fuego. El Gobierno se defiende a vida o muerte. El General Kundt elabora un vasto plan de ataque, dispone por teléfono dónde han de acampar los regimientos, y así unos en la calle del Recreo, otros en la Plaza Murillo y el resto marcha hacia el barrio de la Locería, donde se ha hecho fuerte una parte del Colegio Militar combatiendo desde barricadas construidas por el pueblo indefenso. La colaboración del pueblo fué desinteresada, eficaz y patriótica. Algunas mujeres se vistieron de hombre para salir y ayudar a los cadetes; las demás contribuían con alimentos y medicinas.

En el Alto, la otra fracción del Colegio Militar logró ocupar las posiciones más ventajosas después de un hábil movimiento estratégico; a él se plegó en seguida la Escuela de Aviación, el regimiento Bolívar y un regimiento de obuses, mientras que en la ciudad contaba con el regimiento Pérez. Sólo la Escuela de Clases, el Ingavi y la Policía defienden al Gobierno. Entretanto el General Blanco Galindo, jefe del movimiento revolucionario en Oruro, marcha sobre La Paz y envía un ultimátum dándole

un plazo de cuarenta y ocho horas para rendirse; de lo contrario será bombardeada. Los trenes llegan uno tras otro repletos de soldados a las inmediaciones del Alto de la ciudad de La Paz. Al darse cuenta de su impotencia el Gobierno abandona las riendas del Estado, los últimos regimientos leales se plegan a la revolución, la Policía es asaltada por el pueblo victorioso, todos los presos políticos son puestos en libertad y paseados en triunfo. Más tarde el General Blanco Galindo ocupa con sus fuerzas la ciudad de La Paz y se instala en el Palacio una Junta de Gobierno, compuesta por elementos militares y civiles de reconocida hombría e inteligencia. El pueblo los saluda. Los cadetes y estudiantes universitarios vuelven de combatir y son aclamados por las muchedumbres delirantes. Son los héroes, mas ¡cuántos de ellos han muerto! Sus cadáveres aun yacen en las calles y en las plazas, en todas partes se notan manchas de sangre, signos mudos de una lucha heroica. La Democracia se ha impuesto en Bolivia sobre los cuerpos inertes de una raza valiente. Cuántos jóvenes a los cuales esperaba un futuro glorioso inmolaron sus vidas en las calles de la ciudad de La Paz. En los últimos días del mes de Junio de 1930 se ha escrito una de las páginas más gloriosas de la historia sudamericana. En esta revolución, como decía un rotativo limeño, «el pueblo se portó como ejército y el ejército como pueblo». La revolución costó doscientos muertos, quinientos heridos y mil quinientos bolivianos, es decir, algo así como cuatro mil quinientos pesos; fué una revolución hecha sin jefes, sin armas y sin dinero, una revolución que, guardadas las proporciones, los diplomáticos residentes en La Paz han comparado con la Revolución Francesa.

\* \* \*

Entre tanto los dirigentes del antiguo régimen se han refugiado en las Legaciones, así el señor Siles en la del Brasil; don Alberto Diez de Medina en la del Perú; el General Kundt en la de Alemania; el teniente coronel Toro y don Fidel Vega en la de Chile. Ciertos innegables actos de violencia siguieron al triunfo de la Revolución ¿pero dónde no acontece lo mismo? El pueblo expresa así su ira contra el régimen caído.

La Junta de Gobierno, compuesta por el General Carlos Blanco Galindo, por los coroneles Oscar Mariaca Pando, Filiberto Osorio, José L. Lanza y por los tenientes coroneles Emilio González Quint y Bernardino Bilbao, llamó a ocupar cargos administrativos a un grupo de civiles como el señor Sánchez

Bustamante, don David Alvéstegui y don Carlos Tejada Sorzano. Luego procedió a elaborar un *Estatuto* que es una verdadera obra maestra de desinterés y buen tino. Consta de 23 artículos, en los cuales, entre otras cosas, se establece que la Junta de Gobierno es de carácter transitorio, que ninguno de sus miembros puede ser candidato para la presidencia de la República; que todos los tratados y convenciones suscritos por Bolivia serán respetados, como asimismo los contratos y concesiones suscritos a favor de compañías extranjeras o nacionales, que existe y se reconoce la más absoluta libertad de prensa, etc., etc. Mientras tanto regresan al país los numerosos deportados del régimen anterior, se reorganizan los partidos políticos y vuelve la nación a la normalidad constitucional. Que esta tranquilidad no puede ser absoluta es evidente, pues difícilmente las naciones recobran la paz y la tranquilidad después de movimientos revolucionarios tan poderosos como el habido últimamente en Bolivia. Así no debe dársele mayor importancia a algunas conmociones políticas que puedan sobrevenir en el futuro inmediato. Yo estoy seguro de que los anhelos y las esperanzas de aquellos jóvenes que vertieron su sangre en las calles de La Paz y de otras ciudades de la República no serán defraudados.—RENÉ BALLIVIÁN CALDERÓN.

### «Nuevos retratos», por José María Salaverría

**P**ARA este vasco de alma insobornable sólo la muerte parece ser objeto de piedad y de ternura. Es muy difícil que hable bien de alguno de sus contemporáneos. En su anterior volumen de *Retratos* eran dos muertos los que parecían conmover sus entrañas espirituales: Darío de Regoyos, el pintor «humilde y errante» (el dictado le viene más que a Baroja, inventor de la fórmula), Francisco de Asís de la pintura que «se entregaba al divino oficio de cantar al campo con rimas de color» y Emilio Becher o «el genial fracasado» a quien Salaverría no niega, después de reconocerle todos los dones de la inteligencia y la delicadeza espiritual, ni siquiera la belleza física: «rubio, blanco, mirada azul, claridad de mancebo escandinavo».

¡Cómo sabe este hombre ser duro e implacable en sus pasiones! Cuando ama no olvida detalle que pueda enaltecer la persona amada. Pero cuando su inclinación sentimental se desvía

es terrible. Así, Unamuno parece haber sido una gran admiración de su iniciación intelectual. Casi puede hablarse del fervor proselitista del epígono o del discípulo. El desquite de la personalidad emancipada y rebelde no iba a dejarse esperar. El ídolo tomaba contornos de caricatura con una crueldad que no respetaba ni la misma vida ultraterrena ante la cual parece conmoverse nuestro irreductible escritor. Decía de Unamuno en sus *Retratos*:

El tono unamunESCO quiere decir: exaltación entre pueril e infernal de la personalidad, con exhibición de ésta a un grado de impudor sencillamente obsceno. Y después, como ampliación o consecuencia de lo anterior, un anhelo angustioso, patético, mezcla de lamento y de apóstrofe, del ser mortal y pasajero que se rebela a morir, no sólo como literatura, sino como carne. Luzbel y Narciso en una pieza. Tanto, que uno de los motivos que más lo sujetan a Unamuno al cristianismo es la categórica seguridad con que el cristianismo mantiene el dogma de la resurrección de la carne. Resucitar con sus barbas y todo, y vivir así eternamente en cualquier sitio del cielo o del infierno, tal es el sueño preferente de Unamuno.

Como en los casos de Darío de Regoyos y Emilio Becher ha extremado el retrato ideal, con Miguel de Unamuno ha exagerado los elementos grotescos y caricaturales hasta términos a que otro hombre no se hubiera atrevido a llegar. Pero esto no es todo. Un amigo de Unamuno salió en defensa del maestro, que estaba todavía en el destierro cuando lo victimaba la pluma tajante de su paisano Salaverría. La arremetida debe de haber sido violenta. Sólo así se explica el tono de la respuesta de Salaverría en su libro *Instantes*.

José Sánchez Rojas no es ningún mozalbete, ni creo que haya sido nunca lo que se llama joven. No obstante, el pobre hombre se aventuró a llamarme cincuentón y a decir que estoy enfermo. ¡Y lo decía esa piltrafa humana que todos ustedes han visto deslizarse por la calle como un pupilo vitalicio de San Juan de Dios!

Como se ve por este fragmento, los escritores se diferencian muy poco de los antropófagos. El triste negocio de la gloria los hace darse embestidas con una ferocidad de ogros que se suprimirían con júbilo después de suplicarse recíprocamente con furia vesánica. Se olvidan los más elementales respetos humanos en esta apresurada conquista de la clientela o de la inmortalidad. Nuestra época, sabia en el arte del reclamo, ha creado en este terreno sus víctimas, sus héroes y sus mártires.

En su nuevo libro (1) Salaverría vuelve a su táctica de estar

---

(1) *Nuevos Retratos*. Renacimiento, Madrid, 1930.

bien con los muertos y disparar voluptuosamente sobre los vivos, cuanto más empinados, mejor. Parece en él una necesidad fisiológica ensañarse contra todo lo alto y egregio. Hay ternura y firmeza en esa silueta de Pérez Galdós, el melancólico abuelo de España, «un hombre en un sillón» y hay una admiración leal y una amistad viril en las páginas dedicadas al poeta Ramón de Basterra, «la bella flor tronchada». Páginas todas muy nobles, muy hondas, muy íntimas. Pero, ¿por qué Salaverría no podrá vivir en paz con los vivos? Digamos en su honor que de esta vivisección inmisericorde no se escapa ni él mismo. En el capítulo final, que el autor titula *Salaverría más Salaverría*, recoge la opinión que de él tienen dos hermosas mujeres que cruzan la calle y los contertulios de un café que no siempre dicen cosas amables de la gente que les sirve de tema para librarse del aburrimiento y de «la soledad en compañía».

El autor de *La intimidación literaria* no defrauda a nadie cuando levanta el techo de la casa de sus contemporáneos. Lo leemos a sabiendas del material que nos va a dar. Lo leemos con agrado y, a ratos, con admiración. No vamos a hacer ridículos e sininceros aspavientos simulando un *vade retro* a sus asperezas y estridencias. No le tememos porque, leyéndolo, sabemos que estamos ante la verdad de un hombre. Sólo nos duele por momentos la agresividad elemental con que habla de sus compañeros de oficio. Pero hay en este hombre la tragedia de un escritor independiente y libre que, por conservar su solitaria fortaleza, se ha visto olvidado y postergado mientras otros, mediocres y serviles, triunfaban por el adulo interesado y el reclamo en espera siempre de reciprocidad y recompensa. No ignora Salaverría la frágil armazón de engaños y mentiras con que se ha levantado la república literaria, debilidades en que hasta los más grandes han caído, y conociendo todos los bastidores y entretelones de la farsa se ha resistido a participar en ella.

Por eso habla de sus contemporáneos desde la alta soberbia de su soledad. Pasa por sobre toda convencional hipocresía y sentencia con firmeza:

Si es verdad que se respetaban, cierto es también que no se querían mucho. Azorín estimaba a Baroja con fervorosa fidelidad, y ahí termina la historia de las simpatías. Maeztu tenía celos de Azorín y detestaba a Baroja; Baroja detestaba a Unamuno y hablaba mal de Maeztu, y Unamuno no quería a nadie, como de costumbre, pues bastante tenía con atender a su gigantesca estimación de sí mismo. Unamuno hablaba mal de Pérez Galdós, de Costa y de Ganivet. Deseaba, eso sí, que aquellos jóvenes escritores vascos se agruparan en torno a él y lo reconocieran como su jefe y maestro. Pretensión que en la costa del Mediterráneo hubiera podido parecer justa y natural, pero que pro-

puesta entre vascos resultaba ridícula. Baroja, desde luego, se burlaba de ella con su típica risa, cascajosa y trémula, bajo el lacio bigote rubio. (Págs. 61 y 62.)

He aquí a toda una generación en mangas de camisa. El autor tiene el heroísmo de recurrir a detalles que algún lector escrupuloso pudiera considerar de simple y vulgar chismografía. Pero no se arredra por su empresa hercúlea y sigue adelante en su análisis espectral. No hemos de reprochárselo nosotros que estamos leyendo su libro con una delicia mezclada de tristeza. Por ejemplo, este paralelo entre Azorín y Maeztu:

Baroja me señalaba la sorda rivalidad que entre Maeztu y Azorín existía, y no era difícil, sin duda, sorprender el antagonismo de los dos escritores que habían salido casi al mismo tiempo para correr la carrera de la gloria. Se adivinaba en Maeztu la fatiga o el desánimo del que comprende que ha escogido el lado más penoso; al contrario, Azorín daba la impresión del hombre que ha encontrado su camino, y que lo domina, y piensa seguirlo sin vacilación hasta el final, hasta morir.

Mientras Azorín se había refugiado en el artículo de periódico que puede luego trasladarse al libro, Maeztu hacía artículos que no son más que artículos. En uno se pronunciaba el literato; en otro el periodista. Para uno resultaba una diversión y una voluptuosidad su literatura vaga y amena, y para el otro un sufrimiento su periodismo trascendente. Azorín leía con placer y vertía sus lecturas en sus artículos sin aparente esfuerzo intelectual; en tanto Maeztu leía con angustia y escribía con un enorme gasto de talento. A Maeztu le solicitaban los temas candentes y un poco ambiciosos de sociología, economía y política universal, tanto como a Azorín sólo le atraían los temas puramente literarios. De donde resultaba que el público de Maeztu se componía de ingenieros, industriales, burguesía ilustrada, o sea, del público que no ayuda a hacer la reputación de un literato, principalmente en España; el público de Azorín lo componían los literatos y los que desean serlo, gente encargada de construir el renombre. Azorín cautivaba a los profesionales de las letras con sus artificios, sus sonsonetes, sus tretas, tranquillos, amaneramientos y mañas, y a esto se añadía el aire irónico, tomado directamente de Sterne, que terminaba por colmar el encantamiento. Como en aquel tiempo no había escritores humoristas de mediana talla, Azorín llenaba con su humorismo sterniano esa necesidad de chiste, de burla, de risa, que el público de todas las épocas siente. Me contaba Baroja que Maeztu y Azorín llegaron una vez a pegarse de bofetadas. (Págs. 62 y 63.)

He aquí una afirmación bien contundente de la propia personalidad que habrían de protagonizar los que andando el tiempo llegarían a ser el pulcro académico y maestro de la sensibilidad española y el teórico y diplomático de la dictadura de Primo de Rivera. Cuando el autor no está seguro de la autenticidad de lo que dice invoca testimonios ilustres: «Me contaba Baroja. . . .» Quede a otros la tarea de discutir hasta dónde es lícito el procedimiento.

Otra caricatura de Unamuno:

Los necios del filisteísmo parodiaban su manera de escribir para hacer chacota. Una vez, en un diario de Valencia, Rodrigo Soriano publicó un artículo macarrónico, voluntariamente oscuro, y le puso al pie la firma de Unamuno. Si bien más tarde se deshizo el burdo error, Rodrigo Soriano quedó muy satisfecho, puesto que sólo se trataba de reírse a costa del para ellos estrambótico profesor de griego en Salamanca. (Pág. 73.)

Años más tarde Unamuno y Soriano habían de partir juntos al destierro en Fuerteventura. Los recuerdos y alusiones de Salaverría tocan al alma de sus retratados.

Unamuno y Maeztu:

Unamuno predicaba a todos los vientos la necesidad de una vigorización ética y religiosa que levantase y regenerase el alma de los españoles, y Maeztu, que en gran parte era el eco o el émulo de Unamuno, repetía esto mismo con otro lenguaje y más atropelladamente. (Pág. 81.)

Años más tarde una carta de Unamuno lo llevaba al destierro. Maeztu atravesaba el mar para servir una embajada del nuevo régimen.

El balance de la generación (la generación del 98 cuya existencia, por lo demás, ha negado Baroja en una famosa conferencia):

¿Y de qué se quejan, después de todo? ¿No se ha vuelto Valle Inclán revolucionario en su vejez? ¿No tienen allí a Unamuno, situado en una fiera actitud victorhuguesa, dispuesto a victimar a todos los reyes y tiranos? Y aun muy tibiamente, ¿no sigue Baroja injuriando a los curas todavía? Es cierto que Azorín ha recorrido todas las estaciones o estancias de la claudicación; pero él era así ya desde joven y, en realidad no ha engañado a nadie. Es verdad que Manuel Bueno ha corrido grandes aventuras políticas; pero desde el principio confesó que él no estaba dispuesto a esgrimir su pluma inútilmente, y tampoco ha defraudado a nadie; queda, pues, el caso Maeztu. (Pág. 94.)

Antes nos ha dicho de Manuel Bueno:

...abandonó en seguida a sus compañeros desafortunados y demasiado ascéticos, y se lanzó por las vías oscuras que conducen, tratándose de hombres listos, a la conquista del dinero, los empleos y las actas de diputado. Su vocación literaria juvenil se marchitó entonces, y en todo el resto de su vida ha demostrado que no cree mucho en la gloria literaria y que no vale la pena de usar la pluma en esfuerzos platónicos y para el servicio y el contentamiento de los demás. (Págs. 72 y 73.)

El retrato es demasiado vivo y explora regiones oscuras de la intimidad humana.

Y de Azorín:

La naturaleza pasajera, revoloteante y escéptica de Azorín supo aprovechar la moral de Nietzsche, en su sentido de transformación de todos los valores

éticos consagrados, para saltar del incoherente anarquismo de los primeros tiempos a una situación conservadora oficial, nada menos que a panegirista de Antonio Maura, tenido entonces por el político más reaccionario y ominoso. (Págs. 71 y 72.)

### Y luego la amistad paradójal entre Baroja y Azorín:

Desde aquel día no ha cesado Azorín de tributarle a Baroja una adhesión admirativa, una amistad leal a prueba de todos los desvíos y egoísmos en que abunda algo excesivamente el notable novelista. Desde entonces, en una inquebrantable subordinación cordial y espiritual, Azorín ha vivido como pegado a la personalidad original y a la inteligencia arbitraria y penetrante de Baroja. (Pág. 71.)

### Y luego Azorín, Baroja y el parlamento:

En esto de las divagaciones paradójales era único Baroja, y en exprimir el zumo agrio de todas las desesperanzas. El Parlamento era lo que más se ridiculizaba en el círculo de atracción de Baroja. A los pocos años Azorín entraba en el Parlamento como el pez debe de entrar en el agua, y Baroja ha deseado y envidiado toda su vida el derecho a sentarse en un escaño del Congreso. (Pág. 96.)

De paso, una festiva alusión a Pompeyo Gener a quien, en esta ocasión, de nada le sirvió estar muerto:

¿Y aquel Pompeyo Gener, a quien sus provincianos tenían en observación, no decididos del todo a reconocerle de una vez la categoría de genio? ¿No llegó a decir en uno de sus libros que la inferioridad de Castilla con relación a Cataluña dimanaba de que el castellano se alimenta de garbanzos que es comida indigesta y embrutecedora, mientras el catalán se nutre de alubias? (Pág. 85.)

### La paletada final:

Los hombres del 98, semejantes también en esto a los románticos, aparecieron con una personalidad muy acusada. Tímidos, débiles y torpes como se comportaron, era por el carácter, sin embargo, por lo que destacaban. En algunos de ellos, en los mejores de ellos, el hombre superaba la obra. Este es el caso de Baroja. Y es, sobre todo, el caso de Unamuno, el cual, desde el principio, ha puesto por delante su personalidad y ha ido pronunciándola, afirmándola en gestos y actitudes, a tal punto que Unamuno puede decirse que es el caso representativo de la victoria de la personalidad como tal personalidad, esto es, sin pedir ayuda a la obra. (Pág. 98.)

Como una compensación al balance un poco sombrío de la generación recién pasada, Salaverría reserva parte de su amabilidad y su simpatía a Ramón Gómez de la Serna que es indistintamente «el que trajo las gallinas», «clown y administrador» y «el déspota del café de Pombo». Celebra paternalmente



las gracias de Ramón pero no deja de reconocer que termina cansando, «víctima de su infatigable administración propagandista y de su literatura torrencial». Donde toma Salaverría un desquite proporcionado a su pasión combatiente es en los literatos que, sin mayor sustancia espiritual, se han dedicado a correr la peligrosa carrera de las novedades. Los que, más que lo bello, buscan lo nuevo por ser nuevo y nada más que nuevo. (Al menos así se lo imaginan ellos. Porque muchas de las novedades que adoran en su ignorancia fervorosa son modas antiguas resucitadas o invención de fumistas desaprensivos.) Al estudiar este aspecto de las modernas tendencias artísticas en su ensayo consagrado a Ramón, como al tratarlo en forma más amplia y general en su *Teoría del adorno*, nos parece, a pesar de sus exageraciones evidentes, certero y definitivo. En este sentido, su libro está lleno de verdades saludables. Como él recuerda en alguna página, sus divagaciones sobre el arte y la época pueden resumirse en estas palabras que le decía Pérez Galdós:

«Hoy no se sabe componer y construir la obra literaria con el método y la paciencia con que se levanta una obra de arquitectura.»

Vivimos atropelladamente y acaso la simple información mate el ocio elegante de la creación estética o la orgía ideal de la especulación filosófica.

Roza el libro de Salaverría muchas de mis íntimas simpatías y deja caer más de un sarcasmo sobre hombres y convicciones que me son caros. No he de cometer por ello la deslealtad de negar los méritos que lo acreditan como una de las obras más importantes de la literatura española de nuestro tiempo. Este tiempo que tiene en Salaverría un impugnador tan acerbo.—  
ROBERTO MEZA FUENTES.

## Crónica de espectáculos

MAURICE CHEVALIER Y AL JOLSON.

**E**L cine sonoro ha proporcionado al público de Santiago la oportunidad de conocer a los dos más grandes *chansoniers* del mundo: Chevalier y Jolson. El primero de ellos no ha logrado, entre nosotros, un éxito tan rotundo como el segundo. Su creación en *Inocentes de París* no consiguió más que agradar, mientras *El loco*

*cantor* ha apasionado los ánimos y ha conmovido a miles de espectadores.

En ambos *films* no existen otros valores que los musicales, y éstos, en virtud de la presentación de los célebres cantantes. Sus argumentos se reducen a la vulgarísima relación del enamorado humilde que conquista esposa de posición y de fortuna, a fuerza de genio, en el uno; y a la eterna historia del marido engañado y de *Pagliacci*, en el otro. La presentación y la fotografía no pasan, en ambos, más allá de lo corriente. En éstas, como en casi todas las producciones sonoras, el éxito reside en la popularidad y capacidad de los protagonistas.

Maurice Chevalier, encarnación actual del humorismo francés, no necesita de grandes elementos para atraerse la simpatía del público y la admiración de cierta clase de espectadores. Sin poseer una gran voz, canta con tal afinación, de un modo tan medido y subrayando la expresión de la melodía con tal sobriedad de mímica, que da de inmediato sensación de calidad. Tiene chispa natural; comunica vida a las canciones, por medio de matices inimitables. Y aplica esta agudeza espiritual a la representación; en uno de los cuadros, con un niño pequeño, un gorro de papel y una mueca, compone una admirable caricatura de Napoleón; luego en su *flirt* con Luisa, ofrece detalles sugerentes de gran elegancia, y muestra una soltura mundana, una seguridad de sí mismo y una fineza admirables, al pronunciar su simpático discurso, ante el público del teatro en que debuta, en la última escena de la película. Su acción está llena de sugerencias, de matices, de observaciones apenas apuntadas. Insinúa su estado de ánimo, sin llegar jamás a la tragicomedia, ni exagerar la nota humorística.

Al Jolson, en cambio, posee una voz potente y bien timbrada, que maneja con maestría; pero prepara la situación, con ayuda del argumento, para impresionar con ella al público, hasta llegar a enternecerlo. Es el desarrollo de la historia en que participa lo que comunica emotividad a las canciones, y no su modo de ejecutarlas. Además, no sabe como Chevalier quedarse en el justo límite; muestra una tendencia funesta al melodrama y a lo grotesco. Familiarizado con el *charleston* y con ese humorismo un poco grueso que seduce al público norteamericano, anima el baile, en un *cabaret*, dirigiendo cuchufletas a las parejas, zapateando y haciendo contorsiones de dudoso gusto. El *leit motiv* de la película en que actúa consiste en la canción *Sonny Boy*, que Jolson canta con impecable justeza, pero sin comunicarle emoción; ella llega a impresionar al público solamente cuando en el ánimo de éste se asocia la melodía a la

tragedia familiar que sufre el protagonista. Sin el abandono de su mujer, sin la muerte de su hijo, el actor no lograría emocionar en el último acto. Mientras este transcurre, los espectadores siguen con la imaginación el argumento de la película; se impresionan con la situación y no con la música de *Sonny Boy*; cada uno de los sollozos de Jolson transporta al público fuera del escenario, al hogar. El éxito del cantante, no reside entonces en su maestría, en la emotividad que comunica a la melodía, sino en la oportunidad con que halaga el lugar común sentimental, con que despierta los sentimientos de ternura, las emociones burguesas de la mayoría.

Maurice Chevalier se independiza, casi en absoluto, de las aficiones del vulgo. Se presenta con su propia creación, a la manera suya, prescindiendo, hasta donde es posible hacerlo, de los detalles comunes que aseguran el éxito de la industria cinematográfica. Su trabajo está impregnado de su propia personalidad. Se diría que Chevalier no interpreta un personaje, sino que vive en la pantalla. Por eso su producción no ha alcanzado el éxito de *El loco cantor*; porque exige cierta calidad espiritual, por medio de insinuaciones que no todo el mundo acoge, de matices que pocos perciben.

El público está compuesto, en su mayoría, por gentes de sentimientos primarios, de vida sencilla, de pensamientos burgueses, de poca capacidad artística. Estas gentes ven pasar, en la película interpretada por Al Jolson, sus propios afectos, y, al reconocerlos, se conmueven. Los afanes hogareños provocan en ellas reminiscencias interiores. En cambio, *Inocentes de París* les habla con un vocabulario de frivolidad elegante que el vulgo no conoce, no ha usado nunca y no puede entender.

En otras oportunidades hemos destacado la labor de frivoliación que realiza el cine sonoro. Este es un mal que no tiene remedio, al parecer. Pero atendida la misión educativa del cine, y ese *mínimum* de calidad artística que es dable exigirle, no vacilamos en pronunciarnos en favor de Chevalier y de la labor que realiza, al compararla con la de Al Jolson. Aquel se nos impone con un modo personal, adoptando una actitud espiritual, que hoy es inaccesible a la mayoría, pero que puede tener influencia benéfica sobre esta. El *chansonier* norteamericano procura que las canciones vayan reforzadas por el argumento; se dirige al melodrama, se sitúa al principio del funesto camino que en el teatro siguió don José Echegaray. Por este camino volveremos al dramón truculento. Mientras que Chevalier, con su elegancia, su refinamiento, su humorismo superficial, sus insinuaciones emotivas, puede conducirnos a la esfera del arte.

—A L F A.

## NOTAS Y DOCUMENTOS

### Actividades Universitarias

#### DEPARTAMENTO DE EXTENSIÓN

En lo que va corrido del presente año las actividades del Departamento de Extensión de la Universidad de Concepción se han desarrollado con gran intensidad, como lo prueba el número de las conferencias auspiciadas por el Departamento, a cargo de conocidos intelectuales nacionales y extranjeros. He aquí la lista de las conferencias pronunciadas, con indicación de los días en que se efectuaron:

Don Eugenio Orrego Vicuña: jueves 15 de Mayo. Conferencia sobre el escritor peruano José Carlos Mariátegui. Don Ricardo Latcham: Viernes 16 de Mayo. Conferencia sobre «El sentido de la literatura chilena». Lunes 19 de Mayo: «Maquiavelo y el maquiavelismo» (1).

(1) Se comenzó a publicar en el número anterior de *Atenea* con el título de *Interpretación de Maquiavelo*, y se termina en éste.

Don Guillermo Plishta: Jueves 5 de Junio. Conferencia sobre «Excursiones por el Chaco argentino y paraguay y por la Patagonia argentina y chilena». El padre José A. Laburu: Lunes 30 de Junio. Conferencia sobre «Psicología del carácter». Martes 30 de Junio. Segunda conferencia sobre el mismo tema. Don Adolfo Ferrière: Viernes 4 de Julio. Conferencia sobre «Psicología Genética». Sábado 5 de Julio. Sobre «Los tipos psicológicos». Lunes 7 de Julio. Sobre «Los centros de interés en la escuela nueva». Martes 8 de Julio. Sobre «La preparación de los maestros y la reforma escolar».

\* \* \*

En el resto del año será proseguida esta actividad de extensión, y el efecto se han dado ya los pasos necesarios para que en la tribuna de la Universidad se pronuncien otras conferencias de interés.

# LOS LIBROS

## CRITICA

MOTIVOS Y LETRAS DE ESPAÑA, por  
*Rufino Blanco Fombona.*

Rufino Blanco Fombona es un escritor que llama al pan, pan y Juan Bisonte a Juan Vicente Gómez. Viendo desenvolverse en toda su desnudez el espectáculo violento y explosivo que es su vida y su obra, más de un europeo amigo de las generalizaciones ha diagnosticado sobre los odios y pasiones tribales que a los americanos del sur parecen dividirnos.

Blanco Fombona es un americano blanco y culto. El mismo, en más de una ocasión, y en tono altisonante, ha subrayado el color de su cara que, según un escritor peruano, no es el color de su alma. De su cultura habla su vasta obra de publicista y editor que ha penetrado en todas las provincias de la república literaria. Reconocer esto, que es un hecho, no

significa que participemos de la exageración sudamericana de considerarlo candidato continental al Premio Nobel. Aspiración en la que no sólo participaron escritores que, en mala hora, pensaron que la honra del continente pudiera estar ligada a ese o a cualquier otro premio o recompensa sino gobernantes de la talla de don Augusto B. Leguía por quien Blanco Fombona no oculta su admiración.

En una entrevista que precede a su último libro (1) nos dirá:

Sí; lo prefiero a los demás. Porque Leguía es un hombre inteligente, un héroe civil y no un carnicero vulgar. La conclusión del pleito de fronteras con Chile es un servicio a la paz, a la civilización y a América. Acabo de leer algo precisamente sobre el Perú. Los progresos que ha hecho ese país bajo el presidente Leguía son asombrosos. Aunque yo no crea que el progreso pueda reemplazar a la

---

(1) *Motivos y Letras de España.* Renacimiento. Madrid, 1930.

libertad. Pero lo dicho: me quedo con don Augusto. (Pág. 15.)

Curioso y dúctil criterio: Blanco Fombona nos habla como lo haría cualquier gubernamentalista de cualquiera de nuestras tristes repúblicas de Hispano-América. Lo que él, siempre tan enhiesto y agresivo, llama en su lenguaje pintoresco y detonante «estómagos agradecidos a la dictadura».

Se adelanta Blanco Fombona a una posible objeción de cálculo frío o interesado:

No; el que diera su nombre para pedir en obsequio mío el premio Nobel de literatura no es lo que me mueve a decir esto. Lo digo porque lo creo justo. (Ibidem.)

Con lo que remacha la paradoja de esta admiración política incomprendible en un hombre de sus arresos y alardes. Porque si no ¿cómo justificar sus denuestos e imprecaciones, clásicos ya en el lenguaje de panfletarios y libelistas, al tirano de su patria? ¿No siente acaso Blanco Fombona el nacionalismo continental?

Aparte de que ese amor por un premio literario de resonancia universal no prestigia mucho la verdadera estimación del hombre, lo que llamaba Benavente «la propia estimación». Porque no son los premios los que enaltecen a los hombres sino los hombres los que enaltecen a los premios. Y si no ¿qué ha hecho el Premio Nobel sino desprestigiarse cuando, al amparo de influencias políticas o sociales, ha venido a caer,

como una lotería, en manos de una honorable mediocridad?

Son debilidades y claudicaciones de la vida literaria en que incurren hasta los caracteres que nos parecen más firmes y mejor dispuestos para afrontar la lucha. Porque está bien que el autor aspire al renombre. El hecho mismo de que firme sus escritos significa que desea irradiar de entre la masa anónima y grabar el sello de su personalidad en la mente y el corazón de sus contemporáneos. Si es más ambicioso, de la noble ambición, aspirará a hablar al futuro. Pero de allí a transformarse en el esclavo servil de su propia personalidad, a organizar agencias de endiosamiento recíproco o de autoendiosamiento, hay la misma distancia que entre la honradez, que es virtud de interior, y su caricatura, la hipocresía, que se alimenta de apariencias.

Pero en medio de este concierto de contradicciones y cosas inexplicables hay a veces notas dignas de un asentimiento muy cordial y muy sincero. El hombre se nos aparece al desnudo y muestra su pecho combativo y combatiente mecido por la pasión como un océano en hervor tempestuoso. El hombre es atrevido, audaz, pendenciero pero sabe afrontar las consecuencias de su temperamento impulsivo y quijotesco. Siempre las multitudes, histéricas y femeninas, han adorado a estos hombres que las seducen con gesticulaciones tribunicias y ademanes deportivos y atléticos. «Este es un hombre», dicen, y confunden la hombría con las manifestaciones primarias del matonismo incivil y troglodítico.

Pero a Blanco Fombona no ha de juzgársele en función de multitud sino como hombre de letras, como hombre de pensamiento. Lo que ya es decir como hombre de selección y aristocracia.

Nacido en una de nuestras democracias en formación le tocó a Blanco Fombona participar en uno de los episodios turbulentos de la vida política de su país. El mismo nos ha contado algo de esto en el *Diario de mi vida*. Siguiendo la trayectoria de su obra se puede hacer todo un diagnóstico de la violencia como elemento primordial en el escritor sudamericano. Acaso la literatura viene a ser el desahogo del fracaso en la vida, la defensa del débil contra la imposición de la fuerza. Porque este hombre, hasta cuando ama, insulta. No puede borrar de su corazón las horas negras pasadas a merced de oscuros sayones. En las primeras páginas de su *Diario* hay una dramática confesión de fracaso y de desesperanza en pleno otoño de la vida, cuando se ha anhelado ser César y se ha llegado a nada. No se pueden leer esas líneas sin sentirse recorrido de un temblor íntimo y cordial. En otros países el escritor se dedicaría a escribir y sentiría cumplida su misión. En los países de nuestra América, cuando tiene conciencia cívica, se siente traidor de sí mismo y de su patria si no colabora con sus ideas y sugerencias en la vida nacional. Fatalmente, tiene que chocar con la realidad ambiente y, como supremo argumento, se abren para él las puertas de la prisión o del destierro.

Hay mucho de esto en la vida de Blanco Fombona y ello no puede sino

acercarnos a su espíritu. Por eso es tajante y definitivo en sus opiniones.

Esos cazadores de novedades que ahorcan un mosquito con un rayo de luna no son poetas, son majaderos ociosos. Para curarlos, más fútbol, buenas caminatas y frecuentes fricciones de mujer. Eso basta. Pero no estaría de más algún deber imperioso: la necesidad de sostener una familia. (Pág. 170.)

He aquí un remedio radical para curar a la poesía de malabarismos ingeniosos que son puro bizantinismo y decadencia. Pero olvida Blanco Fombona, autor de un animado libro sobre el modernismo y modernista él mismo en su hora, que en tales exageraciones han incurrido todas las escuelas y todas las tendencias que han debido empezar su obra a bofetadas con la rutina y el lugar común. Sin aceptar lo que los jóvenes realizan se puede simpatizar con su gesto liberador. Lo demás parece revelar un comienzo de momificación y aptitud dogmática. Y Dios nos libre de ver convertidos en *dómines* a los escritores libres y hasta libérrimos. Sería la repetición del caso de los demagogos que, arribados al poder, se transforman en el azote de los mismos a quienes ellos estimularon en sus audacias y hasta en sus desmanes.

Mucho tiene Blanco Fombona de dictatorial y hasta de tiránico. Lo que no obsta para que, en páginas de recia y densa prosa, clame contra la dictadura de Primo de Rivera que sometía a una censura infamante los escritos de las más preclaras mentes

españolas. O para que, todo pasión y fuego continental, hierva contra los hechos de los yanquis en la América Española y tiemble por el futuro de nuestra tierra que en tiempo de Darío hablaba en español.

El escritor que no está de acuerdo con él o que no admira incondicionalmente sus talentos literarios ha de ser por la fuerza imbécil, degenerado, cretino, mulato, plagiario o cornudo. Hasta cuando quiere elogiar dice una palabra áspera y estridente para la figura que debe enaltecer. Así, en el muy justiciero estudio que dedica a don Enrique Díez Canedo dirá, después de comparar al poeta con Valencia, con D'Annunzio y con Carducci:

Ya estoy oyendo las carcajadas y las voces de la crítica de corrillo:

Este hombre absurdo comparaba al desgraciado Díez-Canedo con Valencia, con D'Annunzio, con Carducci.

Ni Díez-Canedo merece adjetivos que no sean de respeto ni yo lo comparo con nadie. Digo y repito que la *Oda a la Cibele*, momento muy feliz de su inspiración y de su técnica, soporta el parangón con obras similares de culminantes poetas. (Pág. 166.)

Es un elogio, pero un triste elogio con sus reticencias y sus alusiones irrespetuosas puestas en boca ajena.

Más adelante nos ha de sorprender con un chiste de pésimo gusto para un capítulo que pretende pasar como la crítica de un poeta y que, desde el título, lleva envuelto el carácter de una reparación generosa y espontánea.

Dice de la poesía de Díez Canedo:

Atenea.—8

El sentimiento, hemos convenido, no se transparenta en sus versos. Sin embargo, allí está: se adivina por detalles, como se adivina la seducción del rostro de una mujer bajo inexpresivo antifaz.

Así en *La vida clara*, que no debemos confundir con la vida cara. (Ibidem.)

Es una manera bien original de entender la lealtad con la obra poética de un compañero cuyo elogio se está haciendo.

Pero no sigamos sorprendiéndonos. De iguales y mayores incoherencias está llena la obra de Blanco Fombona. Pero, a pesar de todo, el hombre y el escritor nos interesan. Aunque no pueda con sus estridencias y demostraciones de fuerza más o menos espectaculares llegar a conmover nuestra sensibilidad admiramos la pasión que pone en sus amores y en sus odios, pasión que sería un instrumento maravilloso si la viéramos al servicio de algo más alto que la inmoderada idea de sí mismo que consume trágicamente la existencia frenética de este escritor.—*Roberto Meza Fuentes.*

LETRAS FRANCESAS Y PAROLES ARGENTINES, por *Juan Pablo Echagüe.*

El último viaje a Francia de Juan Pablo Echagüe ha sido fecundo. Es un argentino que siente la emoción de la latinidad y que mira hacia París con devoción casi mística. Y al mismo tiempo siente la pasión de su tierra y de su Buenos Aires que es para él la segunda capital latina.



Y si en Francia habla generosamente de su patria argentina en Buenos Aires hablará con fervor de las letras francesas. Ambos libros (1) son contemporáneos y habrá que juzgarlos juntos. Así veremos desde un prisma más completo la personalidad de su autor.

Juan Pablo Echagüe está ligado a un capítulo memorable de la cultura argentina: el de la evolución de su teatro. Su apasionado prologuista cita para fundamentar esta sencilla y evidente opinión y establecer un ambicioso paralelo con Lessing tres nombres europeos: Pierre Laserre, Gustave Lanson y Max Nordau. Lo que nos parece un desatino evidente. Porque tales hombres, preocupados de sus propios problemas, no tienen ninguna autoridad para juzgar los nuestros. Debe algún día terminar la pueril manía sudamericana de buscar para nuestras obras consagraciones europeas. Al escritor de Europa le interesa América como mercado de sus libros. Por eso, cuando opina sobre nuestras obras sus juicios no tienen otra misión que la de la avanzada diplomática que explora y tiende redes. Gustave Lanson, con una vida entera consagrada al estudio y enseñanza de las letras francesas; Pierre Laserre, preocupado de desentrañar la esencia de escuelas y autores europeos; Max Nordau, entregado a su múltiple labor vulgarizadora y demoledora ¿iban a tener tiempo e interés por seguir la evolución de la escena argentina y pre-

(1) *Letras francesas*. M. Gleizer, Buenos Aires, 1930.

*Paroles argentines*. Le Livre Libre, París, 1930.

ocuparse del papel que en ella correspondía al crítico Juan Pablo Echagüe? Sus frases habrán de interpretarse como mera cortesía internacional o como signo inteligente de estrategia literaria para conquistar clientela y admiración recíproca. Ya es la hora de romper con estas viejas mentiras convencionales. Más de un viajero me ha contado sus hallazgos memorables en las librerías de viejo de España y de Francia. Allí de los libros vendidos en lote por las celebridades literarias en que una multitud sudamericana ávida de gloria desahoga su admiración fervorosa al «querido maestro» que vende los libros al peso sin tomarse siquiera la molestia, o la precaución, de abrirlos.

No vamos a discutir las ventajas de todo orden de las vinculaciones literarias. Pero, para aceptarlas, hemos de asegurarlas sobre una base de sinceridad y de honradez. No dejarnos embriagar por las hipérboles epistolares que muchas veces ruborizarían a quienes las escriben si sospecharan que, alguna vez, sus cartas iban a ser publicadas. Conozco más de una celebridad literaria edificada en parte no desdeñable en la admiración que derramó a raudales en cuanta obra grande, mediocre o pequeña llegó a sus manos con una dedicatoria amable. Así hizo el negocio de su reputación y lo administró con la conciencia de un honrado tesorero de una sociedad de socorros mutuos.

No digo que sea este el caso de Juan Pablo Echagüe. Hay en su obra valores sustantivos que harían irrespetuosa o inoportuna una pre-

sunción o hipótesis en tal sentido. Pero hay en su claro talento la ingenua ilusión de creer en la celebridad europea del modesto escritor sudamericano. Por eso buena parte de su obra está consagrada a la propaganda recíproca de Francia en Argentina y de Argentina en Francia. Hay que agradecerle este interés generoso cuando de él nacen libros como los suyos en los que una claridad armoniosa preside en la serena y precisa ordenación de las ideas. Pero es nuestra opinión la de que al europeo, más que con propagandas, hay que conquistarlo con obras. El caso de Ricardo Güiraldes. Muerto el autor, la obra se traduce a varios idiomas europeos. Hemos acaso saturado el ambiente con nuestra propaganda y, cuando ha llegado la hora de las obras, nos hemos presentado en paños menores.

No vamos a reprochar a Echagüe su pasión de las cosas de Francia que lo ha llevado a transformar en Jean Paul, traducción francesa de su nombre de pila, su nombre literario. Sentimos también la atracción de la cultura francesa. Hemos leído sus poetas, estudiado sus filósofos, admirado sus críticos de sentido sutil y penetrante. Pero no creemos que, para el aprendizaje de la cultura que realizan nuestras jóvenes naciones, haya que rendirse en la actitud del discípulo apasionado que entrega su pueblo a un magisterio único. Nuestra falta de tradición es una ventaja que nos permite asimilar de todas las culturas conocidas los elementos necesarios a nuestro desarrollo material y espiritual. Así formaremos alguna vez nuestra cultura original

y propia. Pero urge darnos cuenta desde luego de que América existe. Y si es necesario una dosis de heroísmo para entrar en un terreno todavía virgen y selvático hemos de apelar a ella si queremos conocer nuestros problemas que es conocernos a nosotros mismos. Tomemos del europeo el método, la claridad, el orden para llegar al descubrimiento de nuestra intimidad. No podemos renegar de la cultura latina, ni de ninguna cultura, pero tampoco debemos aparecer como los corifeos de un partido en pugna con una fracción antagónica que trata de imponer otra influencia europea. Porque si atribuimos al francés la claridad y la elegancia no hemos de negar al alemán la solidez y la profundidad. Y el ideal nuestro no ha de ser formar partidos beligerantes entre quienes quieren el imperio de la claridad y entre los que, afanosos, buscan en la sombra el camino de los grandes problemas. ¿Qué perdería la profundidad con claridad y por qué habríamos de desdeñar la elegancia aplicada a las severas construcciones de la ciencia y la filosofía?

Buena parte de la obra de Juan Pablo Echagüe tiene un significado político. El gobierno francés le ha concedido la Legión de Honor. Homenaje, por lo demás, muy merecido por este diplomático de las letras. Pero desde el punto de vista literario en que quisiéramos colocarnos es un homenaje que restringe la libertad del escritor, que liga su acción y su obra a un gobierno o a una patria extranjeros. Y en un escritor de ideas, aunque sea de simples ideas literarias, como es Juan Pablo Echagüe

aspiramos los lectores a un máximo de libertad en la expresión del pensamiento.

No nos traiciona por ahora Echagüe en esta pretensión y se lo agradecemos. Porque este caballero de una orden que subsiste aun en una República democrática y parlamentaria dedica las mejores páginas de sus *Letras Francesas* al examen de los autores monárquicos y anti-parlamentarios. Adopta Jean Paul el tono mesurado y digno de la exposición. Pero en estas transcripciones del pensamiento ajeno se siente, sin duda, latir el corazón de sus propias preferencias. Es un latido muy *Action Française*. No hemos por ello de negarle nuestra atención ya que no lo podemos acompañar con nuestra simpatía.

Con todo, más que el examen de las letras francesas, ha de interesarnos en el libro de Echagüe un capítulo que es de historia argentina y americana. El destinado a investigar los orígenes de la famosa frase de Sarmiento al partir al ostracismo: «Salvajes, las ideas no se degüellan». El pretexto del ex-ministro de Napoleón III sirve para que el escritor argentino trace una figura colorida y viviente de su ilustre paisano. Sentimos alentar a Sarmiento en esas páginas, rígido en su uniforme de general, escuchando dificultosamente el discurso que le dice en San Juan, su pueblo nativo, un niño de la escuela. El general no puede reprimirse y, cuando al término del discurso, alza al niño en sus brazos para besarlo en la frente una lágrima de fuego quema sus mejillas flácidas. Hay que completar este capítulo con

el que el mismo Echagüe consagra en *Paroles argentines* a la obra literaria de Sarmiento. Es, sin duda, el núcleo del libro. El resto, formado por artículos circunstanciales, prólogos y un discurso de agradecimiento, no es de gran valor. Pero en el capítulo de Sarmiento encontraremos estudiados a fondo los orígenes psicológicos de *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia* y, con una competencia que sería difícil igualar en escritor de nuestra América, la labor del autor de *Facundo* como crítico teatral.

En este terreno nos parece Echagüe en lo suyo. Mucho más que cuando se extasía leyendo o escuchando de los propios labios de los autores franceses los eternos tópicos sobre la cultura gala y el salvajismo germánico. Resultan anacrónicas en el libro de Echagüe consagrado a las letras de Francia algunas páginas que le envidiaría el más recalcitrante de los *chauvinistas* que no se da cuenta todavía de que el esfuerzo de los hombres de buena voluntad converge hacia la organización de la paz edificada gracias al sacrificio heroico de un previo desarme espiritual. Podrá argüirse que Echagüe glosa pensamientos ajenos. Es verdad, pero lo hace con la tensión máxima del estilo propio.

Muy sumario el capítulo de *Paroles argentines* consagrado a Grousac, el erudito y apasionado escritor franco-argentino. Peca el artículo por su origen precipitado y periodístico. Echagüe hubiera hecho un positivo servicio a nue tras letras americanas si, al recogerlo en libro, lo hubiera ampliado y completado. Tiene Grous-

sac en la Argentina el prestigio de un maestro y bien merece que un escritor de la importancia de Echagüe le consagre algo más que una diplomática presentación ante el público de su patria de origen. Que sepamos, nadie ha emprendido en la Argentina ese estudio de conjunto de la obra de Groussac tan discutida y polifacética y acaso Echagüe, que tan bellas páginas ha escrito sobre Sarmiento, pudiera darnos una síntesis del pensamiento de Groussac. Este hombre fué duro y severo para combatir lo que él consideró el error y la mentira pero, a despecho de las heridas transitorias que en más de una parte puede haber ocasionado su ardor polémico, hay que reconocer en él un amor muy sincero y profundo por esta América de cuya cultura fué un obrero abnegado y sin descanso.

Exhuma Echagüe las crónicas de Sarmiento en *El Mercurio* de Valparaíso y sigue a través de ellas la trayectoria de su pensamiento combatiente y tajante. Este hombre pensaba y sentía con toda el alma. Su crítica teatral es la proyección apasionada de sus convicciones políticas. Aspira a la máxima libertad y a la verdad definitiva. No admite en ello transigencia alguna. Le falta acaso ductilidad y amplitud para la verdad del adversario. Más que la especulación le interesa realizar, hacer de la palabra el instrumento y comentario de la acción. Por eso el mismo no concede en su literatura mayor importancia a los elementos formales. Quiere llegar derechamente a su fin como la saeta a su blanco. Le falta un poco de duda y de excep-

ticismo. Y por eso es cruel, implacable, tremendo. No da ni pide cuartel.

Todo esto nos lleva lógicamente a decir que sus ideas estéticas estaban subordinadas a sus ideas morales. Veía en el teatro una tribuna de resonancia y se daba cuenta genialmente de su proyección social innumerable. Sin desconocer las reglas clásicas fué el impetuoso abanderado romántico. Para pueblos jóvenes como los nuestros más que escribir bien el problema era sembrar y difundir ideas que contribuyeran al adelantamiento de la sociedad. Desde este punto de vista Sarmiento enfoca su crítica con su estilo vigoroso y polémico.

Para Echagüe, la crítica teatral de Sarmiento removi6 en el grande hombre no sólo sus ideas estéticas sino que también los rincones más íntimos de su vida privada. Fué a raíz de una crónica dramática que se encendió la hoguera. Sarmiento ardió en una indignación fecunda. De ella nacieron *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia*. Acorralado y herido, escribe con sangre. De su dolor sale su libro buscando compensación en la ternura del recuerdo de los días filiales. El demoledor de prejuicios vuelve la mirada al pasado y sueña en su terruño, en su madre, en sus maestros, en los amigos de su infancia. Pisando, aunque idealmente, la tierra de sus amores y sus sufrimientos su fe se sentía robustecida y su ardor reclamaba su puesto en el combate. Porque la vida de Sarmiento en Chile fué una batalla permanente.

Se daba cuenta de que su pensamiento contrastaba con violencia con

el medio en que vivía. No le importaba. O, más bien, le importaba porque quería la guerra. Guerra ideológica, apasionada y sin miramientos, destemplada y colérica en que los artículos se entrecruzaban con los insultos y las bofetadas. Sarmiento era el héroe del romance:

Mis arreos son las armas,  
mi descanso el pelear.

Y no sólo en Chile, donde se le reprochaba su ingratitud de emigrado, sino en su propia patria donde al calor de las luchas políticas se llegó a los extremos máximos de crueldad para hurgar en las íntimas heridas de su vida. El tiempo ha atenuado esa violencia y ha borrado el abrupto perfil de esas aristas envenenadas. Ya tenemos para siempre la egregia figura de Sarmiento civilizador continental. En Chile nos queda su huella formidable en la educación pública, en la vida literaria, en las ideas políticas, en la cultura, en suma.

Echagüe ha levantado el tono de sus dos libros últimos al hablarnos de Sarmiento. Interesa más a su destino de escritor argentino su evocación de esa gran figura humana que la actitud bélica de sus amigos los escritores franceses recogida en uno de sus libros. Por lo demás al pedirle a Echagüe que mire más hacia nuestra América no le pedimos nada de extraordinario. Es reiterarle lo que, con la insistencia de un apostolado, ha sido su prédica constante de tantos años de crítica teatral. Que los autores miren el fenómeno maravilloso de un gran pueblo en formación y dejen palpitante en sus libros un

temblor de esa vida.—*Roberto Meza Fuentes.*

## POESIA

GUÍA DE JARDINES, por *Rogelio Buendía.*

El señor Buendía es un literato antiguo. Sus primeras producciones fueron editadas en 1912, y los dieciocho años de literatura transcurridos, le han impuesto el deseo de no quedarse atrás, de estar siempre al día. Y este deseo es bien difícil de cumplir, si se toma en cuenta que el autor no ha claudicado con el ambiente literario de la capital española. Todos sus libros han sido editados fuera de Madrid y los que aparecen con el pie de imprenta fechado en Madrid, no fueron allí tomados muy en cuenta. Pero es justicia reconocerle que ha hecho desde provincias—Huelva, ciudad de su residencia—cuanto ha estado de su parte para estar dentro de la literatura a tono con Madrid. Y poco después de las festividades gongorinas lanzó a la publicidad esta *Guía de jardines* (1).

Como decimos, en ella se obedece a una sola voz de orden: don Luis de Góngora y Argote. Pero como ha quedado demasiado distanciado del maestro la voz de orden apenas se oye, y la oye el lector cuando se encuentra con alguna imagen que ya ha conocido en las *Soledades*.

(1) Huelva, 1929.

La sensibilidad del autor se manifiesta en esta obra en diversas impresiones de viaje, en unas estampas de pájaros y en unos poemas con pipirigallos. Pero es de lamentar que la influencia señalada no deje expansionarse libremente la aptitud poética del autor que, un poco más alejado de Góngora, pudo haber cantado con voz propia los motivos de sus poemas.

Veamos el poema *Cacería*:

Ayer.

Por las ventanas del pinar la auro-  
ra  
asomaba sus nalgas sonrosadas.  
Picoteaba el aire la brisa cantadora.  
El rocío colgó sus arracadas.

Por el camino del jardín del cielo  
las últimas estrellas voy cazando  
con tiros de cristal y arpón de hielo;  
las copas de los pinos, cojín blando  
se llenan de latidos de luceros.  
Son mis balas de amor tiros certeros.

Mañana.

Iban los arcabuces de los chopos  
tirando alondras por el río abajo  
y las manos del sol acariciaban  
la piel del agua con deleite. Claros  
topos de violeta se escondían  
debajo de las sábanas de cardos,  
desde allí corroyendo madrigueras,  
yendo hasta el corazón por el olfato.

Tú blandías la espada de tus ojos,  
el sol la ardiente flecha de sus manos,  
el río las navajas de sus ondas  
que en piedras de marfil iba afilando.

Tú triunfadora, yo bajo tus plan-  
tas;  
pero el laúd de mi palabra ha entrado,  
sin cornetas de luz, agua adelante,  
en la bahía azul de tu costado.

En el poema transcrito se puede verificar fácilmente nuestra afirmación. El predominio en las formas

verbales de los tiempos de copretérito y gerundio, netamente gongorino, se acentúa con el retorcimiento de algunas imágenes indudablemente bellas, pero que tienen un pequeño defecto: no son del autor, son de Góngora. Así el que a nuestro juicio es el verso más bello de los atrás citados: «con tiros de cristal y arpón de hielo», figura entre los versos de Góngora.

Pero sin lugar a dudas, el estudio de la obra gongorina ha hecho al señor Buendía meditar imágenes de innegable belleza que como «las copas de los pinos—cojín blando—se llenan de latidos de luceros», constituyen aciertos de buena ley. Aunque, debemos reconocerlo, estos aciertos son escasos.

Ya al referirnos en crónica anterior a otro poeta español, Gómez Fernández, también señalamos la influencia tiránica del vate cordobés; pero si como dijimos de Gómez Fernández, en él se advierte tras las marcadas influencias señaladas una fuerte y acentuada personalidad poética, no podemos decir otro tanto del autor que nos ocupa, por cuanto su poesía en general carece de fluidez, de espontaneidad, y da la impresión de ciertos rasgos certeros encontrados al cabo de un trabajo fatigoso y árido y perdidos entre muchos versos retorcidos y de una afectación de mal gusto. Así unos cipreses de un jardín florentino son calificados como «cipreses de verde cloro», lo que es un notable hallazgo de la peor prosa.

También las formas poéticas traicionan al señor Buendía y hay algunos quintetos que son un modelo

de la más cursi afectación. Un instante en un invernadero: «En el invernadero—bailan los colibrís de las catleyas y en el verdoso acero—de las cinnias ovulan las estrellas—y un tulipán de luz pare un lucero.» Con excepción del verso final, contenido e intenso, los cuatro versos restantes hacen pensar en la hora de apogeo de la afectación y cursilería provincianas. Sin embargo el romance, el romance antiguo de motivo popular, es expresado en forma artística por el autor. *San Serenín y sus pájaros* que es el mejor romance del libro contiene una insignificante historia poéticamente escrita, en que se nota precisamente aquello que escasea tanto en el libro que comentamos: una emoción sincera expresada con fluidez y sencillez.

Pero tales momentos felices no logran desvirtuar la impresión desfavorable que nos produjo la lectura de esta guía. Su autor dice por ahí (pág. 76) «y yo voy a defenderme con mis coplas de abalorio». Esto es exacto, hay muchas cuentas de abalorio en el collar de las poesías del señor Buendía, y esos abalorios no pueden defender a nadie. Creemos que esto se debe a que se toma la labor literaria como una moda en que hay que ajustarse al último patrón, a ese *dernier cri* poético que en provincias, esto en España y en todas partes, sólo conduce a extravíos del peor gusto.—*Abel Valdés A.*

MÍO CID CAMPEADOR, por *Vicente Huidobro*.

Hazaña bautiza a su último libro Vicente Huidobro. ¿Qué es, en suma,

una «hazaña»? Su mismo creador nos lo explicará:

...una novela épica o una novela que se canta o la exaltación que produce en el poeta una vida superior.

...la novela de un poeta y no la novela de un novelista.

(Nota a la dedicatoria.)

Por su parte, los editores, bajo la evidente inspiración del poeta, sentencian:

La Hazaña es una especie de novela épica o más bien una serie de tapices heroicos sin más argumento o hilo central que el nombre del mismo personaje que sirve de tema a la obra y los episodios tejidos en torno a la vida de dicho personaje.

(Nota de los editores.)

No estamos precisamente en el reino de la claridad: novela épica, novela de un poeta y no de un novelista, serie de tapices heroicos. No importa. Bastante hace el poeta con crear su obra para que, de adeshala, le pidamos que la explique. En el examen del poema, o novela, o del poema-novela, hallaremos elementos suficientes para darnos cuenta de la nueva aventura literaria de Vicente Huidobro. Para que no se dé a la palabra aventura un sentido peyorativo anticipo desde luego que considero esta obra la más lograda y seria de Huidobro. Otra cosa será creer que se trata de una obra maestra como lo aseguran los entusiastas editores (1).

(1) *Mío Cid Campeador*, por Vicente Huidobro. Compañía Ibero Americana de Publicaciones, Madrid, 1929.

Maestra por su fuerza lírica, por su fuerza de pasión, por su originalidad de forma y fondo.

(Nota de los editores.)

¿No sería más digno que los editores se abstuvieran de tales manifestaciones? Más digno de ellos y más digno del poeta. Porque, a continuación, nos dicen cosas tan hiperbólicas que predisponen al lector independiente contra el autor. Por ejemplo:

Episodios cantados a todo pecho y con absoluta libertad, tanta libertad que no han faltado quienes ingenuamente se extrañen de ciertos anacronismos voluntarios que el autor se complace en presentar en sus obras. Muchos, después de Huidobro, han tratado de dar la misma nota y aproximarnos las grandes figuras históricas haciéndolas convivir con el lector, sin lograr manejar el Tiempo y el Espacio con la gracia, vigor y desenvoltura de nuestro poeta.

Al revés de su héroe y ancestro (Huidobro se llama «el último de los descendientes» del Cid) que ganaba batallas después de muerto, los libros de Huidobro conquistan discípulos antes de publicarse. ¿No dijo Cansinos Assens en un artículo famoso que el poema *Adán* de Vicente Huidobro, publicado en 1916, había influido en *Los poemas de la serenidad* de Ernesto Guzmán, publicados en 1914? ¿Quiénes serían, en este caso, los imitadores de Huidobro? Ni Ludwig ni Maurois que han publicado sus libros esenciales antes de 1930 y a quienes Huidobro, sin nombrarlos, hace derivar de Johannes Jorgensen, autor de la *Vida de San*

*Francisco de Asís*. Huidobro hace un distingo terminante entre la «hazaña», novela épica, y las «vidas noveladas». ¿Quiénes, pues, serían los discípulos que, sin ser conocida, había hecho la «hazaña» de Huidobro?

Parecerá que nos detenemos demasiado en los detalles. Es verdad. Pero estos mismos detalles, aparentemente sin importancia, servirán para explicarnos mejor la personalidad del auténtico poeta que hay en Huidobro. No somos de los negadores sistemáticos pero tampoco formamos en la legión de los admiradores incondicionales que traducen su devoción en gestos inefables e interjecciones románticas.

Porque ¿qué sentido tiene llamar a Huidobro, como lo hacen sus editores, «rey de las imágenes» o «iniciador de la más nueva modalidad poética»? ¿No son estos elogios, por lo excesivos y amplios, expresiones vacías de sentido? Lo de rey de las imágenes tiene una indudable ascendencia norteamericana. Hay en los Estados Unidos reyes del caucho, del tocino, del hierro y del cobre. Transformar a un poeta en rey de las imágenes es trasladar a la poesía, las artes, no siempre bellas, del reclamo industrial. ¿Quién en esta era tan compleja en que simultáneamente mueren y nacen tantas cosas puede precisarnos cuál es «la más nueva modalidad poética»? Los editores nos dicen hablando de Huidobro:

De él nacieron el creacionismo y el ultraísmo y muchos otros *ismos* más o menos legítimos que corren por el mundo.



¿A qué confiar a la autoridad anónima e irresponsable de los editores la responsabilidad de hacer afirmaciones más o menos concluyentes en problemas de crítica literaria? Haber lanzado el creacionismo, o cualquier otro «ismo más o menos legítimo», no significa nada en el haber de un poeta. En cuanto al ultraísmo son varios los que se disputan su paternidad. Es pleito literario que todavía no ha sido fallado. Y que, por lo demás, carece en absoluto de importancia. Disputar tan puerilmente por un nombre que nada significa revela falta de respeto por las labores de la inteligencia. Porque no son los nombres de escuelas o subescuelas los que hacen brotar como por ensalmo las obras de arte o los poetas sino que, al revés, son los poetas y las obras de arte los que sirven para dar nombre a las escuelas. Los editores de Huidobro, coincidiendo por desgracia con el poeta, destacan hechos que nada significan para su mayor gloria.

Huidobro, como él mismo lo declara, ha llamado a contribución para su «hazaña», al Cantar, el Romancero, la Gesta, la historia y su propia inventiva. Veamos con qué pasión toma sobre sí la responsabilidad de dejar claro y resplandeciente el nombre del Cid:

...eso de la afrenta de Corpes es falso, primero porque históricamente sabemos que es falso y segundo porque no se explica que nadie se hubiera atrevido a azotar a las hijas del Cid, ni que éste lo hubiera tolerado y no hubiera tomado mucha mayor venganza que la que reza la leyenda. Yo no veo a mi abuelito

el Cid permitiendo que se azotara a mi tía María y a mi abuelita Cristina sin comerse crudos a sus maridos. Esto es falso. Yo os lo juro. Si fuera cierto lo sabríamos en la familia y ya veríais cómo yo habría hecho añicos en estas páginas a ese par de infames. El hecho de que apenas me ocupe de ellos os probará que la tal afrenta es una ridícula mentira.

(Nota a la dedicatoria.)

No vamos a discutirle la lógica al poeta ya que prescindir de ella parece uno de sus lujos. Pero no podemos menos de subrayar el carácter cómico que adquiere todo un momento culminante de la leyenda transformado en una cuestión de familia. Otro tanto sucede cuando el poeta nos relata el descubrimiento de su ascendencia heroica:

Me sentí nieto del Cid, me vi sentado en sus rodillas y acariciando esa noble barba tan crecida que nadie se atrevió a tocar jamás.

Otro tanto puede decirse de la dedicatoria del libro en la que el poeta, candidato a la Presidencia de la República en un país de Sud América, se duele de que el título de Marqués de Casa Real esté en manos de quienes «no tienen una gota de la sangre» de su bisabuelo don Vicente García Huidobro y Briand de la Morigandais. Vale también por una dedicatoria la *Carta a Mr. Douglas Fairbanks*. A ella nos referimos continuamente en nuestras alusiones. O más bien dicho a la nota que la acompaña que es cinco veces más extensa y cien veces más sintomática que la carta misma. El gran animador de

*El Ladrón de Bagdad* ha sido quien, con unas palabras, ha despertado en el poeta este apetito de heroísmo que se ha traducido en una resurrección literaria del Cid. Hay trozos que, efectivamente, parecen cortados a la medida de Douglas Fairbanks:

Rodrigo en la fiebre de su angustia sólo piensa en Jimena. Salvarla a ella de las llamas. Que los moros se vayan al diablo por ahora. Ya las pagarán.

De una ventana de arriba oye salir los alaridos desesperados de la nodriza.

Rodrigo se precipita hacia la escalera para subir a las alcobas. La escalera cortada por las llamas se desmorona en carbones ardiendo.

¿Qué hacer? Sale corriendo y vuelve a mirar la siniestra ventana por donde se oyen los gritos.

Hay un árbol, hay un árbol no lejos de la ventana, que pasa más arriba, casi al techo mismo del castillo.

Está salvada. Bendita sea la mano que plantó tal árbol.

En tres saltos Rodrigo alcanza las ramas. Sube, sube, trepa, trepa. Allá en lo más alto se cuelga de una rama y se deja caer en la ventana.

¡Qué a tiempo llega! Las llamas empiezan a ganar la habitación y entre el fuego y el humo apenas puede ver las manos de la nodriza que se tienden hacia él.

—Allí, allí está. Sálvala.

En un rincón, Jimena, de rodillas, medio asfixiada espera la muerte.

El Campeador corre hacia ella, la coge en sus brazos y se precipita a la ventana.

Jimena le hace un signo: Primero a ella. Salva primero a la nodriza.

Rodrigo, en su angustia, vacila, mira hacia todos lados no sabiendo qué hacer. Rápido coge un cortinaje que empieza a incendiarse. Lo tira, lo desprende de su sostén, lo apaga en

el suelo pisoteándolo y amarra en él a la nodriza.

La nodriza, medio muerta, lo mira hacer. Y así en un minuto, él la deja caer por la ventana a sus amigos que aguardan abajo, contemplando la patética escena.

Salvada la nodriza, vuelve a coger a Jimena y con la preciosa carga en los brazos se desliza fuera de la ventana, salta de un saliente a una cornisa, de una cornisa a un balcón, de la muerte a la vida y con ella en los brazos, liviana a su corazón, cae en tierra lejos de las llamas, fuera de los muros de fuego.

Entre los árboles, bajo la lluvia, frente al incendio, el Campeador mece a Jimena sobre sus rodillas. Jimena convertida en un niño (la muerte vuelve recién nacidos a los que se escapan de sus garras) esconde la cabeza en los brazos del hombre y llora, llora. (Págs. 134-135.)

El trozo, más que la influencia del romancero, el cantar o la gesta, reconoce una evidente ascendencia cinematográfica y norteamericana. Lo que no tiene nada de extraño porque la propensión humorística de Huidobro lo lleva a traducir a párrafos de periodismo actual algunas acciones de su héroe (pág. 90); o a divagar sobre el nombre francés de la manzana (pág. 107); a hacer cantar a los alemanes el *Deutschland über alles* (pág. 117); o a enviar a nombre del Cid una carta al rey de Granada con los democráticos y económicos «muy señor mío» y «saluda a usted» (págs. 265 y 266); o a decir que el Cid piensa en Cervantes al mirar unos molinos de viento (pág. 304); o a prestar a su héroe arengas napoleónicas (pág. 332); o a convertirlo en el Rockefeller de su época (pág. 358); o a disponer que las huestes

cristianas entren triunfalmente a Valencia cantando la difundida y pegajosa canción del maestro Padilla (pág. 383); o a escribir con un relámpago las letras de un afiche (pág. 26); o a entusiasmar a los muchachos para que griten: «¡Viva, hip, hip, hip, hurra!» en homenaje a su jefe (pág. 30); o a sentir un olor a Piel de España y a Chipre de Coty en la habitación de Jimena (pág. 63); o a matar al capitán de los franceses con la palabra de Cambronne ahogada en la garganta (pág. 124); o a suponer que Babiaca piafa de alegría al escuchar el canto del poeta (pág. 176); o a contar que el Cid arroja una perra gorda para bombones a un caballero de don Alfonso (pág. 204); o a prometer a los soldados, por boca de su héroe, los versos del Romancero (pág. 412); o a pensar que han puesto salitre, «el maravilloso salitre de Chile», bajo las plantas de Rodrigo (pág. 27); o entretener al viril mancebo en un boxeo cuerpo a cuerpo «de golpes secos y feroces» con un oso (pág. 50); o a mostrar por una ventana «la nariz de alcuza» de una vieja de Valle Inclán (pág. 81); o a poner en labios del Cid un sutil y soberbio retruécano de la frase de Pascal sobre las razones del corazón que la razón no comprende (pág. 84); o a conseguir que la Historia (con mayúscula) retrate al Cid con *un kodak* (pág. 88); o a dar antes de las batallas *chansonnettes*, burdeos, *champagne* y *Chateau Margaux* a los soldados franceses y sus jefes (pág. 123).

Se creará por la extensa pero incompleta lista de incoherencias, a veces ingeniosas, que hemos agru-

pado, que es nuestra intención formar una pequeña antología del disparate. Nada de eso. Estamos en el terreno de los «anacronismos voluntarios» y pecaríamos de ingenuos si nos extrañáramos por ello. En su carta a Douglas Fairbanks desliza Huidobro estas frases luminosas:

Hay muchos poetas que hacen novelas de novelistas. Allá ellos. Yo no participo de ese vicio. Sólo me interesa la poesía y sólo creo en la verdad del poeta.

Es difícil convencerse de que pueda haber otra novela que la del novelista. Huidobro cree en la novela del Poeta (con mayúscula). Es lo que él llama la «hazaña». Pero la verdad es que, después de un viaje laborioso a través de las cuatrocientas y tantas páginas de su libro, no descubrimos la esencia de la «hazaña». No es una novela ni es un poema. A lo que más se acerca es a un escenario cinematográfico y quién sabe si Mr. Douglas Fairbanks siente al leerla la tentación de darle una realización, genial y admirable como suya. Pero acaso estorba al libro, para ser un argumento de cine, su exceso de divagación y de literatura, de retórica en una palabra. Hay escenas como la de persecución y muerte del moro en el río (pág. 53), la de la muerte del jabalí con una flecha doble que se clava en los ojos de la fiera mientras Rodrigo sonríe con sus treintaidós dientes (pág. 57) o los saltos del héroe de «cornisa en cornisa» para llegar a la ventana donde está de espaldas su amada Jimena (pág. 69), que tendrían en Douglas Fairbanks el

único posible animador. La gesta cinematográfica vendría a dar al héroe el vigor que le falta a la «hazaña» literaria. El poeta, demasiado seguro de sí mismo, ha subordinado lo esencial a lo accesorio, el héroe al juego retórico.

Y si nos sorprende con imágenes tan bellas como ésta:

... el volantín que los niños recogen del cielo, cuando tres niños se hacen cien manos (pág. 32),

en la que hay una comprensión de la línea y el movimiento muy cinematográfica, en cambio se entretiene en jugar con las palabras de la pueril manera con que en esta ocasión lo hace con los moros y las moras:

Mientras va cayendo la tarde y Rodrigo sueña en tragarse a todos los moros del mundo, Jimena sentada en una piedra a los pies de su castillo, está comiendo moras con los labios pintados de negro sonriendo al crepúsculo. (Pág. 46.)

Podrá esto tener la gracia del chiste y el *calembour*. Pero más adelante (pág. 123) el mismo poeta habla de Waterloo no sin advertirnos con delicada generosidad: «Felizmente no hubo *calembour*.»

En todo caso, por graves que seue los reparos que a *Mío Cid Campeador* pudieran oponerse, hay que reconocer en la «hazaña» de Huidobro un esfuerzo muy plausible por dar una nota original y fuerte. Como en toda su obra, ha perjudicado al poeta su afán gesticulante de novedad a cualquier precio. No han servido los años para convencer a Huidobro de que nada importa la poesía nueva

cuando no es poesía. A él le ha importado, y por desgracia le ha bastado, que sea nueva aunque no sea poesía.

Después de haber agotado todos los cosmopolitismos más o menos espectaculares, hasta llegar a aquello, que alguna vez hemos comentado risueñamente, de llamarse Vincent Huidobro, se incorpora a la raza con un poema de intento ambicioso y anuncia las «hazañas» de Hernán Cortés, Cristóbal Colón, Lautaro y acaso Simón Bolívar. Si Vicente Huidobro cumple lo que promete puede llegar el día en que se realice lo que hace doce años auguró Cansinos Assens, su anticipado Juan Bautista: que su paso por España sea lo que fué para el movimiento modernista la estancia de Rubén Darío en la corte. Ya este libro puede hacernos pensar en Vicente Huidobro poeta español. Y con esto quisiéramos decirle el más alto elogio.—  
*Roberto Meza Fuentes.*

## EDUCACION

LAS ESCUELAS NUEVAS INGLESAS,  
por *Margarita Comas.*

Una de las más interesantes publicaciones pedagógicas de España y América es, sin duda, la *Revista de Pedagogía* de Madrid, dirigida por los más eminentes educadores de la Península y entre cuyos colaboradores cuéntanse casi todos los pedagogos y creadores de escuelas de

Europa. Dicha revista tiene, además, una sección editorial de obras pedagógicas que lleva publicados numerosos libros de difusión y teoría. A esta sección pertenece el libro de Margarita Comas.

*Las escuelas nuevas inglesas* estudia un poco el desarrollo de la educación en Inglaterra y, más ampliamente, las orientaciones que en los últimos tiempos se han agregado a sus programas. El concepto de escuela nueva tiene en Inglaterra una acepción casi vieja.

Si la escuela nueva fuera sólo, según la definición de Grunder, «escuela educativa, de internado, donde los hijos de padres pudientes reciben una educación racional y una instrucción integral, armónica, moderna, con aplicación de métodos modernos», habría que describir aquí casi todas las *Public Schools*, datando a menudo de la edad media, porque por tales caracteres o gran parte de ellos, merecerían desde tiempo inmemorial ese título, ya que muchas de dichas condiciones que son, en efecto, nuevas en Francia o España, han sido importadas precisamente del país que nos ocupa.

La diferencia que se observa entre la escuela antigua inglesa y la escuela antigua de otros países, que en relación con la inglesa aparece más antigua aún, se debe al hecho de que en Inglaterra la educación no ha estado nunca a cargo del Gobierno. Esto, junto con dar al sistema educativo una gran elasticidad, ha permitido la realización de un número ilimitado de ensayos particulares, los cuales han hecho progresar la educación inglesa hasta el extremo de poder servir de modelo a los de-

más países. El Gobierno reduce su papel al de simple protector y consagra, si le parecen beneficiosos, los planes que ensayan particularmente en sus escuelas los maestros de vanguardia.

La primera escuela nueva digna de llamarse así, pues en su programa se contemplaban puntos que no se habían tenido en cuenta aún, como una mayor autonomía de los alumnos y más extensa experiencia personal de ellos, fue la escuela llamada *Abbotshome* creada por el Dr. Cecil Reddie en 1889. A ella siguieron *Bedales*, *Clayesmore*, *King Alfred*, *Saint George* y otras.

En estas escuelas se encuentra entre los niños como dice Mrs. Ensor,

una mayor alegría de vivir, más iniciativa, más imaginación, mayor cultura general, y una inteligencia más abierta, porque la base de su educación es el desenvolvimiento de los poderes internos, y no la enseñanza de un cierto número de hechos relativos a un determinado número de materias. Los alumnos son dinámicos más que estáticos, creadores más que imitadores.

Pero, en realidad, en las escuelas nuevas inglesas se encuentra una gran variedad de orientaciones, pues mientras algunas se dedican sólo a preparar al niño para su lucha en la vida material, sin descuidar por eso la cultura y el carácter, otras, como la *Perse Grammar School Cambridge*, por ejemplo, que prepara niños para los cursos universitarios de Oxford y Cambridge, se cuidan, más que nada, de la parte intelectual y espiritual de la educación. Lo nuevo es el método, que en cada escuela pre-

senta diversos caracteres, pero que en el fondo están unidas por un hilo común. Los métodos de Montessori, Dalton, y los sistemas de Dewey y Dalcroze son aprovechados en casi todas ellas, algunas veces modificados.

Inglaterra es el país que más escuelas nuevas posee en la actualidad, pues mientras en Alemania, sin contar las de Hamburgo, hay sólo 19, allá aparecen 55, aparte de las primarias públicas que hacen ensayos. Han favorecido su fundación y funcionamiento diversas sociedades, como *Dalton Association*, *New Ideals in Education*, etc., sociedades formadas por profesores y padres de familia que ayudan al desenvolvimiento de las escuelas donde se educan sus hijos y, en general, a todas las que intentan alguna reforma en la educación.—*Manuel Rojas*.

## NOVELA

ANTES DEL MEDIODÍA, por *Ledesma Miranda*.

Pocos continuadores han tenido los novelistas españoles del siglo XIX y del comienzo del actual. La novela parece pasar en España efectivamente por una época de eclipse. Entran en ella módulos extranovelescos aunque seguramente de alta categoría estética, y la novela que comienza ensanchándose para darles cabida, termina por desaparecer, ensombrecida por los inoportunos in-

vitados. Así hemos visto perderse el concepto estrictamente novelesco de este género literario y proliferar en cambio las novelas-poemas, las novelas-tratados. La afición más frecuente — siempre extranovelesca — de los jóvenes novelistas españoles es el estilo. La novela no necesita estilo, y cuando lo tiene—a condición, es claro, de que no sea excesiva la cantidad de estilo en proporción a la de novela—, no hay sino agradecerlo. El estilo no es un valor estrictamente novelesco. Esto lo hemos visto a propósito de Benjamín Jarnés, sobre el cual se publicó en las páginas de esta misma Revista un detenido estudio el año pasado.

También lo vemos en parte en esta obra (1) de Ledesma Miranda, que es uno de los jóvenes novelistas españoles que más promete. *Antes del mediodía* es un libro de recuerdos de infancia y de adolescencia, trazado por el autor (que habla en primera persona) ante la inminencia del mediodía de su vida. Dos caracteres dominantes se reflejan en este libro. El primero es cierta morosidad, especie de tono lento, de origen evidentemente proustiano. El segundo es el cuidado del estilo, que llega a veces—muy pocas, desde luego—a parecer culterano y que se cuela hasta las conversaciones de los personajes, con lo cual estos salen hablando tan elocuente y aliñadamente como libros.

La huellas de Proust no está evidente sólo en la morosidad empleada por el autor en dar cuenta de sus

---

(1) Compañía Ibero Americana de Publicaciones. Editorial Renacimiento. Madrid, 1930.

sensaciones de infancia, sino también en ciertas asociaciones propicias para dar a conocer aquellas y hasta en algunas figuras. Los Montrouge, gentes de mundo, ricas y desprejuiciadas, se asemejan a algunos de los personajes secundarios que pueblan, en confuso número, los planos de atrás de las novelas de Proust. Este misterioso escritor que desde su despacho «ouaté» se dedicó a volver del revés el tiempo perdido, como el dedo de un guante, preside muchas de las excursiones de Enrique Almada, es decir, de Ledesma Miranda, por los días infantiles. Esta influencia, justo es decirlo, no puede ser sino benéfica. Ledesma Miranda es un autor talentoso, capaz de infundir soplo personal a su obra a pesar de cuantas influencias puedan rodar en el ambiente.

Hay en *Antes del mediodía* muchos momentos felices, que acreditan a su autor de novelista hecho y derecho. La concisión y el equilibrio de frases como las siguientes:

Bajamos del coche. Se teñía de rosa un cielo bajo y las encinas plateaban. Yo había cortado una varita e iba deshojándola, mientras sentía los dedos impregnados de savia. De retorno, miraba clavarse a la fronda de la Moncloa los estoques de rosa del poniente y morir la tarde como un toro negro en una corrida apasionada (pág. 324),

no son insólitos en el transcurso total de este libro. La descripción de caracteres opuestos como el del padre y el de tío Juan es un acierto, comparable sólo al contraste entre la espiritualidad ascendente de Luz y la rotunda materialidad de Mariana.

El ambiente del Colegio de jesuitas está muy bien dado, y sus visiones, aunque pocas, se clavan en la memoria con un cortejo de figuras humanas variadas y bien definidas.

Con Ledesma Miranda, que forma parte de una juventud laboriosa e inquieta, se abre, pues, una nueva perspectiva para la novela española. De escritores como el autor de *Antes del mediodía* puede esperarse la reacción favorable que coloque a la novela peninsular en situación propicia para que salga a conquistar fama como en días más venturosos. — *R. Silva Castro.*

#### EL PUENTE DE SAN LUIS REY, por Thornton Wilder.

El 20 de Julio de 1714, a la hora del mediodía, el puente de San Luis Rey, situado en el camino real entre Lima y Cuzco, se quebró, precipitando al abismo a cinco personas que atravesaban por él de una orilla a otra del torrente. Dió la casualidad que uno de los testigos del accidente fuese el franciscano Fray Junípero, quien, en campaña evangelizadora por esa región, se disponía a pasar el puente.

Cualquier otro habríase dicho, con un secreto regocijo: «¡Diez minutos más, y yo también...!» Pero el pensamiento que acosó a Fray Junípero fué otro: ¿Por qué habrá ocurrido esto a *estas* cinco personas?

Y con esto tenemos el motivo de esta novela y la técnica de ella, pues el autor, aprovechando a Fray Ju-

nípero, que se dedica a hacer investigaciones, narra la vida de cada una de las cinco personas que perecieron en el accidente: la Marquesa Doña María de Montemayor y su azafata Pepita; Manuel, un expósito; Tío Pío, especie de amigo de confianza y maestro de la Perrichola, y Jaime, hijo de ésta. Estos cinco personajes dan a Wilder materia para tres novelas cortas, tres novelas cortas en que describe no sólo la vida de cada uno de esos personajes, sino la vida de las personas que tienen relación con ellas. Es así cómo en sus narraciones aparecen la Perrichola, el Virrey don Andrés de Ribera, y otros personajes más o menos históricos y más o menos fabulosos.

Habilísimo, el novelista yanqui ha hecho caso omiso del ambiente y del paisaje limeños, dedicándoles sólo dos o tres líneas que dan una idea general de ellos. Por lo demás, no se nota la ausencia de una descripción detallada. Los personajes atraen la atención del lector, haciéndole olvidar el escenario en que se mueven. De ellos, el mejor construido es Tío Pío, y el más interesante la Marquesa de Montemayor, aunque esta última, en quien el traductor de la obra, Ricardo Baeza, cree encontrar perfiles modificados de Madame de Sevigné, resulte demasiado interesante para la época y el ambiente limeños.

Los demás personajes, como la Perrichola, Manuel y Esteban, Pepita, el Virrey, están sobriamente delineados y viven en una atmósfera de claridad literaria muy precisa. La narración está hecha con seguridad y cada individuo corre hacia su destino sin apresuramiento, detenién-

dose en cada uno de los acontecimientos y viviéndolos de la mejor o peor manera.—*M. R.*

#### ESTACIÓN. IDA Y VUELTA, por *Rosa Chacel.*

Leímos este libro, con un poco de desconfianza. Las mujeres de letras cuando adoptan novedades al «uso actual» como la señorita Chacel caen, sin comprenderlas del todo, en la exageración, o más bien dicho, en la imitación del último procedimiento que les agrada. Así esta novela, como la llama su autora (1).

Consta de tres partes y son tres partes de un monólogo continuado, sobre el que se extiende desde la primera página a la última, la influencia y más que la influencia, la sombra del inimitable Marcel Proust, a quien la autora, desgraciadamente, ha tratado de imitar muy de cerca. Decimos desgraciadamente, porque la señorita Chacel, sin la influencia proustiana quizá habría hecho un buen libro, pero en una señorita española de Valladolid, aficionada a la pintura, la lectura de Proust es algo así como una revolución al revés, en que sale a flote lo que debió quedar oculto y en que las mejores condiciones de escritora se deslíen en un análisis continuado de sensaciones y de estados de ánimo... inexistentes. Porque en esto debe verse la diferencia de los imitadores con el maestro; en Proust los particularísimos estados de ánimo del autor con-

(1) Ediciones Ulises. Madrid, 1930.



vencen al lector de un momento anímico verdadero; en sus imitadores, que forman legión (y la señorita Chacel no escapa al aserto), los análisis de las sensaciones y de las impresiones sólo son en su gran mayoría, retorcimiento fraseológico para explicar algo que se asemeja mucho al vacío absoluto.

Y es sensible que una influencia, aunque esta sea la de Proust, haya desviado a la autora en el camino iniciado en la búsqueda de su propia personalidad. Porque sin lugar a dudas la tiene y relevante. Conocíamos el prestigio que tiene ganado entre los jóvenes autores españoles, y la *Revista de Occidente*, en la que la mano del maestro Ortega ejerce una policía segura, ha publicado fragmentos de un libro que prepara sobre Teresa Mancha, la amada de Espronceda. Y el libro que nos ocupa muestra diversas páginas, pocas líneas a veces, en que la autora ha conseguido fijar cuadros, impresiones o sensaciones, en un estilo fresco y no exento de un leve toque poético. Habla del patio de su morada y dice:

Hasta por la noche tiene una claridad maravillosa, que en el verano cae de las estrellas sobre las ventanas, dormidas con la boca abierta, y en el invierno escurre por las vidrieras y por las hojas del oasis: claridad polar que sólo afrontan los gatos, bien arropados en sus abrigos de pieles. (Pág. 16.)

Pero junto a un cuadro así, pocas páginas más adelante, se sienten con el deber de pensar profundamente sobre las diversas etapas de la vida humana, y tenemos que leer lo siguiente:

Adolescencia y convalecencia pueden confundirse como magnesia y gimnasia; pero no es sólo la similitud—¡que bonita palabra! Además de similitud, lo que sugiere es multitud, armonía de mil cadencias—lo que las une, es una convergencia de su condición de estados de los cuerpos hacia un resultado común (pág. 40),

en que la desagradable cacofonía del párrafo transcrito no logra ocultar la vulgaridad de la idea enunciada: que la adolescencia es siempre un estado de convalecencia (aquí debemos entender mejoramiento intelectual destinado al «resultado común», esto es al total desarrollo de la personalidad del individuo). Todo esto, después de poetizar el patio de la morada de la autora y de amedrentarnos con la escalera de dicha morada, que según la autora es terrible.

Podríamos multiplicar las citas y acaso no mejoraríamos mucho la impresión que la lectura de esta *Estación* nos produjo. Sus interpretaciones del sueño, sobre el que Proust ha escrito páginas tan bellas y Freud tan exactas, y los viajes que el protagonista o monologuista hace por Francia (recuérdese el viaje a Venecia de Proust y su crónica sobre las iglesias asesinadas), sólo sirven a la autora para estampar dos o tres notas hermosas, entre páginas y páginas de mal gusto y mal escritas.

Y esto es inaceptable en todo escritor y más que en otros en la señorita Chacel, pues ella tiene condiciones de escritor y no de los vulgares.—Cultura, independencia de pensamiento, no siempre profundidad de él, y un sólido dominio de lenguaje forman su principal acer

vo, pero aunque la autora confiesa que el libro en cuestión es fruto de dos años de trabajo, da la impresión de una obra precipitada y escasamente meditada.—Dispareja como ya lo hemos probado, las páginas perdurables de ella desaparecen entre muchas anodinas e insustanciales. Para todos aquellos a quienes la joven literatura española interesa, esta *Estación* será una estación de tránsito de la autora, que es capaz y que seguramente nos dará en una próxima obra, algo más liberado de influencias, más maduramente meditado y más despaciosamente realizado.—*Abel Valdés A.*

MARAN ATHA, por *Luis Ignacio Pérez.*

La evolución de la novela en los últimos veinticinco años ha hecho recorrer a los novelistas todas las gamas del arte literario. Aún cuando se ha descubierto que ciertos procedimientos de Proust y de Joyce tienen antecedentes, la verdad es que estos y otros novelistas han hecho, en lo que va corrido del siglo, una verdadera revolución en la novela contemporánea. Ahora bien, ¿cuál de estos nuevos procedimientos ha sido estudiado y ensayado por los novelistas chilenos? No es aventurado afirmar que muy pocos, ninguno casi.

Si leemos, por ejemplo, *Maran Atha* (1), lo primero que nos sor-

(1) Santiago, Imprenta Nascimento. 1930.

prenderá es el peregrino atraso del autor en materia de información literaria. Para don Luis Ignacio Pérez la novela es todavía un producto como el venerable folletín que entretuvo los ocios de nuestros abuelos y hasta los de nuestros padres y que hoy, acorralado, se refugia en las modestas habitaciones del conventillo. A lo sumo, su novela se eleva hasta las alturas—bastantes discretas, y nada más—de las de Eugenio Sue o de Octavio Feuillet, que si no cayeron en el folletín, anduvieron bordeando sus precarios límites.

Lo segundo que sorprende al lector de gusto más o menos refinado es la solemne y pedestre vulgaridad del estilo. Es esta una novela escrita en una prosa periodística, manchada por todos los lugares comunes y lastrada con latiguillos e ingenuidades de marca mayor. Cuando el autor quiere elevar su estilo, cae en retorcimientos como éste:

Pero lo admirable era que la niña no sentía temor alguno ni del salto temerario del caballo y caballero, ni de la audacia de sus brazos que alzábanla de la cama, así, *encamisada* (2) apenas y colocándola con gran cuidado sobre el arzón delantero de la silla salíase con ella por la mismísima ventana que de entrada le sirvió. (Pág. 40-41.)

Cuando intenta hacer una reflexión aguda cae en vulgaridades comparables a la siguiente:

El llanto de los niños es fugaz. La sabia naturaleza así lo ha querido. El dolor es noble y busca lo que,

(2) El autor es el que subraya, no sé con qué motivo.

como él es fuerte, corazones recios. En ellos solamente enseñórase y perdura. (Pág. 136.)

Cuando recuerda los días de la niñez desbarra en toda la línea:

¿Quién no sintió latir de prisa el corazón al recibir el primero de su vida? [Se refiere a los premios escolares.]

¿Quién no recordó con dolor ese apresurado latir del corazón en medio de la agitada lucha por la vida cuando se adquiere con los años la triste convicción de la humana ingratitude? (Pág. 155.)

Cuando quiere hacer una definición de un solemne acto consigue que el lector sonría a su costa:

Es el matrimonio una nave en la que uno zarpa y navega guiada por una brújula peligrosísima: el corazón ¿quién responde de él? (Pág. 207.)

Aunque sin duda lo más frecuente en estas páginas sean las incontenibles vulgaridades, propias del estilo periodístico, que ya hemos señalado, y de las cuales damos en seguida algunas muestras:

...¡asistir a ese matrimonio! ¿No era apurar hasta las heces el vaso de la amargura que la vida le brindaba? ¿Qué fatales leyes de un supremo dolor se cumplían en él? (Pág. 209.)

No ha sido en los libros de Strauss ni en los de Renan en los que he aprendido estas ideas. Ha sido en el gran libro de la vida, en cuyas páginas los hombres derramaron todas las hieles de sus odios, todas las pringues de sus egoísmos. (Pág. 245.)

Beatriz lloraba silenciosamente y apretujaba entre sus manos un pañuelito perfumado mientras el seno

turgente se agitaba a impulsos del sollozo bajo los encajes de la camisa de noche y de la seda finísima de la bata, sobre la que caía, descuidadamente, por hombros y espaldas la cabellera rubia, magnífica. (Pág. 277.)

Análogo descuido, idéntica vulgaridad en el empleo de las palabras se observa en las páginas 216 y 217, en donde, frente a frente, se leen los siguientes superlativos:

emocionadísimo; finísimas; finísimos; nobilísimo; delicadísimas.

Cuando se escribe con tal descuido no es raro que, además, se caiga en los vicios de vulgaridad y de afectación de que se ha dado muestras más atrás.

*Maran Atha* ha sido escrito sobre una trama bastante repetida, y por lo tanto, para redimir la obra de los estigmas de poca originalidad y nula novedad que debían necesariamente corresponderle, el autor debió haberse esmerado siquiera en dar a su relato un brillante ropaje. Es la historia paralela de dos mozos, José María Soriano y Fernando Iribarren, que estudian juntos en el Seminario y que no ingresan a la carrera eclesiástica. El primero se aficiona al estudio y conserva siempre sus buenas costumbres (3); el segundo, en cambio, no vacila en degradarse y llega a abismarse en la desvergüenza. Pero un día Fernando enamora a Beatriz, prima hermana de José

(3) En un raptó de inverosimilitud curiosísimo, el autor le atribuye el mantenimiento de la castidad hasta pasados los veinte y acaso los veinticinco años. No se puede negar que este José María es hombre singular.

María, y se casa con ella, guiado por el interés. Sigue una historia de desdichas, y la mujer, arrepentida de su errado matrimonio, abandona a su marido. José María, que la ama en silencio desde la infancia, le declara al fin su pasión y ella se convierte en su amante. La novela termina con esta solución muy humana pero bastante inmoral.

Es, en el fondo, un alegato en favor del divorcio. Pero ¿qué extraña virtud tienen estos alegatos en favor del divorcio? No hay uno que interese como obra literaria, con lo cual la causa defendida padece una agresión más. El señor Pérez puede estar convencido de que con su obra no persuadirá a nadie. En su libro, en efecto, no se cumple el precepto tan sagaz de Rodó que mandaba dar formas bellas a las ideas. Una idea, por peregrina y seductora que sea, no tiene ascendiente alguno sobre el público culto si no está presentada en buena forma y si la literatura que es el vehículo escogido para darle circulación, no tiene encanto duradero alguno.—*Raúl Silva Castro.*

TEORÍA DEL ZUMBEL, por *Benjamín Jarnés*

Un símbolo, apuntado en el título y enunciado en la página 200 de este libro (1) en los términos siguientes:

Cada vida humana es un trompo que yo lanzo a la tierra. El trompo

---

(1) *Teoría del zumbel.* Espasa-Calpe. Madrid, 1930.

gira mientras le dura el espíritu: el ímpetu se mide por la longitud del zumbel.

Estas palabras son pronunciadas por otro ente simbólico, Dios, al dirigirse a un Saulo, en quien encarnan todos los arrepentimientos, todas las juventudes borrascosas que pretenden enmendar rumbos. Mas para llegar a esto, que señala el término de un viaje, de una vida y un libro escritos por Jarnés, hemos de trabar conocimiento con el doctor Carrasco, el padre Valdivia y la solterona Julia, conspicuos representantes del sentido común, la política clerical y las convenciones sociales respectivamente. Las manos aviesas de tales personajes emborronan la cuartilla virgen del alma de Blanca, la niña pura, la niña buena, la niña del medioevo.

¿Verdad o mentira? ¿Vulgaridad pedagógica? Que importa. Su autor ha dicho, en otra oportunidad:

Yo soy algo más, quiero ser algo más que un hombre; quiero ser un artista. Y el artista es libre para elegir su tema....

El auténtico escritor escribe como el manzano da manzanas. El que alguien recoja o no, admire o no, las manzanas, es una cosa indiferente para el árbol.

Se diría que en su ánimo estuvieron presentes tales ideas, mientras escribía la *Teoría del zumbel*. Acaso en ese mismo instante reflexionaba acerca de la inutilidad a que han llegado las verdades, al presente. Y jugaba con ellas, como con un peón pequeño, conociendo que en el ánimo del lector perduraría la enseñanza, mientras persistiese el encantamiento de las palabras que la contienen.

Por eso, más que la teoría, nos interesa el zumbel mismo; la cuerda que imprime un impulso al trompito de este que, más que un hombre, quiere ser un artista. Nos cautiva el runrunear de este trompito, que no se sale del cuadro de una mesa, que se afirma sobre los puntos de una pluma, que, al girar sobre sí mismo, adquiere, en su redondez un matiz luminoso y nos encanta con su magnífico equilibrio,

En esta oportunidad, nosotros seremos de aquellos que no recojan las manzanas. Nos conformaremos con mirarlas, gozándonos en este placer estético, sin la segunda intención de satisfacernos gastronómicamente. Para los incontables apóstoles y aficionados a ideólogos, que abundan hoy día, esta tarea, este deleite nuestro, ha de parecer un crimen. Pero a nosotros nos satisface plenamente, porque pensamos en lo provechoso que puede ser el que algunos, unos pocos siquiera, se preocupen de lo hermoso. Los que se desviven por lo bueno, lo justo y lo verdadero, son ya suficientes como para echarlo todo a perder.

Hemos dicho que en este nuestro gozo contemplativo hay algo de tarea. Es que en cada página, en cada frase de esta novela, estudiamos. Así hemos conocido, en la práctica, las verdades que Eugenio D'Ors pretendió inculcarnos, respecto de la obra bien hecha. Y si hubiéramos de señalar en concreto una de las cualidades del libro que comentamos, sin vacilar, subrayaríamos esta, que las comprende a todas: la perfección de su estilo.—*F. Ortúzar Vial.*

## HISTORIA

HISTORIAS QUE PARECEN CUENTOS, por *Gonzalo de Reparaz.*

Absolutismos, dictaduras y otros excesos: éste es el subtítulo y el tema del libro, libro variado, aménísimo, arbitrario en su orden cronológico y de materias, ya que al lado de *La dictadura de Melgarejo* en Bolivia aparece un estudio sobre *Los Reyes Magos y su estrella* (cuento que pasa por historia) y Julio César y Luis XIV suceden a la cuestión de Alsacia y Lorena. Es un panorama histórico fragmentado, hecho de retazos cogidos aquí y allá y expresado atropelladamente, sin estilo ni aliño alguno, como si al autor le interesaran más las ideas que tiene que manifestar que la forma de manifestarlas.

El libro entero es un desahogo contra los excesos señalados en el subtítulo: absolutismos y dictaduras. Reparaz coge a los personajes de la historia, como un titiritero puede coger sus muñecos, y los examina, los analiza, los cuenta tal como fueron, despojados del brillo con que la historia los ha revestido. Julio César era un degenerado con talento; Catón el Censor tenía numerosas esclavas, las prostituía públicamente y cobraba el precio; Horacio era un sinvergüenza: felicitó a Agripa por haber cargado de cadenas a los últimos hombres libres que osaban desconocer la majestad del pueblo romano: los cántabros y astures de la remota y bárbara Iberia; Roma era un cuartel, un lupanar y una

ergástula; Grecia era la tierra de los más sublimes artistas y poetas, de los mayores filósofos y de los más estupendos viciosos, embusteros y trapisondistas que en el mundo han sido. ¡Sublimes modelos clásicos!

Poseedor de una cultura histórica pavorosa y hombre dotado de un alto criterio moral, Gonzalo de Reparaz, viejo ya, embiste contra los fantasmas del pasado con toda la fuerza de su cultura y de su moralidad. Nada hay desconocido para él en la historia; la conoce por el revés y el derecho y sabe lo que hay de verdad en ambos lados del cañamazo. En las páginas del libro res tallan como latigazos sus frases lapidarias:

Si se persiste en restaurar el clasicismo, restáurese Esparta. Allí existió el fascismo integral. Había los ilotas, que no eran nada, y sobre ellos dos o tres mil idiotas, que lo eran todo. Entretenidos en matar gente, no tuvieron tiempo de producir ciencia, poesía ni arte. Creo que la civilización europea va, en efecto, a la espartanización total. Ya tenemos en marcha la fecunda idea de la esterilización de los ilotas, nacida en los Estados Unidos. ¡Parece cosa del gran Licurgo, el sabio legislador tan famoso, precursor de nuestros jerarquizantes!

En la cuarta parte de su libro dedica algunas páginas a la cuestión del meridiano intelectual, tema que durante tanto tiempo se discutió entre los escritores jóvenes de Argentina y España. Reparaz, más lógico que los que defendieron el meridiano intelectual madrileño, reconoce que no le basta a España ser España para exigir ese puesto; necesita, ante todo, merecerlo.

Un meridiano intelectual no se decreta sentimentalmente: se gana por la calidad de los productos ofrecidos al respetable público y por la facilidad geográfica de los contactos. Si los de las fábricas de Madrid aventajan a los de las de París, Londres y Berlín en bondad y en facilidades de difusión, de aquéllas será la ponderancia, digan lo que quieran los ultramarinos refractarios. Y si no, no, por más que hagan los patriotas.

La solución no depende de querer, sino de poder. Esa es la verdad, como él lo dice.—*M. R.*

## TEATRO

ANGELITA, por *Azorín*.

Azorín piensa que se ha arrancado de la escena española el resorte eficaz que presidió en sus primeros ensayos: lo maravilloso. Podrá argumentarse que tal resorte sólo puede mover la sensibilidad de las minorías egregias. Pero Azorín responde: los autos sacramentales se representaban ante los públicos populares. El positivismo trajo como natural secuela el destierro de lo maravilloso y el apego servil e incondicional a la realidad más rastrera. Los artistas de hoy no reniegan de la realidad Pero es otra la realidad que persiguen. Oigamos cómo el mismo Azorín siente la evolución operada en este tan discutido concepto de realidad:

Se perseguía un realismo feroz, intransigente, y no se tenía en cuenta que por encima de la realidad aparente y tangible existe otra realidad más sutil más verdadera, más eterna. Y esa realidad es la que asoma

ahora en la nueva estética; la que comienza a dominar en el arte; la que ha entrado ya en la poesía lírica y espera entrar en la novela y en el teatro. (Págs. 252 y 253.)

Desde el punto de vista doctrinal el nuevo libro de Azorín (1) es magnífico. El maestro se decide a dar la batalla en regla y, a nuestro juicio, logra convencer porque a los argumentos, claros, precisos, contundentes, suma las obras, discutidas, discutibles, pero honradas, fuertes, serias.

Ya conocemos su ardorosa polémica teatral y su paradójal colaboración con Muñoz Seca. No importa. El autor de *La Voluntad y Confesiones de un pequeño filósofo* continúa siendo el maestro de la nueva sensibilidad española. Desde la Academia sigue, sagitario incansable, disparando cada día hacia un blanco más alto y ejemplarizando con su acción a las jóvenes generaciones.

*Andando y pensando*, *Félix Vargas*, *Blanco en azul*, *Superrealismo* son estaciones bien definidas de su nuevo itinerario. Agreguemos todo su teatro en el que habrá que destacar su obra más reciente: *Angelita*.

¿Por qué *Angelita* es un auto sacramental? Azorín no nos lo explica. Pero no es difícil comprender que su esencia de religión y de misterio reside, más que en los personajes mismos, en las fuerzas maravillosas que los mueven, en el anhelo de divinizar derrotando las humanas categorías de tiempo y espacio, superando sus limitaciones para vislumbrar, aunque sea por la leve rendija de un

(1) *Angelita*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1930.

muro, la eternidad. Viejo anhelo de Azorín que, como en las maravillosas leyendas antiguas o en algún cuento del autor, se consigue con un anillo que el desconocido entrega a Angelita.

Ya en uno de los libros de su primera época nos decía: «Vivir es volver.» Y Ortega y Gasset, comentando el arte exquisito de su amigo, agregaba:

Azorín se llega a las cosas y las para, nuevo Josué del corazón de España.

En su auto sacramental quiere abolir el tiempo y, sin salir del presente, conocer el futuro instalándose en él como en una casa en donde trascurriera nuestra existencia. Es la misión de Angelita. El zafiro del descorocido le sirve para vivir las etapas más variadas y contradictorias de la vida. Y tras el conocimiento vivo que adquiere Angela de todas las Angelas posibles, las Angelas que ella misma ha sido sin dejar de ser la Angela que era, la heroína elige el sendero de la humildad. Todo su ideario—si cabe hablar de ideario en una mujer que es sensibilidad pura—se resume en tres palabras: bondad, fe, amor.

Azorín, tan aficionado en el último tiempo a los prólogos y aclaraciones doctrinales, pone a esta obra unas palabras atinadísimas que fijan la verdadera posición del autor dentro de la escena contemporánea.

Abona sus propias palabras un testimonio ilustre: el de Nicolás Evreinoff, gran director de teatros y autor dramático ruso. En obra reciente, que Azorín comenta en las

páginas finales de su libro, se refiere a la acción renovadora y enérgica de los aficionados teatrales de su país en un ambiente en que los artistas profesionales significaban el apego a la rutina omnipotente y convencional. El título del libro de Evreinoff que Azorín comenta es bien expresivo: *El teatro en la vida*. Y el del capítulo en que desarrolla y fundamenta sus observaciones: *Una lección a los profesionales*. El autor basa en su propia experiencia de autor y director y en ciento setenta años de escena rusa sus sabias y siempre oportunas meditaciones.

Y tal como el genial director ruso pensaba del arte dramático, nuestro autor español concebía y realizaba desde lo alto de la meseta castellana. Todo un pueblo, Monóvar, se interesa en los ensayos de su autor y una selecta minoría de amigos acepta animar los personajes del auto sacramental. Y así Adelita Tortosa, hija de un poderoso industrial de la región acepta encarnar la figura dulce de Angelita asomada al misterio. Nunca los profesionales pusieran en una obra en la que ven motivo de lucimiento personal el amor que estos aficionados que, en cada ensayo, comprendiendo y sintiendo la vida profunda de los símbolos que encarnaban y animaban hacían crecer la obra, inyectándole nuevas significaciones, ante los ojos asombrados del autor.

El mismo Azorín lo cuenta:

El estupor de Adelita Tortosa al leer el papel que va a representar; su miedo instintivo; sus bellos ojos llenos de expresión; sus finas manos sensitivas. El banquito de carpin-

tero de su padre; banquito allá en lo pretérito de veinticinco años; el banquito que se convierte, en el transcurso de ese tiempo, en tres grandes fábricas situadas en distintos puntos de España. Ya no sierra tablones Carlos Tortosa; ahora taja montañas; las taja para sacar de ellas bellos mármoles rojos, negros, blancos, con vetas verdes, negras, rojas. Y las grúas eléctricas que levantan bloques enormes, en silencio; suavemente; las máquinas más perfectas que van serrando los enormes pedruscos. La voluntad y la perspicacia del padre que renacen en la hija. Adelita, ya dueña de su papel. Adelita, tan candorosa y tan tenaz. La tenacidad del candor, que es la más formidable tenacidad; tenacidad sin desmayos ni dudas. La sonrisa de Adelita; sus dientes blancos en lo trigueño de la tez; las manos, que, a veces, se refriegan una con la otra suavemente, con movimientos de nerviosidad y de impaciencia. En la escena, entre los pensamientos y las sensibilidades de todos estos intérpretes ocasionales de la obra, Adelita y Paco Navarro como representantes de la evolución de la ciudad; Paco Navarro, que con su hermano Silvino, manda millares y millares de cajas por el mundo; irradia desde su fábrica—la segunda o tercera de España en su género—muchedumbre de cajas formadas con ligero pino. (Págs. 10, 11 y 12.)

Pero el autor ha de escribir su obra con la ambición de vencer al tiempo y al espacio. La bondad de Angelita ha de ser un símbolo eterno. El auto sacramental ha de operar la milagrosa supervivencia sobre los estragos del tiempo que pasa.

Y estrenada la obra, el tiempo que comienza su labor destructora; hacinamiento de imágenes que van a ser juguetes del tiempo; lo pretérito que se anuncia; el terrible pretérito; los días y los años que van a pasar;



la ciudad que va a seguir su evolución; otros hombres y otras mujeres que van a sucederse. Pero inmortal, indeleble, por encima de todo, sujeta con todas nuestras fuerzas; la sonrisa de Adelita Tortosa; Adelita, que sonríe con candor; Adelita, que es el símbolo, como la Angela de la comedia, de la eterna bondad humana que vence al tiempo y al espacio. (Pág. 12.)

No ha de pasar tan fácilmente el tiempo sobre los intentos dramáticos de Azorín. Representan ellos el esfuerzo mas honrado de los últimos tiempos por renovar la escena española que languidece entre los patios andaluces de los hermanos Alvarez Quintero, las honorables comedias burguesas de don Manuel Linares Rivas y el agudo ingenio femenino de don Jacinto Benavente. Acaso podrá reprocharse a Azorín que su teatro es demasiado intelectual, demasiado de libro. Pero en ese reproche está su más alto elogio. Otro tanto puede decirse, y se ha dicho, de las comedias bárbaras de don Ramón del Valle Inclán y de las tragedias desnudas de don Miguel de Unamuno.

Porque en el drama como en el ensayo, en el discurso académico como en la interpretación de un poeta o de una época, Azorín será siempre el maestro de la nueva sensibilidad española. Porque la novedad de Azorín significa clasicismo, norma, equilibrio, aspiración de lo temporal a lo eterno.—*Roberto Meza Fuentes.*

## POLITICA

DOS DISCURSOS Y DOS ARTÍCULOS,  
por *Miguel de Unamuno.*

El enérgico heroísmo civil de don Miguel de Unamuno puesto a prueba durante seis años en una tensión de superación perenne en las jornadas de Fuerteventura, París y Hendaya, ha dado su vibración de tensión máxima en el hogar patrio. No puede negarsele grandeza ni integridad al pensador de Salamanca. En estas sus prédicas laicas su figura se ha magnificado hasta tomar los contornos místicos del profeta o de los grandes iluminados de la historia. Ha insultado, ha imprecado, ha desahogado en lenguaje de lava los sedimentos últimos de lo que él llama «mi pleito personal». Pero en ese pleito personal se ventilaba la causa misma de la españolidad que ha tenido siempre en Unamuno su adalid más quijotesco y generoso.

Sus artículos del destierro y sus discursos de Madrid que recoge este libro (1) son acaso el documento más resonante en todo el proceso de la dictadura española. Unamuno no se detiene en las superficies y las apariencias sino que penetra hasta el corazón del problema y traza su diagnóstico con inflexible severidad. Su profesión de filósofo le ha obligado a decir siempre la verdad y sólo la verdad. Catedrático de griego, no ha podido conformarse con traducir los eximios textos clásicos y explicar

(1) Historia Nueva, Madrid 1930.

los misterios de la gramática mientras sentía gemir en torno la agonía española.

Su sentimiento de hombre y de español lo llevaba a identificarse con el dolor de España. «Me duele España» fué el grito profundo y trágico de la carta que le señaló el camino del destierro. Y así la vida de Unamuno ha sido una agonía, que es decir una lucha entre la cabeza que le dice que tiene que morir y el corazón que quiere ser inmortal. Lucha metafísica, íntima, angustiosa que recorre toda su obra con un estremecimiento religioso.

Pero no puede ser uno el autor y otro el hombre. Y esa congoja interior de su yo profundo lo haría llamarse años más tarde «un agónico español». En él agonizaba España, esa España que siendo su madre era, también, su hija.

Todo el drama interior de este hombre era la creación ideal que él se hacía de su España y la repercusión brutal con que hería su espíritu la España real agobiada por un pretorianismo vergonzoso.

Y él tenía la conciencia de que su pensamiento y su palabra podían modificar la triste y miserable realidad.

Sí, ya he leído que no hay que prestarse a esa oposición verbalista; no, a eso no me presto porque siempre, desde el primer momento, creí que contra una dictadura cimentada en la fuerza, no había otro recurso que destruirla por la fuerza misma. Pero hay fuerzas de fuerzas; hay la fuerza de la espada y hay la fuerza de la pluma. Yo tenía la conciencia —permitidme que os lo diga— y aquí copio la fórmula que solía copiar un humorista, Domingo F. Sarmiento:

«porque yo tenía la conciencia que mi pluma vale por muchas espadas». (Págs. 132.)

En uno de sus fuertes salmos del destierro nos había cantado:

Tape su polvo mi rendida mano.  
que aró febril a España con la pluma.

Este hombre tiene la conciencia de su misión espiritual y a ella sacrifica la vida. Y si el soplo civil que conmueve su verso sublima, humanizándola, la poesía española, el ejemplo austero de su vida ha hecho conmoverse a las nuevas generaciones hasta sacudir violentamente el letargo de España.

En los seis años que he estado fuera de mi hogar no he hecho más que calentar a este hogar colectivo que tenía lejos y estar predicando en todas partes; que no crea él en la sordera de mi pueblo, que crea él que cuando se predica en el desierto las piedras oyen, y cuando oyen las piedras son las piedras las que se levantan. Estamos ahora—¿qué es eso de constituyentes?—; estamos en período de franca y decisiva revolución; y ahora vosotros, los que vivís aquí, a vuestras casas, a vuestros hogares; yo a la calle. Oirán las piedras y hablarán. Hay una sentencia de Eurípides que, algo trastornada, corre por ahí, y es la que dice: «El cielo demente entontece a los que quiere perder», pero hay un pasaje terrible de la Biblia, y es cuando Jehová ensordece a Faraón, le llama y, porque no contesta, le castiga. Y ahora, Dios nos ayude a que le ayudemos a salvar a esta pobre Patria. Dios salve a España, pero con nuestra ayuda: en la calle. (Págs. 155 y 156.)

¿Puede el intelectual permitirse el desdén elegante y displicente que lo lleve a despreocuparse de la vida de su país invocando para él la torre de marfil y los derechos del super-hombre? Prefiero que el ejemplo de Unamuno conteste por mí. Con el desdén a la política se encubren egoísmos y cobardías que no caben en la conciencia de un hombre entero como el autor de la *Vida de don Quijote y Sancho*. El ejemplo y la palabra de Unamuno:

Hay otros pobres cuitadillos que no logran darse cuenta del alud de pasión que pongo en esta obra de justificación y de ajusticiamiento—son pobres literatillos—y que me vienen con el miserable estribillo de que debía desdeñar a los que suponen que los ataco para vengar agravios personales. Y hablan del desdén del silencio. Pero si hubo desdeñoso fué mi maestro el Dante—no sé dónde leí que los tres más grandes desdeñosos de nuestra religión han sido Moisés, San Pablo y el Dante—, y el Dante no calló su desdén, el Dante supo insultar. ¿Y es que no eran insultos—divinos insultos—los de Cristo cuando hablaba de raza de víboras y sepulcros blanqueados? ¿Es que a San Juan Bautista, al Precursor, le hizo decapitar el tirano por haberse callado? Pero la cabeza degollada de San Juan Bautista seguía clamando, con su sangre, desde el plato. Como sigue clamando la sangre de aquel pobre condenado de Vera de Bidasoa que, para evitar el garrote, se arrojó desde lo alto de la prisión, y que hubiese efusión de sangre, ya que el Rey mismo me había dicho—a mí, a mí mismo—que en el garrote no hay, al fin, como en la guillotina, efusión de sangre. Y sigue clamando la sangre de Rizal. (Págs. 20 y 21.)

En Unamuno se hace voz el silencio de España. Voz de ancha reso-

nancia en la mente y el corazón de la juventud. Voz que desconcierta por igual a pretorianos y a políticos. Porque los políticos desalojados del poder por el puntapié autoritario buscaron pronto la fórmula de la componenda y del arreglo que les permitiera acercarse al mismo que pública e ignominiosamente los repudiaba con soeces palabras tabernarias. Hay que destacar, es claro, las honrosas y nobilísimas excepciones: don Santiago Alba, don José Sánchez Guerra, acaso algún otro. Como don Melquiades Alvarez que en un discurso que equivale a un acto de patética contrición exclama:

Yo estoy seguro, por lo menos me temo, que cuando la Historia juzgue estos descaros y delitos que hemos soportado durante seis años, el juicio de la posteridad nos cubra a todos de oprobio porque yo a esa dictadura no le reconozco ningún beneficio para el país, absolutamente ninguno.

Y subraya Unamuno:

Pero yo no me quedé en España para que no me cubriese de aprobio el juicio de la posteridad. (Pág. 133.)

En lo que Unamuno, filósofo y profesor de griego, procedió como Sócrates: no quiso huir. Unamuno pudo haber marchado al Portugal y burlar la deportación. Fué, sin embargo, a Fuerteventura y después se deportó voluntariamente a París y a Hendaya donde no descansó en su nueva actividad de libelista y panfletario publicando las *Hojas Libres* o editando en Ultramar sus libros hirvientes de pasión y congoja patriótica.

Su libro reciente viene a aumentar el volumen de su literatura candente y explosiva. El pensamiento de Unamuno estalla con alegría, voluptuosamente, con la felicidad que produce la actividad creadora en constante superación de sí misma. Si con un ademán más o menos pedantesco de intelectual profesional fuera a reprochársele el tono demasiado anecdótico de estos *Dos discursos y dos artículos*, la réplica viva y contundente estaba ya en la primera de sus conmovedoras oraciones laicas:

Perdonadme, amigos míos, que como hay tan pocas categorías tenga que acudir a las anécdotas, pero es que hay anécdotas muy categóricas. (Pág. 98.)

Y así nos va relatando una a una las visitas que iban a hacerle en el destierro a su modesto cuarto de estudiante en París altas personalidades de la política española con el fin de llegar a una transacción en su campaña implacable. Pero el viejo vasco no cejaba y seguían las *Hojas Libres*, en las que contó siempre con la colaboración leal y abnegada de Eduardo Ortega y Gasset.

El tono de la campaña y el espíritu quijotesco y leal que la animaba pueden juzgarse por los dos artículos que reproduce este libro.

Porque si dichos artículos y estos discursos son una parte esencial de la vida política de Unamuno hemos de admirar en el «paradojista peligrosísimo», como sarcásticamente él llama a sí mismo, un político ideal cuya obra está toda en su vida, sus dichos y su escritos, un político cuya autoridad máxima reside en el ejemplo de una existencia digna. La vida

de Unamuno, inflexible y combatiente, vale por un programa, una doctrina o un partido.

Por eso ha de decirnos con una altivez muy digna en el artículo que titula *Mi pleito personal*.

Ya a nadie que sepa vivir en la Historia se le ocurre preguntar qué es lo que busco con mi obra en ella. Los tiranuelos, por su parte, saben bien que no persigo componenda ni arreglo algunos, sino justicia, y que no he cejar hasta que logre que se les enjuicie y injusticie al castigo que les corresponda; saben bien que hay por lo menos uno que no se conformará con lo de borrón y cuenta nueva. Aun quedan, parece, algunos menguados que se imaginan, juzgando por su propia mengua, que busco el poder. ¿El poder? ¿Más poder? ¿Otro poder? Hace algunos años, ya un político amigo mío, de los llamados del antiguo régimen, es decir, de los que aún conservan alguna honradez, decía de mí que podía permitirme ciertas manifestaciones que les estaban vedadas a ellos, los que aspiraban a gobernar; a lo que yo contesté: «¡Yo no aspiro a gobernar; yo gobierno!» y precisamente aquellos que aspiraban a gobernar, que pretendían gobernar, se quedaron en eternos aspirantes, en eternos pretendientes al gobierno. (Págs. 17 y 18.)

Y en él siente depositada la honra histórica de España ante la mengua civil que trajo consigo el cuartelazo:

Y es que son tan brutos, han vivido tan al margen de la vida cultural de España, que era y sigue siendo posible que un español se haga, como me he hecho yo, una reputación mundial, adquiriera autoridad en todo el mundo civilizado y aún más allá de los países de lengua española, sin que ellos se enteren.

Reputación que sigue acreciendo y agrandando y con el fin de emplear la autoridad moral e intelectual así

adquirida en libertar a mi patria de la masa abyecta, rapaz y embrutecedora tiranía y de marcar a los tiranuelos—para siempre—con la señal de los réprobos de la historia. Y a la vez, de salvar ante la conciencia de la Humanidad la honra de nuestra España. Porque si el buen nombre de España ha de salir lo menos mal posible de esta catástrofe, se ha de deber a nosotros, a los motejados de intelectuales; motejados con cierto retintín de fingido desdén, pero de real envidia cainita. Y cainitas degenerados, que al cabo el mítico Caín, no parece que fué un majadero. Nosotros, los motejados de intelectuales, estamos salvando la honra histórica de España. Y no los brutos de la cruzada de Marruecos. (Págs. 13 y 14.)

No hay que olvidar que Primo de Rivera motejaba de auto-intelectuales a los representantes más preclaros de la intelectualidad española que solidarizaron con Unamuno en el momento dramático de su deportación a Fuerteventura. Por lo demás el dictador opinaba que el hecho de ser un buen helenista no lo autorizaba al catedrático de Salamanca para desbarrar en materias políticas. Tan pervertidos estaban los valores que se pudo llegar a tal aberración. La historia se ruborizará algún día cuando haga la revisión de estos años amargos. Ver lo ruin dominando lo egregio y jactándose todavía de su despotismo troglodítico es algo que subleva a quien tenga, con una sensibilidad inteligente, el respeto por la personalidad humana. «El hombre es cosa sagrada para el hombre» decía el estoico antiguo y a la verdad es deprimente el espectáculo de nuestra época tan engreída de sus progresos materiales transformando al hombre y su vida en un

mero accidente que puede torcer a su antojo un audaz montado sobre la indiferencia pusilánime del resto del cuerpo social.

Es lo que no se resigna a creer don Miguel de Unamuno. Por eso escribe, habla y predica dando a sus palabras una fuerza mística que imprime huella profunda en el corazón de su pueblo. El catedrático de griego no se resigna a renunciar a su calidad de hombre para servir a su cátedra. Prefería renunciar a su cátedra para servir al hombre. Es más amplio y generoso su evangelio humano.

No nos extrañamos de las estridencias de su lenguaje ni de la alta idea, muy merecida por lo demás, que tiene de su magisterio civil. En verdad, no hay dos hombres que sufran o hayan sufrido injusta persecución de justicia que no reconozcan en el maestro de Salamanca la personalidad de un caudillo y un jefe espiritual. Las más claras mentes extranjeras que han querido penetrar en la esencia de España nos han dado siempre una visión unamunesca de la península. Porque este hombre ha llenado la raza con la sombra luminosa de su espíritu. Por eso escribía con razón don Ramón Menéndez Pidal, buzo paciente del alma española, que «con la vuelta de Unamuno a España parece que ésta se recobra a sí misma».

Es hoy don Miguel el más español de los hombres y los escritores españoles. Lo es cuando aparece en esta hora arengando a los estudiantes con un entusiasmo moceril y una fe que no conoce sombríos desmayos. Lo es cuando él mismo afirma en uno de sus discursos en que recuerda los días de Fuerteventura:

De mis días de sosiego y semanas de tranquilidad en aquella especie de cacho de Sahara perdido en el Océano, no quiero decir nada por ahora. Pienso volver todavía a aquellas tierras desoladas, donde me instalé tranquilamente. Estando en ellas recibí, por cierto, una carta de uno de los líderes o directores del movimiento del partido socialista obrero, diciéndome que no habría más remedio que plegarse a la realidad. Yo le contesté: «Acaso usted, con Marx, crea con la doctrina del materialismo histórico, que son las cosas las que rigen a los hombres. *Res* es cosa, realidad es de cosa, pero yo, que soy un personalista muy grande y que creo que somos los hombres los que llevamos a las cosas, les dejo a ustedes ahí con la realidad y me quedo aquí con la personalidad, no mía, sino la de España.»

En Unamuno, con el gran escritor, habrá que contemplar el caso humano. No se puede prescindir del hombre Unamuno. Su poesía, y poesía es toda su obra escrita y vivida, no es sino la emanación exaltada de su calidad de hombre, de grande hombre. Viviendo con dignidad el momento, se incorpora a la historia. Hay en la vida literaria casos lamentables de quienes, no pudiendo salvarse por la calidad folletinesca y melodramática de la obra, han apelado a los valores humanos falsificando su existencia, queriendo ser arquetipos de virtud y viviendo en perpetua postura de bondad y de grandeza o inventándose amores desgraciados y dedicándose a llorarlos con la pasión de los grandes y célebres amantes de la historia y la leyenda. Y así han hecho de su vida entera una mentira con la que han querido atraerse, si no la admiración, por lo menos la compasión de quienes los leen. Han transformado

su pobre y menguada vida en un episodio literario para convencer al mundo de que son muy desgraciados. No confundamos esta literatura pueril y subalterna con la personalidad señera de este hombre que sublima con su vida y con su obra un momento triste de la historia de España. Si en él destacamos al hombre es porque hay en él la misma recia substantividad que en el escritor.

Oigamos sus palabras del Ateneo el 2 de Mayo de 1930:

Y vengo hoy, que es una fecha para mí de recuerdos de mi infancia muy hondos y muy enraizados; hoy que es 2 de mayo. El 2 de Mayo de 1808, hace ciento veintidós años, el pueblo de Madrid se levantaba por el rey deseado contra Napoleón cuando allá en Bayona el abyecto Fernando VII y sus desgraciados padres se arrastraban como unos lacayos a los pies de Napoleón. Esto está en la raza. Y me recuerdo el 2 de Mayo de mil ochocientos setenta y cuatro, hace cincuenta y seis años, cuando no llegando todavía yo a los diez, vi entrar en mi villa natal a las tropas. (No era reino entonces España, todavía era república.) Vi entrar a las tropas de España en medio de aquella fragosa guerra civil en que me ha cuajado la conciencia de patria. Yo me he criado en medio de una guerra civil, y cuando se habla de ciertas cosas bendigo a la guerra civil, yo me he criado y me he mecido en la cuna en medio de guerra civiles. (Págs. 65 y 66.)

Seguramente le espera al anciano glorioso un nuevo dos de Mayo, una nueva guerra civil. Porque, como él mismo dijo, la censura que pesa actualmente sobre los hombres de pensamiento de España no será más violenta pero es la más estúpida de cuantas hasta ahora se han sufrido. —*Roberto Meza Fuentes.*

## LAS REVISTAS

### REVISIÓN DE ANTONIO CASO.

La obra del filósofo mexicano Antonio Caso ha sido comentada últimamente en *El Diario de La Paz* por Samuel Ramos, interesante escritor joven de México y discípulo otrora de Caso. La posición de Caso y el ambiente reinante al iniciar el maestro sus lecciones están reseñados por Ramos, en los siguientes términos:

En lo que va de este siglo Caso representa en la historia intelectual de México el primer hombre dedicado francamente a la filosofía. Hace más de diez años comenzó a enseñarla brillantemente en la Universidad. Su talento, su elocuencia, su entusiasmo le atrajeron pronto un público numeroso que llegó a apasionarse por las enseñanzas del joven maestro. La filosofía era casi un asunto nuevo en México. Porque no puede llamarse filosofía al positivismo que entonces primaba en la educación. Gabino Barreda, después de escuchar en París las lecciones de Comte, importó las doctrinas de éste, durante nuestra revolución de Reforma. Fué en aquel momento una

ideología irreligiosa muy oportuna para justificar teóricamente el liberalismo, y al fundar Barreda la Preparatoria, se adoptó como filosofía oficial. Al divulgarse, el positivismo fué degradándose, hasta convertirse en un sensualismo grosero. La filosofía se hizo plebeya para quedar al alcance de la democracia mexicana. Los programas excluyeron todo lo que no fuera de aplicación práctica inmediata, dejando no más los elementos indispensables a las técnicas profesionales. El mismo Barreda marcó este límite a la enseñanza científica, dando a la escuela, por él fundada, el nombre de «Preparatoria». Dentro de su plan pedagógico incompleto y vicioso, fué educada la generación que dirigió la vida del país durante el régimen de Porfirio Díaz. Torciendo los principios positivistas se dedujo una moral social y política que enmascaraba miras egoístas. Por eso cuando aquel grupo se convirtió en una clase poderosa, no tuvo escrúpulo en obrar como si representara a toda la población mexicana y fuera dueña exclusiva del territorio nacional. Al amparo de la influencia política de los «científicos» esta burguesía advenediza medró a expensas de las clases de abajo. Naturalmente estas consecuencias históricas no estaban en el plan de

Barreda que fué, a pesar de todo, un hombre de intenciones puras y de vuelo un poco más amplio que el de un pedagogo cualquiera. Su idea era unificar la conciencia mexicana, dividida entonces por motivos religiosos, en un credo cierto e inmutable. Y como positivista ortodoxo creyó de buena fe que la ciencia tenía asegurada ya la inmutabilidad.

Pero el positivismo, completamente dejado de estudio en Europa, no podía llenar las almas de los jóvenes mejicanos de este siglo y así se había formado un Ateneo de Juventud, del cual participaban Caso, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, y que tuvo una actuación importante. A este organismo y a las conferencias que en él dió Antonio Caso sobre el problema reseñado, se refiere Ramos y dice:

el positivismo se depuró momentáneamente en las conferencias de 1908, dictadas por Antonio Caso, quien con una amplia información filosófica, insólita para aquel tiempo, hizo la revisión de ese sistema, no considerándolo ya como cosa aislada y sin antecedentes, caída súbitamente del cielo, sino como fruto de circunstancias históricas determinadas y sujeto por lo tanto a la relatividad de lo temporal. Estas conferencias dieron ocasión a que Pedro Henríquez Ureña, mejor enterado de las nuevas direcciones del pensamiento, diera a saber en dos artículos bien claros y sólidos cómo el positivismo era una causa fallada y cuáles fueron los argumentos que le valieron la condena. Por su parte Antonio Caso fué pronto seducido por la calidad moral de la filosofía nueva y comprendió cuán urgente era limpiar la atmósfera de los miasmas comtianos, y spencerianos que la infectaban. Inicia entonces una ardorosa campaña antipositivista,

Atenea.—10

su obra maestra, cualquiera que fuesen sus resultados obtenidos.

Tal empresa era dificultosa y ardua. No en balde se había enseñado sólo el positivismo como único método filosófico en México, y para atacarlo había que adoptar un método y después de adoptar el método, examinar la filosofía atacada y tratar de construir sobre las ruinas del sistema viejo, una filosofía nueva. Veamos si Caso consiguió dichos fines:

¿Cuál fué la táctica usada en aquella lucha? Desde luego instaurar simplemente la enseñanza de Historia de la Filosofía que el positivismo había impedido.

Mas era preciso coger al toro por los cuernos, atacar directamente al positivismo. Para esto venían de molde los descubrimientos de la nueva filosofía. Con repetir las críticas del pragmatismo al conocimiento bastaba para amenguar la sobrestimación de la ciencia. Los positivistas pretendieron transfigurar las grandes teorías científicas en conceptos metafísicos. Pero descubierto el origen biológico de la razón, los pragmatistas negaron al conocimiento científico el derecho de erigirse en verdad absoluta. Se le concedió nada más el papel modesto de entender prácticamente lo real. El valor especulativo de la ciencia bajó hasta convertirse en un valor técnico. Por supuesto la metafísica no perdió las esperanzas durante la depreciación del intelecto. Al contrario, recobró aliento, puesto que la razón ha sido más un peligro que un apoyo para ella. Y una vez demostrada la incompetencia de la razón en materia de sabiduría trascendente, quedaban de antemano nulificadas las objeciones que pudieron ocurrirle contra la utilidad de la metafísica. Además, la nueva crítica del conocimiento se mostraba favorable a la intuición, atribuyéndole ventaja sobre la in-



teligencia, dando así alas a la mística. Gracias a esto, para suplantar al materialismo y al determinismo científicos, se encontró aún fresca una filosofía espiritualista y adepta del libre albedrío salida de la cabeza de Henri Bergson, pontífice máximo del intuicionismo.

Además del fundamento del pensamiento, debía pensarse en buscar para el ataque iniciado y para el sistema por edificarse, un fundamento a la moral que no fuera la utilidad positivista, y con este fin

le ocurrió a Antonio Caso con muy buen tino describir hasta el cansancio el aspecto inútil o desinteresado de los fenómenos humanos más nobles: el arte, el heroísmo, la caridad.

Para desarrollar la labor iniciada, tenía Caso brillantes condiciones:

Sus cátedras eran la gloria de la Universidad de México, y pronto trascendió su fama en los escolares a los mundanos aficionados, que vinieron a engrosar el coro ya innumerable de sus oyentes entusiastas. Era Caso un consumado maestro para exponer las ideas con diáfana elocuencia, sirviéndose del gesto, la mímica y la voz para matizar sus lecciones con una variada gama patética. Daba a cada sistema que iba presentando su tono característico, y con su habilidad de mimo sabía vestir el traje de todos los filósofos.

En sus propias condiciones se encontraba la semilla de sus defectos, pues sus dotes oratorias y la teatralidad de su enseñanza, como provenientes de un temperamento romántico, le restaron dentro de la juventud la influencia que pudo tener, porque la juventud se encontró con que este maestro era «más lírico que dialéc-

tico» y sus esfuerzos por propaga el pragmatismo como contrario al positivismo combatido, tomaron el cariz de un enaltecimiento de una filosofía de acción que no podía adaptarse al espíritu juvenil.

En algunas de sus páginas leemos que Caso se entrega sin reservas en brazos de la filosofía de acción. «En el mundo—dice—estamos para obrar.» Que la ciencia y la filosofía abandonen la aspiración al conocimiento puro y ayuden prácticamente a vivir. Naturalmente no pide que aquellas se rebajen a servir intereses ruines; desea, al contrario, que ennoblezcan la vida. Y ¿cuáles son las ideas que propone para normar así la conducta? Desde luego, nuestro filósofo se adhiere a la tesis del libre albedrío en la nueva forma que le dió Bergson en el *Essai sur les données immédiates de la conscience*. El hombre es libre, según Bergson, cuando ahondando en sí mismo, descubre tras del yo social que lo ata a la vida exterior, un «yo profundo» que se rige por las leyes propias y cuyo desenvolvimiento lleva al hombre a manifestar una personalidad ya sea en sus pensamientos o en sus actos. No es precisamente el hecho de la personalidad lo que ha llamado la atención de Caso en el acto libre, sino lo que tiene de heroico, de desinteresado. Por eso deduce inmediatamente que cuando los individuos conquistan la iniciativa épica deben ser buenos y lúcidos espíritus, aptos centros vivientes de desinterés artístico y abnegación moral (caridad), esto es la Ley y los Profetas resumidos en el amor al prójimo como a uno mismo. Ya indicábamos que estas ideas fueron erigidas por Caso a causa de una propiedad polémica y de oposición que creyó encontrar en ellas. Es posible también, que a fin de hacerlas más aplastantes haya aumentado su tamaño elaborando una teoría de la existencia «como desinterés y caridad» en la que estos fenómenos hu-

manos toman proporciones micro-cósmicas.

También debe tenerse presente que Caso muchas veces cayó en los defectos de los pensadores que criticaba y fué dogmático y absolutista, encastillándose en el edificio del pragmatismo, sin querer darse a la razón que un sistema filosófico no podía ser definitivo y que la juventud necesitaba más que un expositor de doctrinas conocidas, un generador de una doctrina nueva. Caso con su enseñanza no consiguió este objetivo.

Debemos declarar que en la propaganda del pensamiento nuevo fué tan dogmático como el positivismo que combatía. Sospechamos que su anti-intelectualismo y sus simpatías por la intuición son nada más que refugios para compensar su debilidad crítica. La argumentación casi no existe en su obra. Observemos sus libros y veamos como la abundancia de citas apenas deja lugar para que el autor ofrezca sus propias razones. Parece que los grandes maestros de la filosofía son para él autoridades infalibles. Una idea queda perfectamente demostrada cuando puede apoyarse en el testimonio de uno o varios de estos filósofos. No tratamos de desconocer el valor del pensamiento clásico. Pero hay dos puntos de vista radicalmente diversos para entenderlo. Uno de ellos consiste en reconstruir ese pensamiento a través de las categorías del tiempo en que se vive. Procede así todo el que comprende que la verdad es relativa al momento histórico que le da nacimiento y siente la insuficiencia de las normas pasadas para recibir los nuevos contenidos del presente. Sus clásicos serán solamente aquellos pensadores que pueden abandonar su antigüedad e incorporarse a lo actual. Antonio Caso no ignora este punto de vista pero ha practicado otro que consiste en anular, por de-

cirlo así, toda determinación temporal para colocar las obras geniales del pensamiento en un plano eterno. Como desconoce la realidad de las fechas cree que la verdad es inmutable y se acerca a sus diferentes expresiones históricas tal como se dieron, sin sentir la necesidad de rehacerlas. Así se conduce siempre el espíritu académico: cuando está frente a un problema, en vez de aventurar una nueva idea, se atiene a la solución clásica y la acepta literalmente sin previa asimilación. Y frente a las ideas nuevas, las capta para extraerles lo que tienen de «clásico» y les hace perder su actualidad. De aquí que aún cuando Caso se haya presentado como campeón de la filosofía nueva, su obra ha dado siempre una impresión de vejez, por vaciar su pensamiento en los moldes rígidos y convencionales del estilo académico.

Por tales motivos, la juventud mexicana pudo apartarse sin pena del maestro, pues faltábale la cualidad esencial para ser el mentor de la juventud; aptitud de renovación.

No es extraño entonces que el espíritu de Caso apresado en las fórmulas académicas haya perdido la aptitud a la renovación. En efecto han transcurrido más de diez años desde que inició su carrera de filósofo. Salvo cortas interrupciones ha enseñado continuamente en la Universidad. Ha publicado hasta la fecha doce libros. Sin embargo, parece que dijo todo lo que tenía que decir hace diez años, porque desde entonces sus libros no traen ninguna novedad. El ha sido muy dueño de ignorar todo lo que se ha pensado después de Bergson, Croce, Boutroux, James. Pero no debió dejar a medias el estudio de estos mismos filósofos y de otras corrientes ideológicas que dió a conocer en México. Pasada la exaltación anti-positivista pudo hacer perfectamente un examen superficial más pormenorizado de las obras de

que él se mostraba tan devoto partidario.

Sin embargo su influencia en la juventud no puede negarse. No la del filósofo, pensador, escritor, sino la del hombre.

Esto no quiere decir que la influencia de Caso en la juventud haya sido nula. Cualquiera que fuese la reacción a las doctrinas por él profesadas todos sentíamos tras ellas el alma de Caso cuya vitalidad y nobleza eran el más poderoso reactivo para las conciencias jóvenes. Las lecciones de Caso eran sobre todo una exhibición de sí mismo, dando por primera vez el espectáculo de un espíritu unificado. No había porción de su persona que quedara sin actividad. El cuerpo y el alma se ponían tensos para colaborar en el esfuerzo intelectual. Con evidencia ejemplar demostraba cómo la cultura de amplio radio centrada en un núcleo de ideas filosóficas podía integrar una personalidad, un hombre. Era el primer contacto con el espíritu culto. Sería injusto no tomar en cuenta los efectos benéficos que Caso ha provocado sin proponérselo con sólo ser él mismo. En un estudio que aparece en sus *Ensayos críticos y polémicos* habla de los dos tipos de actitudes extremas frente a las nuevas y viejas ideas. El *snob* o futurista que es un «demente del porvenir». El conservador o misoneísta que es un «loco del pasado». Explica el filósofo mexicano que ambas posiciones falsas se originan en una incomprensión de la vida cuyo ritmo normal resulta de un equilibrio entre la innovación y la costumbre. Por falta de sabiduría los hispano-americanos van en cultura o a retaguardia o demasiado adelante por prurito de moda. Hay que ser sabio para comprender que el pasado y el futuro sólo valen cuando se entretajan para henchir la única porción real del tiempo: el presente. Esto pone de relieve uno de los valores de la propaganda de Caso. Su

labor fué una invitación a substituir la frivolidad por la meditación seria y profunda. Fué un esfuerzo importante para fundar la sabiduría en México. Nadie como él luchó para asegurar a la cultura una existencia sólida y perdurable dándole un fundamento filosófico. Yo me pregunto si sería explicable sin Caso que hoy todavía, en medio de la resequeidad espiritual que deprime a México, existan hombres que mantienen el fuego sagrado del pensamiento y la cultura.

\* \* \*

#### SENTIDO DE LA PINTURA DE PISSARRO.

Gustavo Kahn que lidió en su tiempo junto con los simbolistas ha recordado en el número correspondiente a la primera quincena de Marzo del *Mercure de France* a Camilo Pissarro, el maestro de la pintura impresionista, en un bello artículo lleno de recuerdos interesantes.

Camilo Pissarro, tal como lo conocimos en 1886, era un viejo robusto, de alta talla, de trazos bíblicos, semi calvo pero con una corona de cabellos plateados, muy tupidos, partida desde atrás por una línea media, que le daba, en pequeña parte, el aspecto, visto de perfil, de esos robustos hombres de negocios ingleses que ha dibujado magistralmente Charles Keene. Visto de frente, la dulzura de su mirada atraía la simpatía inmediata. No tendría la figura clásica del Patriarca o de un Padre Eterno, concebido por algún gran pintor italiano, pero cuando se le había visto, no se podía soñar en una más pura encarnación de un Dios benévolo.

Su vida, como la de todo artista, no estuvo libre de influencias de consideración.

Sin duda, Constable y Turner tienen influencia, y grande, sobre el impresionismo francés, y el viaje a Londres de Monet y Pissarro, en los años de juventud y de investigación, les hizo perder a éstos las escamas de la vista.

Después de sus años de estudio «Camilo Pissarro se constituyó en el pintor del campo y de la pradera. Suprimió el motivo de sus cuadros y encontró lo pintoresco; su pintoresco, el verdadero, el ruido particular de las hayas, las avenidas de árboles que se pierden en el horizonte».

Tenía Pissarro grandes cualidades y el estudio constante de su oficio lo aprovechó para hacer una obra pictórica verdadera.

Es un gran pintor del trabajo humano, del trabajo campestre. No solamente vivió en el campo toda su vida, sino que desde joven cultivó su jardín, y en este teatro del que alejó los bastidores hizo entrar el horizonte y gustaba de animar sus personajes y encontrar la síntesis real de los gestos campesinos de la recolección de manzanas o de la mujer rural. Los campesinos de Millet, tan hermosos, son algunas veces sentimentales; los de Pissarro son siempre vivientes y si los sigue en sus sueños, siempre es con una absoluta fidelidad.

Como a casi todos los artistas la hora de gloria le llegó tardíamente y después de no pocos años de oscuridad y de pobreza. Al respecto, Gustavo Kahn termina su artículo con palabras que el tiempo dirá si han sido proféticas.

La exposición del centenario revelará su obra, a los que no la conocen entera todavía. Se seguirá paso

a paso su evolución. Se sentirá estupefacción cuando se admiren las maravillosas naturalezas muertas pintadas en 1866 o 67, que los aficionados ya conocen, de que esta pintura no sólo no haya sido reconocida como tal inmediatamente, sino que haya sido despreciada. Mientras la pintura de los oficialistas, académicos, que cerraban a los impresionistas la entrada al Salón, se llena de polvo, relegada a los más alejados museos provincianos, el arte impresionista ha invadido los grandes museos de las capitales y todas las más hermosas galerías. Es la revancha del arte contra la falsa ciencia. Es la de Camilo Pissarro, como es la de Manet, Monet, Renoir, Degas, Raffaelli, Gauguin, como también es la de su joven amigo Georges Seurat.

Como se ve Gustavo Kahn, simbolista en literatura, canta el triunfo de los impresionistas, que vienen a ser los simbolistas de la pintura.

\* \* \*

#### SOBRE FRITZ VON UNRUH.

El número correspondiente a la segunda quincena de Mayo de la *Revue d'Allemagne* está dedicado al fuerte poeta y escritor alemán Fritz von Unruh, cuya obra literaria goza en su patria y en el mundo entero de un prestigio justo y merecido. Destaca entre los artículos de homenaje un estudio sobre von Unruh poeta, de Adolfo Dreyer, del que extractamos los párrafos siguientes:

En la poesía de nuestra época en la historia de la literatura alemana, Fritz Von Unruh ocupa un lugar aparte; es un poeta filósofo, un profeta que une a la lógica, a la novedad y a la profundidad de la moral que

enseña, facultades creadoras geniales, una potencia verbal y unas dotes artísticas tan extensas y personales, que muy pocos poetas de nuestro tiempo han poseído parecidas.

Unruh ha conocido la realidad; ha luchado con las fuerzas del mundo que se enfrentan con el hombre, porque él necesitaba ser libre y sincero, porque su conciencia exigía que él procediera así. Y ha llegado como Lutero a la obligación de que ningún hombre se desliga: a la verdad, y ha llegado por el camino de la duda y el error a la verdad suprema, que es la suya propia, la de la personalidad misma.

Tanto por su aparición en la literatura, como por su moral, por el rigor de sus ideas, por la intensidad de su fuego poético y por el acontecimiento que representa en la literatura, Fritz Von Unruh es no solamente único en su época, sino plenamente moderno en el sentido filosófico de la palabra.

Unruh nos anuncia la era de la nueva *élite*; repudia la masa esclava que junta sus aclamaciones a las órdenes brutales de un César y quiere que cada hombre busque en sí mismo el fundamento del jefe. Al lado de este miedo a la autoridad de que se encuentran poseídas las épocas en decadencia, él pone la responsabilidad que debe asumir delante de sí misma una nueva civilización intelectual. Ve muy bien que la democracia debe justamente dar nacimiento a una aristocracia nueva: una aristocracia social del espíritu. Este sentimiento tan elevado de su propia responsabilidad explica la noble reserva de Unruh como hombre y como artista: muy despaciosamente lanza cada una de sus obras a la opinión, en tanto que guarda para sí gran número de obras terminadas.

El «devenir» del hombre nuevo, tal como Fritz Von Unruh nos lo presenta, y que debe tener su realización por el descubrimiento del ser, en *Dietrich*, no comienza solamente con las terribles crisis nacidas después de la guerra. Sus *Oficiales*

(1911) representan ya el fundamento sobre el cual Unruh seguirá construyendo; por esta razón considero ilógico borrar este drama de la obra del poeta, como se hace a menudo, o compararlo a Kleist, con el cual Unruh no tiene nada de común, excepto en el caso que nos ocupa, las semejanzas del objeto de la obra, fortuitas y limitadas a pequeños detalles.

La moral del deber está en el núcleo de todas sus obras. En *Oficiales* aparece algo limitada. De la noción egocéntrica del deber a que lo ata su profesión, Ernst von Schlichting, la figura principal del drama, pasa, se eleva a la conciencia de una responsabilidad extendida a un grupo de sus camaradas. Para «Luis Fernando» se trata de salvaguardar la conciencia nacional. Además de una noción de deber frente al Estado, donde se manifiesta un ferviente nacionalismo, trata de una noción de deber sagrado frente a los demás hombres, concebido según el aforismo de Goethe: «No conozco comunidad más unida que la humanidad entera.»

En *Geschlecht* Unruh somete el caos de la guerra a una interpretación caótica también, pero que revela una forma poética muy castigada. Es raro que un poeta se haya mostrado a la altura de un suceso de resonancia mundial como la guerra, como Unruh lo ha hecho en *Geschlecht*. El caos está evocado aquí con una intensidad tan directa y real, que la visión se aleja de toda idea de tiempo.

En *Platz* Unruh acomete la creación de una nueva realidad. No es posible elevarse a una moral nueva, sino se comienza por crear una unión penetrada de espiritualidad, en lugar del matrimonio, esta forma de esclavitud que rebaja a la mujer al nivel de la doncella. Es preciso dirigir hacia una armonía espiritual al hombre y a la mujer, estos polos sobre los que reposa el caos: embriaguez de los sentidos y frialdad de los sentimientos.

Asignando claramente a la mujer una misión, Unruh desprende una consecuencia lógica de su visión del hombre en marcha hacia una humanidad pura. El orden nuevo en el dominio de la paz como en el de la moral, no puede nacer sino del amor del hombre y la mujer, dos términos de una misma unidad. La mujer que Unruh nos muestra en su obra es a la vez cuerpo y alma: está encargada de una misión intelectual, pero encarna también la belleza carnal y representa un tipo humano feliz de vivir y consciente de ser en el presente. Ella descubre una armonía del espíritu y de las fuerzas vitales. La mujer lleva al hombre la belleza, el sentido de lo divino en la vida, y le enseña a combatir por la verdad, por el espíritu. Unruh quiere arrancar al hombre de su enyugamiento a la gleba, de su sumisión a los Césares; debe ser un jefe lleno del sentimiento de sus propias fuerzas y consagrado al servicio del espíritu, una personalidad cósmica y no un esclavo perdido en la multitud. Unruh nos quiere enseñar a llegar a ser verdaderos hombres, en los que la vida y los actos sean santificados en Dios. El hombre debe apartarse de la vida animal y elevarse al plano de su responsabilidad humana, no huyendo de la vida sino tornándose maestro de ella. Unruh quiere hacer nacer *una aristocracia social del espíritu* que renuncie a todo ascetismo anti-natural y que consagre la vida: una vida que no sea empujada por el instinto animal, que recaliente la sangre de una humanidad libre y fuerte. Tal es en su forma activa el pensamiento de Fritz von Unruh: nace de un sentimiento nuevo de la realidad y de la vida, y del miedo que siente el poeta frente a un conflicto en que están empeñados nuestros verdaderos valores espirituales; quiere, por la unión del hombre y la divinidad creadora, revelar a todos el nuevo imperio y con él, al hombre nuevo. La guerra y el amor no son para Unruh sino motivos, materiales arrancados a la realidad, para la

construcción del templo donde encierra su revelación: el hombre nuevo y el nuevo imperio—Dietrich e Irene—, la Humanidad y el Cosmos. De la realidad misma de la vida Unruh arranca para nosotros, una *profecía del hombre nuevo*; elabora una moral de acción, donde Logos y Eros unidos engendran un valor nuevo: *una humanidad plena de fortaleza y henchida de amor*. Tal es la pura e inviolable misión moral que asume en la literatura Fritz von Unruh, hombre, poeta y profeta.

\* \* \*

#### PINTURA ALEMANA DE HOY.

En el mismo número de la *Revue d'Allemagne*, Eugenio Susini, conocido crítico de pintura, pasa una interesante revista a la pintura moderna, tomando como base para ella las últimas exposiciones de París y Berlín. Son los pintores de última hornada. Y después de revisar someramente las obras expuestas de Charlotte Berend, que no tiene nada de la virtuosidad pictórica de su difunto marido Corinth de Kandisky, «que no ha encontrado su propio camino, influenciado por Klee»; de Kleinschmidt, cuyas telas expuestas no admira porque revelan la «limitación del colorido, uno solo: plata blanquecino»; de Krauskoopf, «nombre conocido e interesante»; de Per Krogh, «lleno de un encanto un poco decadente, de una finura y una fantasía exquisitas no desprovistas de poesía», afirma que «si tuviera un premio que asignar lo daría a Schlichter, que expone dos telas de

primera línea y donde se notan sus cualidades principales. «Robusto, variado, matizado, con toda la gama de todos los colores, lleno de sugestión y acentuadamente dramático, Schlichter, colorista, juega con los colores y coloca en las mejillas de sus personajes un rojo tal como lo en-

cuentra en su paleta y que llega a no desentonar en el conjunto.»

Tales son los principales juicios de Susini sobre los pintores que en la hora actual se disputan en Alemania los favores del público y la consagración de los entendidos.—*Ariel.*

## DISPARATORIO

**SOBRE MIGUEL ANGEL.** La escritora francesa Camille Mallarme ha publicado una interesante biografía novelada de Miguel Angel, escrita en lengua italiana y en la cual narra los últimos años del autor de Moisés. La obra sitúa a Mme. Mallarme entre los mejores autores de Italia.—Index: *Obras y Autores. Letras, Santiago, núm. 21. Junio de 1930. Pág. 14.*

La obra *Katusha* de Tolstoi, interpretada por la actriz mejicana [Dolores del Río], marcó un día nuevo para la cinematografía mundial.—Daniel de la Vega: *Otra vez Dolores del Río. El Mercurio, Santiago, 2 de Agosto de 1930.*

El Ministro de Relaciones Exteriores, Mr. Arthur Henderson, se dirigió a Nursinghone en el campo a reponerse de la fuerte tensión que le ha causado, etc.—*La Nación, Santiago, 28 de Julio de 1930. pág. 9. Sección cablegráfica.*

*El Tratado Naval de Londres en el Senado británico. Los senadores demócratas lo atacan. Dos reservas. Washington, 17.* La lectura de la historia del Tratado Naval de Londres ocupó gran parte de la sesión de ayer del Senado, mientras la mayoría que apoya el Tratado se mantenía tran-

quila aplazando los planes para llevar el pacto a votación final el 23 del presente.—*Las Ultimas Noticias. Santiago, 17 de Julio de 1930. Pág. 26.*

El 14 de Julio de 1779 (*sic*), un pueblo enfurecido por los abusos de la Corte y por la desigualdad de derechos; enardecido por doctrinas libertarias, tomaba como símbolo de opresión el viejo castillo de la Bastilla y le destruía al compás de la Marsellesa y de los clamores de Libertad, Fraternidad e Igualdad.—Roxane: *Tradiciones artísticas de Francia. El Mercurio, Santiago, 14 de Julio de 1930.*

Personalidad de los miembros de la Junta de Gobierno.... General de Brigada don Carlos Blanco Galindo. Nacido en Cochabamba el 12 de Mayo de 1822. — *El Mercurio: Impresiones que recoge en Santiago un agente confidencial boliviano sobre la Junta de Gobierno de La Paz. Pág. 17. 31 de Julio de 1930.*

Delphine Gay—Mme. de Girardin—mourait le 29 Juin 1855, il y aura donc dans quelques iours cinquante-cinq ans.—León Treich: *Le soixante-quinzième anniversaire de*



Mme. de Girardin. *Les Nouvelles Littéraires*, París, 14 Juin 1930. Pág. 5.

*La Educación del Rey*, por Leopoldo Alas (Clarín). Madrid, 1930.—*El Mercurio*, Santiago, 3 de Agosto de 1930. Pág. 5.

Antes de ese examen el barco fué sometido también a un examen higiénico y le fumigaron con ácido prúsico desde el tope hasta las bodegas subterráneas.—Roxane: *América comentada por europeos*. *El Mercurio*, Santiago, 4 de Agosto de 1930.

Entramos en calor y entonces puso música clásica. Yo me aburrí oyendo a esos autores raros. No entiendo palabra de Bach ni de Strawinsky.—Joaquín Edwards Bello: *Utilidad de las corridas de toros*. *La Nación*, Santiago, 4 de Agosto de 1930.

43 años de vida cumple hoy «*El Amigo del País*». Copiapó 1.º Mañana cumple cincuenta y ocho años de vida el diario copiapino «*El Amigo del País*», que goza....., etc.—*El*

*Mercurio*, Santiago: *Informaciones de Provincias*. Pág. 9, 2 de Agosto de 1930.

En la primera quincena de Agosto próximo, partirán a Europa a asumir su cargo el Embajador de Chile en Brasil, señor Nicolás Novoa Valdés, acompañado de su esposa, señora Christel Grohnert de Novoa y familia y el cónsul en Río de Janeiro, don Raúl Infante Biggs y señora.—*El Imparcial*, Santiago, 23 de Julio de 1930.

«*El hombre que anda*» contiene muchos trozos de poesía, pero a veces la caudalosa corriente poética naufraga bajo el pedregal de la ciencia.—Raúl Silva Castro: *Los libros y sus autores*. *Índice*, Santiago, núm. 4. Julio de 1930.

Youst desapareció misteriosamente casi ante los ojos de sus camaradas, durante un viaje nocturno por un desierto sin árboles, cerca de esta ciudad.—*La Nación*, pág. 7, sección cablegráfica. Santiago, 6 de Agosto de 1930.

## ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

*Atenea* cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

# ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS  
Y ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE  
CONCEPCION

## COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz  
Ocampo ◊ Eduardo Barrics  
Raúl Silva Castro ◊ Félix  
Armando Núñez (se-  
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año. ....	\$ 16.00
Un semestre (cinco números).....	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)..	3 dólares
o su equivalente según el país.	

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.

---

**Imp. Cervantes, Agustinas 1354. Stgo.**

MCD 2018